ISSN 0325-3511

MIKAEL

"¿QUIÉN COMO DIOS?"

EL HOMBRE MODERNO Y LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES
Mons. Adolfo Tortolo
LA DIGNIDAD DE LA MUJER
Card. José Slipyi
¿ES INMORAL, HOY, LA PENA DE MUERTE?
Marcelino Zalba
NATURALEZA Y FUNCIONES DE LA AUTORIDAD
Abelardo Pithod
LA MAGNANIMIDAD
Alfredo Sáenz
MARX Y EL ORDEN NATURAL
Héctor H. Hernández
LA FORMACION CATOLICA DE MARTIN MIGUEL DE GUEMES
Luis Oscar Colmenares

19

REVISTA DEL SEMINARIO DE PARANA

MIKAEL

Director: Pbro. Lic. Silvestre C. Paul.
Rector del Seminario Arquidiocesano.

Consejo de Redacción: Excia. Rvma. Mons. Dr. José María Mestres, R. P. Lect. y Lic. Fr. Marcos R. González O. P., Pbro. Lic. Alberto Ignacio Ezcurra, Pbro. Dr. Luis Melchiori, R. P. Dr. Alfredo Sáenz S. J., Pbro. Juan Alberto Puiggari, Pbro. Hernán H. Quijano Guesalaga.

Secretaría de Redacción: A cargo de un grupo de seminaristas de los cursos de Teología y Filosofía.

— En los artículos y documentos de nuestro Arzobispo así como también en los editoriales, queda expresada la posición oficial de MIKAEL.

— Los artículos que lleven firma no comprometen necesariamente el pensamiento de la Revista y son de responsabilidad de quien firma.

— No se devuelven los originales no publicados.

PARANA (Provincia de Entre Ríos)

REPUBLICA ARGENTINA

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BELGRANO
Belgrano 4027/47 - Santa Fe (República Argentina)

SECCION ....
UBICACION ....
N° 906
BIBLIOTECA

MIKAEL

Revista del Seminario de Paraná

BACHILLERATO HUMANISTA MODERNO
"ALFREDO R. BUFANO"
BIBLIOTECA

Año 7 - Nº 19
Primer Cuatrimestre de 1979
REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL 1.417.200

INDICE

Editorial 3

Mons. Adolfo Tortolo .... **El hombre moderno y los Ejercicios Espirituales** 9

Abelardo Pithod .... **Naturaleza y funciones de la autoridad** 16

Alfredo Sáenz .... **Juan Antonio Ballester Peña (In memoriam)** 27

Ordenaciones 30

Alfredo Sáenz .... **La magnanimidad** 33

Card. José Slipyi .... **La dignidad de la mujer** 53

Marcelino Zalba .... **¿Es inmoral, hoy, la pena de muerte?** 63

Héctor H. Hernández (h.) .... **Marx y el Orden Natural** 79

Jorge Martínez Albaizeta .... **La Catedral** 88

Avelino I. Gómez Ferreyra .... **Lindor Ferreira** 89

Gustavo Daniel Corbi .... **Lenguaje y Logomaquia** 97

Luis Oscar Colmenares .... **La formación católica de Martín Miguel de Güemes** 111

Bibliografía 123

El dibujo de la página 15 es de Juan Antonio Ballester Peña; el de la página 96 pertenece al seminarista Alberto Iocco.

EDITORIAL

BACHILLERATO HUMANISTA MODERNO
BIBLIOTECA
"ALFREDO R. BUFANO"

La Iglesia Latinoamericana, en la persona de los señores Cardenales y Obispos delegados, se ha reunido en Puebla de los Angeles, Méjico. Convocada en primer término por Su Santidad Pablo VI, lo fue nuevamente por el Papa Juan Pablo I a raíz del fallecimiento de aquél, y por tercera vez lo fue, al término del breve pontificado del Papa Luciani, por el actual Pontífice Juan Pablo II.

De la importancia y trascendencia que debía revestir dicha reunión habla explícitamente el hecho de la presencia inaugural de Su Santidad el Papa, quien reservó para sí el discurso de apertura de los trabajos de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Se creyó que las palabras inaugurales serían las de una simple bienvenida, con las formalidades de práctica y los tradicionales augurios de éxito en los trabajos sinodales. Pero no fue así. Convencido de la importancia que revestía el tema —el presente y el futuro de la evangelización en América Latina— para el posterior desarrollo de la vida eclesial en esta parte del mundo, en el llamado "continente de la esperanza", quiso hacer su aporte, que fue fundamental para todos los trabajos posteriores de las diversas comisiones de la Conferencia.

Sabemos de sobra que la evangelización en las naciones hispanoamericanas comenzó con la llegada de los primeros misioneros que pisaron este suelo en seguimiento de las huellas de los conquistadores y que en muchas partes de él las precedieron; que entre otros muchos fue llevada a cabo por santos como Francisco Solano o Toribio de Mogrovejo y dio como frutos personalidades de la talla de una Rosa de Lima o un Martín de Porres. Esa evangelización continuó a lo largo de los siglos con más o menos vicisitudes, con un esfuerzo ingente por parte de las diversas Ordenes religiosas que volcaron en esta parte de las Indias Occidentales un número extraordinario de sus mejores hijos y, para adecuarse a las exigencias de los tiempos que estamos viviendo, desemboca en un acontecimiento eclesial como éste de la III Conferencia Episcopal Latinoamericana, a la que debemos ver, como a todas las anteriores, inserta en *todo el proceso de evangelización a lo largo de la historia y no como un acontecimiento aislado del resto. Sólo de este modo cobra todo su sentido.*

La evangelización se centra en la persona de Jesucristo. Hacer conocer la verdad sobre ella, sin ocultar el misterio de su doble naturaleza, es función principal de quien es llamado a asumir la responsabilidad de ser Pastor de la Iglesia evangelizadora, función que en primer término compete al Obispo. Por eso Su Santidad Juan Pablo II pudo decirles a los señores Obispos, en su discurso inaugural, luego de recordarles su misión de Pastores, cuyo deber principal es ser maestros de la verdad: "La verdad sobre Jesucristo se encuentra en el centro de la evangelización y constituye su contenido esencial" (I,2). Y para hacer ver que su pensamiento está en la línea del de sus predecesores y confirmar sus palabras con el argumento de autoridad, cita la Exhortación Apostólica "Evangelii Nuntiandi" del gran Pontífice —en sus palabras— Pablo VI: "No hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios" (nº 22). "Esta es la Buena Noticia, en un cierto sentido única: la Iglesia vive por ella y para ella, así como saca de ella todo lo que tiene para ofrecer a los hombres, sin distinción alguna de nación, cultura, raza, tiempo, edad o condición" (I,3).

¿Es que alguna vez la Iglesia olvidó esta verdad esencial, al entregar su mensaje a los hombres? Podríamos decir que oficialmente no; pero si nos atenemos a lo observable, a lo que ha ocurrido en algún tiempo no tan lejano a 1979, dentro de ciertos sectores de la Iglesia, nos encontramos con que en muchas publicaciones, aun con licencia eclesiástica, Cristo apareció como el hermano mayor de los hombres, el hombre bueno y justo que predicó el perdón de las ofensas, el amor a los pobres y marginados, o aun como el revolucionario que reinvindicó la justicia social y la liberación de su pueblo del dominio romano (?) y hasta implicado en la lucha de clases, pero no como el Hijo de Dios, que vino a rehacer las relaciones de la humanidad con Dios, muriendo y resucitando para liberar a la misma de la raíz de todo mal e injusticia, el pecado. Y a todo esto se le quería dar un fundamento escriturístico y teológico, renegando, sin confesarlo, por supuesto, y algunas veces aun queriendo encontrar un fundamento en ella, de la tradicional exégesis bíblica de los Santos Padres, yendo contra el común sentir de la Iglesia a lo largo de los veinte siglos desde su fundación, apoyándose en ciertas "relecturas" de los Evangelios y libros sagrados, queriéndoles dar a las mismas cariz de científicas al basarse en el método del análisis histórico mediante la aplicación de la dialéctica.

Contra esas reinterpretaciones y sus hipótesis se levanta la voz del Pontífice Máximo reafirmando la fe de la Iglesia en "Jesucristo Verbo e Hijo de Dios que se hace hombre para acercarse al hombre y brindarle, por la fuerza de su misterio, la salvación, gran don de Dios", agregando que "cualquier silencio, olvido, mutilación o inadecuada acentuación de la integridad del misterio de Jesucristo que se aparte de la fe de la Iglesia, no puede ser contenido válido de la evangelización" (I,5).

La Exhortación "Evangelii Nuntiandi" nos recuerda que "la evangelización no es para nadie un acto individual y aislado sino profundamente eclesial, un acto de la Iglesia" (n. 60). Y por lo mismo que realiza un acto eclesial el evangelizador no irá a predicarse ni a sí mismo, ni sus ideas o ideologías personales, sino el Evangelio de Cristo en todo su integridad. Y en esta integridad va comprendida también la verdad sobre la propia Iglesia, Cuerpo y Sacramento de Cristo y continuadora de su misión.

El Espíritu nos engendra para Cristo en la Iglesia. Por ello los cristianos la llamamos nuestra Madre y la respetamos y la amamos como amamos y respetamos a Dios. Hermosamente nos dice San Cipriano que mal podemos tener a Dios por Padre si no tenemos a la Iglesia por Madre. Pero no siempre se interpreta adecuadamente la misión de la Iglesia. Para algunos Esta debería convertirse no en el camino para llegar al Reino definitivo, sino en el instrumento de la transformación de este mundo. Por lo mismo el compromiso social y el embanderamiento político sería algo necesario en Ella para transformar las estructuras de opresión que impiden el aparecer del Reino ya en este mundo, mutilando en la Iglesia toda dimensión trascendental y tratando de embarcarla en aventuras temporales. La verdadera doctrina sobre su misión sería una simple praxis por la justicia, confundiendo cualquier lucha por su vigencia con el establecimiento del Reino. Y en donde la Iglesia no se comprometiera social y políticamente estaría faltando a su misión específica. Muchas veces hemos escuchado estos cantos de sirenas, no tan lejos, ni en el tiempo ni en el espacio.

En contra de una tal temporalización del quehacer eclesial se levanta la voz de Juan Pablo II, quien recordando a su Predecesor, advierte: "Es un error afirmar que la liberación política, económica y social coincide con la salvación en Jesucristo; que el Regnum Dei se identifica con el Regnum hominis". Podríamos decir que no todo aquel que lucha por la justicia merece que se le aplique la bienaventuranza evangélica: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia porque serán saciados" (Mt. 5,6).

Pero en este camino se ha avanzado aún más. En palabras del propio Juan Pablo II: "Se genera en algunos casos una actitud de *desconfianza hacia la Iglesia 'institucional' u 'oficial' calificada como alienante, a lo que se opondría otra Iglesia popular 'que nace del pueblo' y se concreta en los pobres. Estas posiciones podrían tener grados diferentes, no siempre fáciles de precisar, de conocidos condicionamientos ideológicos".*

¡Cuántas veces hemos oído hablar y contraponer la Iglesia "oficial" o "jerárquica" con la Iglesia "pneumática" o "espiritual"! Como si ambos aspectos de una misma realidad mistérica no respondieran a los principios de cuerpo y espíritu, en unidad substancial, en el hombre. ¡Y cuántas veces se quiso fundamentar tal distinción en la autoridad del Concilio Vaticano II, ignorando precisamente que fue él quien "ha hecho presente cuál es la naturaleza y misión de la Iglesia. Y cómo se contribuye a su unidad profunda y a su permanente construcción por parte de quienes tienen a su cargo los ministerios de la comunidad y han de contar con la colaboración de todo el Pueblo de Dios" (I,8)!

De esta manera, Su Santidad el Papa fue precisando y poniendo en su punto la doctrina sobre Cristo y la Iglesia.

Evidentemente que no podía olvidarse en esta exposición doctrinal del destinatario de la misma: el hombre. Lo contrario habría sido dar palmadas al aire, ya que al Cristo total lo compone; junto con su Cabeza, la Iglesia, y a Esta los hombres. Por ello no es de extrañar que exponga brevemente los fundamentos de una antropología cristiana que ilumina el misterio de este ser, que en cualquier otra concepción filosófica carece de sentido. Basándose en la Constitución "Gaudium et Spes" nos dice que "el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo Encarnado" (n. 22).

La apertura al Absoluto, la dimensión trascendental, es esencial a la comprensión de la realidad humana. De lo contrario es un absurdo. Y nunca como hoy se ha hablado tanto del hombre, desconociéndole, por otra parte, precisamente esta dimensión. El mundo contemporáneo se ha olvidado o no ha querido reconocer la verdad fundamental de la única verdadera antropología: el hombre, creatura racional, es imagen de Dios. Y esta verdad es el único fundamento valedero de la dignidad del hombre y de sus derechos, hoy tan proclamados y por otra parte tan poco respetados.

"Esta dignidad es conculcada, a nivel individual, cuando no son debidamente tenidos en cuenta valores como la libertad, el derecho a profesar la Religión, la integridad física y psíquica, el derecho a los bienes esenciales, a la vida... es conculcada a nivel social y político, cuando el hombre no puede ejercer su derecho de participación o está sujeto a injustas e ilegítimas coerciones, o sometido a torturas físicas o psíquicas, etc." (III,1).

Y si la Iglesia sale en defensa de esta dignidad no lo hace "por oportunismo ni por afán de novedad ... sino por un auténtico compromiso evangélico" en la línea de su misión "que aun siendo de carácter religioso y no social o político, no puede menos de considerar al hombre en la integridad de su ser". Como bien dice la Constitución "Gaudium et Spes" la Iglesia no necesita echar mano a sistemas e ideologías para predicar el amor, la defensa y la colaboración en el trabajo por la liberación del hombre, ya que en el centro de su mensaje Ella encuentra inspiración para actuar por la fraternidad, la justicia, la paz contra todas las dominaciones, esclavitudes, violencias, atentados a la libertad religiosa, agresiones contra el hombre y cuanto atenta a la vida.

Como nos recuerda el Documento final del Sínodo de los Obispos de 1971, la Iglesia sabe que su misión evangelizadora tiene como parte indispensable la acción por la justicia y las tareas de promoción del hombre, y que entre evangelización y promoción humana hay lazos muy fuertes de orden antropológico, teológico y de caridad. Es la vieja verdad que nos recordaba ya Su Santidad Pío XII cuando decía que la Iglesia debía trabajar para convertir a este mundo de selvático en humano y de humano en cristiano.

Pero ¿cómo hacerlo? Aplicando en la práctica lo que se ha dado en llamar la doctrina social de la Iglesia, que tiene su inspiración en el Evangelio, pero que se realiza en las estructuras temporales infundiéndoles el espíritu cristiano, antagónico de cualquier tipo de materialismo. Y así, tratando de la propiedad, cuestión delicada, Juan Pablo II nos recordará que "sobre toda propiedad privada grava una hipoteca social", condenando a la vez con estas palabras tanto la concepción liberal cuanto la comunista, ambas materialistas.

Este mismo equilibrio se debe buscar en las relaciones de los pueblos cuya "paz interna e internacional estarán aseguradas si tiene vigencia un sistema social y económico basado sobre la justicia", que regule aquellos mecanismos de interrelación, que por estar impregnados de materialismo "producen a nivel internacional ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres". Pero para realizar esto, el mismo Juan Pablo II nos recuerda que "no hay regla económica capaz de cambiar por sí misma estos mecanismos. Hay que apelar en la vida internacional a los principios de la ética, a las exigencias de la justicia, al mandamiento primero que es el del amor. Hay que dar primacía a lo moral, a lo espiritual, a lo que nace de la verdad plena sobre el hombre" (III,4).

Este anhelo está muy lejos de nuestra realidad mundial. Por eso el Papa exclama nuevamente: "¡Respetad al hombre! ¡El es imagen de Dios! ¡Evangelizad para que esto sea una realidad!".

Con estos lineamientos doctrinales sobre Cristo, la Iglesia y el hombre, Juan Pablo II trazó el posible esquema de trabajo para los obispos reunidos en Puebla de los Angeles. De la aplicación de esta doctrina a la realidad cotidiana podrán salir las normas para la evangelización y la transformación del Continente de la Esperanza en el Continente de una realidad auténticamente cristiana.

P. SILVESTRE C. PAUL
Rector del Seminario
Director de MIKAEL

EL HOMBRE MODERNO Y LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES

El 20 de diciembre de 1979 se cumplirán **cincuenta años** de la publicación de la Encíclica MENS NOSTRA, de Su Santidad Pío XI, sobre los Ejercicios Espirituales. La materia allí tratada pertenece al caudal de doctrina siempre perenne. Volver a ella es volver a respirar el aire de la Biblia.

I. EL AUTOR

Pío XI pertenece a la línea de los grandes Pontífices de la historia. Su pensamiento está profundamente acrisolado por el vigor de su inteligencia, y su voluntad acrisolada también por la conciencia del deber inherente a la misión apostólica a la que el Señor lo destinara.

Pío XI fue un meditativo que trabajó, oró y sufrió en silencio y soledad. Vivió envuelto en el halo del silencio no para alejarse de los hombres sino para pensar y meditar los grandes pensamientos, convertidos en pan para alimentar a sus hijos.

Su magisterio, quizás desprovisto de poesía, no lo está de belleza. Supo amar con la cabeza y pensar con el corazón, aun cuando el autocontrol emocional lo hacía aparecer hermético.

Todo su Pontificado ocurrió en tiempos difíciles y árduos, pero logró accionar con una intrepidez que aún hoy asombra. Valgan como ejemplos su contracción a la vida de la Acción Católica, animada por sus múltiples Documentos, la renovación de los Seminarios, los Pactos de Letrán, las Misiones y la Jerarquía autóctona, las tres grandes Encíclicas condenando al racismo, el fascismo y el comunismo.

Su Pontificado quedó revestido de una singular grandeza, incluyendo la que es propia de los Santos.

En los días del Vaticano II, en un viaje a Verona, escuché del Cardenal Confalonieri —antiguo Secretario Particular de Pío XI— esta afirmación enfática y firme: "Pío XI é un Santone" (Pío XI es un santazo).

Y la Doctora Capelli, co-fundadora con Pío XI de un Instituto dirigido al mundo intelectual, me habló de las profecías de Pío XI. En estos casos normalmente el Santo Padre se ponía de pie y le hablaba con un lenguaje sentencioso: "Ascolti: questo me lo dice il Signore". Y las profecías se cumplían.

Pero al mismo tiempo no deja de maravillar su predilección y su trato paternal y tierno para con Santa Teresita del Niño Jesús, insistentemente exaltada, a quien llamó "la Estrella de su Pontificado", y cuyo "huracán de gloria" lo tuvo gozosamente estremecido.

Esta introducción nos advierte que un Documento de Pío XI a toda la Iglesia debe tener consistencia y contenido extraordinarios y debió ser objeto de profundas meditaciones. Por eso la MENS NOSTRA no pasa, aun cuando pasa el tiempo.

Diez días después, el 31 de diciembre de 1929, publicaría el Papa la DIVINI ILLIUS MAGISTRI, cuyos puntos de coincidencia con la Mens Nostra son evidentes.

Una y otra Encíclica exponen, no sin divina inspiración, la formación del hombre sobrenatural.

II. A QUIÉN VA DIRIGIDA LA MENS NOSTRA

Esta Encíclica se dirige a todo el mundo —Urbi et Orbi— pero de un modo especial a los Obispos, guías y formadores del Pueblo de Dios y de sus conciencias. Está dirigida a quienes son capaces de profundizar y ascender en orden al espíritu y de proyectar o promover esa ascensión espiritual en todos los niveles.

Pero está dirigida con carácter especial al hombre de la sociedad moderna, cuya modernidad consiste en la búsqueda del mayor goce con el menor número de renuncias; para el hombre moderno superficial y vacuo, que asume como filosofía de la vida la superficialidad de su propia existencia.

La característica de este hombre moderno es la huida de Dios y luego de sí mismo. Muy pronto apagará la luz de la conciencia, dominado por el temor cobarde a una conciencia que llama y grita.

Este hombre moderno no es el que plasmó Dios. Este hombre moderno es hijo de la insensatez, dominado por constantes contradicciones, y cuya razón de ser parece estar encubierta en la palabra "nada".

Por desgracia el hombre de la mentira, de la vacuidad de la existencia es el hombre universal. Su raza no se extingue.

El Documento del Papa es un llamado a este hombre universal a quien quiere despertar de su sopor enervante y hacerlo volver a la seriedad de la vida, a la responsabilidad de la existencia; para quien vivir sea cumplir un destino, asumir una misión, responder con grandeza al don de la vida.

La voz del Papa quiere restaurar en el fondo de cada corazón la jerarquía de valores que han de ser vividos como una opción absoluta.

III. CÓMO REHACER AL HOMBRE

La riqueza y la grandeza del ser humano parten de su vida racional. La gracia lo inserta en Dios y en sus Misterios; hace del hombre partícipe de Dios.

Esta vida racional entra en juego mediante las potencias del alma: inteligencia y voluntad. Facultades o potencias que crecen con su actividad y hábitos propios, y se perfeccionan en la medida en que se dan y entregan a la Verdad y al Bien. Verdad y Bien que constituyen el absoluto de Dios.

Según el lenguaje bíblico el hombre que asienta su vida sobre arena, construye en vano. Construye sobre la mentira y sobre el mal. De este modo degrada sus potencias y se hace un hombre infrahumano, que vive en la pesada y lúbrica atmósfera de un submundo. Los hábitos malos esclerosan la conciencia, invierten a todo el hombre. Es difícil restaurar al hombre por cuanto al huir éste de sí mismo torna imposible su cambio interior.

Pero todo este proceso no acaba ni muere con el individuo. El área de la mentira y del mal se extiende y afirma, cristalizada en una civilización del confort, del placer, del hedonismo degradante, del pecado sin escrúpulo, de la moral permisiva hasta llegar a esta terrible transmutación de llamar mal al bien y bien al mal, a la mentira verdad y a la verdad mentira.

IV. EL DIAGNÓSTICO

Para este hombre moderno Pío XI tiene un diagnóstico terminante y claro; diagnóstico vertido en palabras objetivas y concretas, diagnóstico ordenado a liberar al hombre de su fatal enervamiento. Y el diagnóstico es el siguiente: el mundo, el hombre, está enfermo, muy enfermo de gravísima enfermedad. El Papa desciende a la raíz de las cosas y a su razón de ser. Enfatiza con vigor y rigor el mal contemporáneo.

Estas son sus palabras:

"La gravísima enfermedad de la edad moderna, y fuente principal de los males que todos lamentamos, es esa ligereza e irreflexión que lleva extraviados a los hombres. De aquí la disipación continua y vehemente en las cosas exteriores; de aquí la insaciable codicia de riquezas y de placeres que poco a poco debilita y extingue en las almas el deseo de bienes más elevados, y de tal manera las enreda en las cosas temporales y transitorias, que no las deja levantarse a la consideración de las verdades eternas, ni de las leyes divinas, ni aun del mismo Dios, único principio y fin de todo el universo creado".

Este solo párrafo de la Encíclica la contiene toda. Cada palabra ocupa su justo lugar, lleva intacto su particular contenido y despeja toda duda.

El inmediato sucesor de Pío XI, Su Santidad Pío XII, ha expresado esto mismo en síntesis genial: "Todo se ha perfeccionado menos el hombre". Por otro camino llega a la misma enfermedad del hombre.

El párrafo de Pío XI señala, a través de varios substantivos, la autogénesis del mal y esa terrible degradación progresiva que lleva a la autodestrucción. He aquí un elenco:

Ligereza, irreflexión, disipación continua y vehemente, insaciable codicia de riquezas y placeres, debilidad y extinción en las almas del deseo de bienes más elevados, enredo y servidumbre en las cosas temporales que impide a las almas levantarse a las Verdades eternas.

Esta gravísima enfermedad del espíritu es hija del pecado y de la subversión de valores. Su enfermedad llega a la incapacidad de resistir; los tóxicos son tan fuertes como la misma enfermedad.

Cuando las facultades racionales del hombre no son puestas en acción, es decir, cuando el ser humano no habla, ni piensa, ni ama, ni escruta la invisible realidad de las cosas, ese modo de actuar del hombre es infraracional. Las potencias del alma se oxidan, el universo sigue rodando como rueda que rueda en el vacío, sin introducir ni aportar nada, a excepción de su estéril movimiento.

Pensar en sí mismo es fácil. Pensarse a sí mismo es difícil y duro. Para pensarse a sí mismo el hombre debe descender y llegar a los senos más profundos del alma y arrancarse a sí mismo su propio secreto: "Soy esto que soy".

La inmanencia rige el orden de la vida. Cuanto más elevada es una vida, más es inmanente. Dios vive ad intrá de un modo eminente y absoluto. Se conoce y se ama desde su interior y hacia su interior. De manera semejante, invita al hombre —su creatura— a entrar en las sendas interiores del espíritu, para que se conozca, sepa quién es, descubra para qué vive, hacia dónde proyecta su personalidad, hasta que finalmente se sienta copartícipe con Dios de una misma vida.

V. LA RUTA HACIA DIOS

El ejercicio de las potencias tiene su cima y su cumbre en Dios, Verdad sobre toda verdad y Bien sobre todo bien. Cada uno de nosotros tiene que dar una respuesta a la invitación divina de subir más alto. O, si se quiere, cada uno de nosotros debe renacer —nacer de nuevo—, pero renacer llevando en sí mismo la imagen viva de Dios.

Para este renacer no son suficientes las fuerzas humanas. Se necesita el poder infinito de la gracia que por su propia naturaleza tiende a la perfección del hombre.

La expresión más acabada de este proceso es la SANTIDAD. Santo y perfecto se identifican. Alcanzar la santidad es la meta, el fin al que debe tender toda vida cristiana, cuyo ordenamiento debe responder esencialmente al fin último del hombre.

Todos los grandes procesos interiores necesitan una clara noción del fin y una voluntad férrea para lograrlo. Pero, además, los procesos que cambian el corazón de raíz, los que conducen a su vez al Corazón de Dios, son hijos y brotes de la oración. Esta es la llave maestra que abre el Corazón de Dios y el del hombre y establece entre ambos una inagotable corriente de vida divina, de sangre transformadora y nutriente.

En el orden de las "gracias fuertes" —aquellas gracias que renuevan o hacen renacer al hombre— la gracia de la oración es quizás la primera después del bautismo. La oración nos introduce en el fecundo silencio de Dios, pero nos introduce también en un abismo de luz, a cuyo resplandor es fácil discernir los grandes valores o las efímeras apariencias que defraudan cualquier ansia de ascensión espiritual.

Séanos lícito repetir una vez más cuánto peso llevan las palabras bíblicas: mentira y verdad, mal y bien. Para el hijo de la mentira, mentir, corromper, le es esencial o al menos necesario. El hijo de la verdad tiene el poder sagrado de participar de Dios, porque Dios es Verdad y es Amor.

El hijo de la verdad vive la verdadera escala de valores. Piensa, juzga, ama, es hombre en la medida en que esa escala se convierta en el principio y fin de toda su existencia. Desde esa escala de valores aprende a pensar, a ordenar el interior, a discernir el valor de las cosas, a jugarse entero por los grandes bienes.

VI. LA RESPUESTA DEL BIEN Y DE LA VERDAD

A la gravísima enfermedad y fuente de todos los males, opone Pío XI la irrupción de bienes que bajan al corazón del hombre, cuando el hombre "busca de veras a Dios". Es la antítesis del mal que había señalado.

He aquí sus palabras:

"Al obligar al hombre al trabajo interior del espíritu, a la reflexión, a la meditación, al examen de sí mismo, es maravilloso el desarrollo que da a las facultades humanas; de tal manera que en esta insigne palestra del espíritu la razón aprende a pensar con madurez y ponderar equilibradamente las cosas, la voluntad se fortalece en gran medida, las pasiones se sujetan al dominio de la razón, la actividad, unida a la reflexión, se ajusta a normas fijas y sensatas, y toda el alma resurge a su nobleza y excelsitud nativas".

Párrafo tan denso debe ser meditado hasta arrancarle su más profundo contenido, el misterio de las cosas en orden a sí mismo y en orden a Dios.

VI. LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES

Aprender a pensar, a guardar silencio interior, buscar la soledad de espíritu y anclar en ella, amar con ese amor que es más fuerte que la muerte, es obra de hombres que han tomado en serio el por qué de la existencia.

El hombre que ha restituido en sí mismo la imagen viva de Dios se ha desposado con la Verdad y con el Bien. En él ha nacido el santo. Siente la necesidad de penetrar en todos los abismos y planear sobre todas las cumbres.

Ahora se siente libre, feliz poseedor de sí mismo, ansioso de realizar proezas por su Dios. El fin último de su vida, la razón de su existencia se ha logrado. Está bebiendo la copa de la paz.

La historia de las almas santas, empleando éste u otro lenguaje, nos hace vislumbrar el vacío, la necedad, la superficialidad, la vacuidad de un alma que vive de afuera para afuera. Los santos, por su parte, son clara y terminante reacción a la superficialidad humana. Obran desde adentro para adentro.

El Señor nos ha dicho que vino al mundo para traer la guerra y no la paz, la violencia y no la inercia. Nos ha querido decir con esto que la vida espiritual, la que Él trajo al mundo, exige lucha. Al esfuerzo por reordenar el interior se lo llama **Ejercicios Espirituales.**

Ejercicios Espirituales por cuanto se empeñan en la doble dimensión del alma: hacia la profundidad de los abismos y hacia la altura de las cumbres, obra de la oración y del silencio, pero también obra de una lucha a sangre y fuego contra las concupiscencias. Destacamos el poder absoluto de la oración; esa nobleza espiritual que importa el trato y la convivencia con Dios.

Todos estos héroes disciplinaron sus vidas con la oración, azotes, ayunos, trabajos apostólicos, cumplimiento del deber de estado. Y se convirtieron en transfusores de santidad. De los Santos brotaron santos. Floreció el desierto.

A esta no fácil lucha, a este constante vigilar las operaciones y los movimientos del alma llamamos Ejercicios Espirituales.

Estas dos riquísimas palabras son capaces de elevar a toda una generación, a todo un mundo. Pueden producir una revolución espiritual. De hecho la han producido. Y por esas ironías de la gracia, el instrumento para esta revolución espiritual es un pequeño libro: el **libro de los Ejercicios** según la mente de **San Ignacio de Loyola** o Ejercicios Ignacianos. Vienen superando desde hace siglos las pruebas de fuego: pero doctrina y método quedaron intactos.

Su autor es Dios. Su intrumento San Ignacio de Loyola. Todo el libro está impregnado de noble grandeza espiritual.

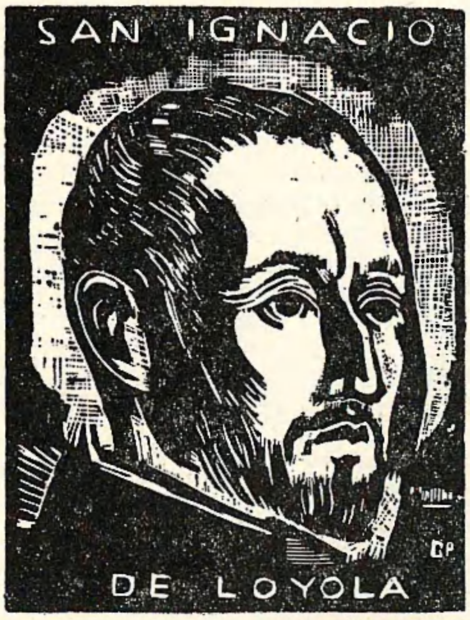
Lo que fue y sigue siendo para la doctrina de la Iglesia la Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino, en orden a la ascética cristiana lo son los Ejercicios de San Ignacio de Loyola.

De entrada ubican al hombre frente a una ley metafísica: el Principio y Fundamento. O sea, el fin del hombre. Acaban con la contemplación para alcanzar amor, punto final y término del vivir humano.

Como el mundo moderno no se entiende a sí mismo ni comprende al hombre, menos entiende el supremo principio ordenador que son los Ejercicios. En medio de tanta confusión no faltan quienes aseguran que ya pasó el siglo de San Ignacio y que el libro de los Ejercicios Espirituales es un pieza de museo.

Sin embargo nos salvará la **Suma Teológica** y nos salvará el **libro de los Ejercicios.**

† **ADOLFO TORTOLO**
Arzobispo de Paraná



NATURALEZA Y FUNCIONES DE LA AUTORIDAD *

Las formas redivivas de anarquismo que asolan la sociedad contemporánea, anarquismo intelectual de refinadas poses existencialistas y agnósticas; anarquismo práctico que se viste de hippie o de libertinaje; anarquismo político de expresiones terroristas; en fin, todas las muestras de nihilismo juntas hacen más que pertinente replantearse el tema de la "naturaleza y funciones de la autoridad". Pero como si todo esto fuera poco, son los crecientes abusos de autoridad, que también caracterizan la edad que vivimos, los que obligan a esta urgente reflexión. El Poder, decía la recordada intelectual judía Simone Weil, es como un gas en expansión; todo lo penetra reduciendo nuestro habitat privado a casi nada, y entonces ya no es el temor a la anarquía sino el rostro omnipresente de Leviatán regimentando nuestras vidas lo que nos aterroriza, es el colectivismo y la tecnocracia, sea en sus formas liberal-capitalistas o socialistas, lo que nos enferma el alma, como diría Solyhenitzin.

Lo paradójico de esta situación es que el mundo moderno se constituyó en torno a una impugnación esencial de la autoridad. Tal impugnación puede remontarse a la Revolución Francesa o, si se quiere, al propio Lutero, pero el hecho es que revolución y contrarrevolución son desde hace mucho las dos bandas en que parece rebotar sin detenerse la bola de este mundo. El siglo XX ha visto acelerarse este proceso de rebote, yendo en pocos años del anarquismo al totalitarismo. para empezar inmediatamente de nuevo. Entre los argentinos esta dialéctica se ha llamado demagogia versus dictadura, o anarquía versus tiranía. Como un borracho sobre su cabalgadura el hombre de hoy oscila de un lado al otro sin hallar su equilibrio. Y esto es así tanto en el nivel público como en el privado: La duda sobre el exacto sentido de la autoridad entre los hombres corroe las relaciones políticas pero también ha dejado en la inseguridad a los padres respecto de sus hijos, convirtiendo la educación en un tembladeral que genera neurosis.

La pregunta, pues, por los fundamentos y el sentido de la autoridad es absolutamente pertinente. Pero no carece de riesgos. Y el principal es que cualquier respuesta que se intente, exige ir mu-

---

* Conferencia pronunciada en la VII Reunión Nacional de Profesionales Católicos.

cho más allá del nivel en que se formula la pregunta: hay que bajar a profundidades que no siempre se está dispuesto a remover.

1. Los fundamentos

Ante todo hay que rescatar el fundamento último de la autoridad. Demos por superadas las confusiones que suelen darse entre autoridad y poder, poder y potestad, gobierno y autoridad. La autoridad es una forma de poder; hay poderes no autorizados; tener poder no es tener necesariamente potestad (puedo robar y no tengo potestad, obviamente, para hacerlo); obviamente también puede darse autoridad sin gobierno y gobierno sin autoridad. No insistiremos pero tampoco despreciaremos tales distingos; cuando se los omite, las confusiones son inacabables.

Detengámonos en los fundamentos de la autoridad correctamente definida. Ante todo: Sólo hay autoridad propiamente tal entre seres racionales, y la hay necesariamente siempre. Las relaciones de autoridad no aparecen, como alguna vez se pensó, a raíz de la inclinación al desorden que padece el hombre después del pecado. La autoridad es movimiento de lo perfecto y no tributo a una tara. Ella es suprema obra social de la inteligencia, impelida por la necesidad de aunar las libres voluntades de muchos. Hay autoridad porque hay una variedad de seres inteligentes y distintos empeñados en una obra común, que es la de realizar la perfección de su naturaleza social. No es un adminículo adventicio inevitable que cae sobre nosotros debido a nuestras deficiencias, sino el coronamiento de la propia naturaleza racional y social que exige la participación de varios para la perfección de cada uno.

También debemos desarmar otra presunta antinomia que ha distraído muchos esfuerzos por comprender la esencia de la autoridad. Nos referimos a la antítesis autoridad-libertad. La realidad es la inversa: Hay autoridad porque hay libertad, al punto de que Santo Tomás recuerda que entre los seres angélicos puramente espirituales y libérrimos, existe jerarquía y autoridad. Oponer autoridad a libertad es como oponer dos efectos de una misma causa: Una y otra son fruto de la racionalidad como perfección entitativa. El que la acción social deba ordenarse mediante las relaciones de autoridad no es, pues, indicio de nuestra imperfección sino al contrario. Porque somos libres y racionales necesitamos de un principio de unidad en las acciones sociales que garantice el fin de éstas, es decir, que garantice la consecución del Bien Común, el cual, bueno es recordarlo, es el bien supremo de la persona. Ese principio racional de unidad es la autoridad.

Pero no termina aquí el problema; en realidad más bien recién empieza. Porque son seres autónomos y de eminente dignidad los que se ligan con los lazos de la autoridad y la obediencia, por eso mismo tales relaciones no son nada fáciles. El fenómeno de la autoridad surge de otro hecho natural, inevitable y maravilloso: La desigualdad entre los hombres. Desigualdades de aptitud y de virtud, desigualdades profundas que matizan en un despliegue de singular riqueza la trascendental unidad de la esencia común que nos identifica en la misma especie.

Finalmente —para concluir con el tema de los fundamentos— digamos otra verdad olvidada en la práctica y que hace directamente a la cuestión: Porque somos personas somos seres interiores. Y bien, la autoridad es ante todo un hecho interior. Nace de la interioridad del que manda, es decir, de su inteligencia y del "dominium" de sí que posea. En este sentido la autoridad no se discute. Es ante todo un hecho y tiende de por sí a imponerse. Sin embargo hay múltiples circunstancias que se pueden complotar para ahogarla. Por eso es absolutamente necesario que las estructuras sociales faciliten su aparición, la que no puede quedar librada a la generación espontánea. Hay que cultivarla, hay que preparar para su ejercicio a los más dotados, mejor dicho, hay que dotarlos del hábito bueno y virtuoso de ejercerla a quienes mejor pueden, potencialmente, hacerlo. La sociedad sucumbe indefectiblemente si no tiene mecanismos naturales para generar una clase dirigente, así como si esa clase no posee la representatividad necesaria, es decir, el consenso o consentimiento del pueblo para su ejercicio. Una sociedad sin aristocracia y sin democracia como interacción concomitante e interdependiente termina por trabarse a sí misma, se cierra o se anquilosa, y concluye por deshacerse.

2. Ningún hombre obedece a otro hombre

Tampoco hemos llegado aquí al término de la cuestión y en realidad apenas hemos pasado de sus principios. Todo lo dicho será muy natural, y aún podemos soñar que se dé fluidamente, y sin embargo encontrarnos con que no funciona por mucho tiempo. Si no se funda la autoridad más que en sus principios naturales, según someramente lo hemos expuesto, pronto nos hallaremos con que los hombres se negarán mutuamente obediencia. En realidad ningún hombre obedece durante mucho tiempo a otro hombre por más que éste cumpla con los requisitos señalados. Fustel de Coulanges, el admirable estudioso de la ciudad antigua, se sorprendía de que el fenómeno de la autoridad, si bien aparecía como universal y como totalmente natural y espontáneo, estaba siempre acompañado de una exigencia más que natural. El hombre no parece someterse nunca sólo "naturalmente" a otro hombre. En efecto, sólo obedecen unos a otros si el mandato está revestido de algo que los sobrepasa. Fustel se admiraba de que hombre no pareciera querer obedecer nunca al hombre, sino al dios a través del hombre. Por lo menos hay que aceptar que el que manda debe mandar en nombre de una instancia que no sea él mismo. De no ser así, sólo puede esperar un cumplimiento no humano, es decir, no libre, del mandato. En este caso no se obedece en virtud de la autoridad sino que se ejecuta en virtud de la coerción. Por eso la idea clásica de autoridad se asoció siempre más a la de fuerza moral que a la de poder físico. Para que la autoridad tenga fuerza moral es necesario que surja de algo que esté por encima del eventual mandante y que lo involucre a él mismo; para que la autoridad se legitime tiene que incluir debajo de sí tanto al que obedece como al que manda.

Por esto los pueblos siempre han revestido a la autoridad de un último fundamento supranatural de carácter sagrado. Lo natural, pues, no basta para explicar este fenómeno natural. Dicho fundamento sacro le prestaba al mismo tiempo fuerza reverencial y legitimidad, sin las cuales no se produce la relación obediencial. El cristianismo formuló esta convicción de todas las tradiciones en una famosísima fórmula paulina contra la que más se ha vuelto el hombre racionalista moderno: **Toda autoridad viene de Dios.** Frase incomprendida si las hubo, y tanto, que nos animamos a pensar que, en realidad, se ha hecho incomprensible para la mente moderna.

Sin embargo, paradójicamente, es este mismo hombre moderno que rechaza la teología cristiana de la autoridad el que tiende obsesivamente a revestirla de sustitutos sacrales: Rousseau mitologiza la "voluntad general" y da origen a la moderna "democracia totalitaria", en la aguda expresión del profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén, J. L. Talmón; más tarde esa deletérea voluntad general llevó a buscar algo más concreto pero no menos opresivo: el Estado totalitario, como presunta expresión infalible del "pueblo" o de la "nación". En el nazismo será la comunidad biológica de la raza "superior", y en el marxismo la clase mesiánica del proletariado.

Pero todo esto, además de brutal, es inútil. El hombre no obedece a otro hombre, no tiene por qué hacerlo, es absolutamente degradante hacerlo. Claro, tampoco se puede vivir sin autoridad. He ahí el dilema. ¿Habrá que seguirle buscando fundamentos míticos o será mejor volver sencillamente a la sabiduría tradicional que la sacralizaba para hacerla humana? De ese modo el hombre no se sometía a otro hombre sino a Dios, un Dios que en el cristianismo es, además, su Padre. Pero el hombre de hoy ha perdido este horizonte y el mensaje sagrado no llega profundamente a él. Talvez haya que retrotraerse a realidades menos trascendentes, aquellas que lo tocan todavía de cerca, para reconstituir la dimensión perdida. Talvez haya que apelar a las vivencias primarias de la paternidad y de la filialidad para recuperar el sentido reverencial de la autoridad. Sólo obedecemos lo que reverenciamos. Aún hay tiempo de que la autoridad asuma formas familiares, es decir, que el que manda apele a la filialidad del que obedece, y el que obedece pueda ver en el que manda un modo de paternidad, y así resurja de un lado, la veneración respetuosa, y del otro, el amor de entrega y de servicio. Estos son los sentimientos característicos y profundos de la relación familiar.

Para que algo así sea posible hay que empezar, ciertamente, por hacer que esta vivencia exista en alguna parte, en algún momento de la vida. Hay que empezar por las familias —cuya crisis es una crisis de paternidad y filialidad—; seguir por las escuelas, donde el docente engendra espiritualmente; continuar con la hermandad de los grupos intermedios y hacer, por fin, que de algún modo estas formas de relación se reflejen en el Estado.

Rescatar desde sus raíces primordiales el sentido sacral del respeto en quien obedece, y de entrega y de servicio en el que manda, supone una transmutación total de las actitudes vigentes respecto del poder y del dominio, signadas por la concupiscencia y la soberbia. Tal transmutación implica volver a la humildad como fundamento de las relaciones humanas, pues sólo la humildad es reverente, y ¡además! sólo ella es la verdad. Ahora bien, la sacralidad auténtica significa ver lo divino presente en el mundo, intuir la sacramentalidad del universo y el valor sagrado del otro. Esto es un logro interior y no externo. Para inducirlo, quizá no quede ya otro recurso que remontarse a los hechos vitales más básicos: La familia, con sus formas primarias de relación paternal, filial, fraternal. Nadie se asuste de este retorno. No se trata de añoranzas utópicas de perimidas estructuras teocráticas. ¡Quién ignora los abusos cometidos en nombre del origen divino de la autoridad! Pero las deformaciones no obligan a ignorar lo esencial, ni los riesgos nos pueden hacer huir de las realidades. Y lo esencial y lo real es esto: la autoridad debe revestirse de fuerza espiritual para ser humana, es decir, legítima y tolerable. Por supuesto que nos referimos a algo mucho más íntimo y profundo que los regímenes políticos; hablamos de una disposición interior, de una **sabiduría del corazón,** para emplear una expresión usada por Juan Pablo I.

En fin, y para concluir con esta parte: La idea matriz de nuestra reflexión es la siguiente: No es posible plantearse el problema de la autoridad en el mundo moderno sin remontarse a la crisis que perturba todo tipo de relación entre los hombres de hoy. Talvez lo que comenzó siendo una crisis de autoridad en el siglo XVI y culminó en el XVIII con la primera gran revolución social, en la Francia de las Luces, provenga de un nivel existencial mucho más profundo y anterior, el nivel de las relaciones del hombre consigo mismo y con los demás. Es la desaparición paulatina de Dios del horizonte del mundo lo que hace imposible al hombre, imagen y semejanza de El, entrar en vinculación íntima consigo y con los otros. Dios es mucho más interior a nosotros que nosotros mismos. Y sólo cuando los hombres se vinculan entre sí íntimamente, es decir, en sus corazones, sólo entonces es cuando tal relación puede ser calificada de humana. El hombre es un ser interior porque es un espíritu. Los espíritus se interpenetran, pero los cuerpos no. El hombre de hoy ha perdido la posibilidad de penetrar el corazón del otro, porque ambos se han convertido en una pura exterioridad, y sin compenetración de los corazones por el espíritu no hay con-vivencia, base de la con-cordia, base de la amistad civil, base de la política, base y sustento de toda autoridad legítima y soportable. He ahí el nivel en el que hinca sus raíces la crisis moderna de la autoridad: En la crisis moderna del amor.

3. Las relaciones "humanas"

Lo que hace que un ser sea lo que es, es aquello que en él hay de más perfecto. Lo que nos hace humanos a los hombres ¡y pensar que hay que repetirlo! es el espíritu. Por eso las relaciones humanas son verdaderamente tales cuando se fundan en nuestra condición espiritual. Por cierto que el espíritu que somos no es un espíritu puro y que el hombre vive en una cierta contrariedad consigo mismo por el hecho de ser también un animal. He aquí a un ser misterioso. Ser en conflicto, ser al que le cuesta seguir los dictados de su propia naturaleza. Pero esto, justamente, no quita sino que afianza, si posible fuera, el fundamento racional de la vida humana y de toda relación que surja de ella. Esta racionalidad, imagen y semejanza de Dios en nosotros, es la que inviste de un carácter ético y casi sagrado a las relaciones humanas.

La crisis que estas relaciones soportan tiene origen en el oscurecimiento de ese carácter, en el descuido de su constitutivo ético y de su transfondo sacral. Esta crisis es una crisis del Ordo Amoris en el que debe inscribirse la conducta humana. Repitámoslo, porque hace falta: Soportamos las consecuencias de la crisis del amor en el mundo moderno, crisis de la voluntad, facultad del amor que se ha rendido frente a las pretensiones del sentimiento, y renuncia a la inteligencia en aras del instinto. No es extraño, pues, que el hombre actual recurra, para comprenderse a sí mismo, a una psicología de los instintos, es decir, una psicología animal, particularmente el psicoanálisis freudiano y el conductismo, aquél centrado en la impulsividad libidinosa, obsesionado por ella, buscando en las perversiones los esquemas explicativos de la conducta; y éste centrado en el aprendizaje animal y en el mecanicismo de los reflejos condicionados. Mientras tanto, perdido el hombre, su fantasma vaga errante, sin brújula y sin estrella.

Hemos pasado de un racionalismo negador al mismo tiempo de la condición carnal del hombre y de su filialidad divina, a una suerte de bestialismo degradante. Quien pretende hacer de ángel concluye por hacer de bestia; ya lo dijo Pascal cuando se inauguraba en Occidente la llamada **edad de la razón.** Se paga muy cara la soberbia inaceptación de la propia naturaleza. Este es el marco en que debemos centrar la problemática de nuestras relaciones humanas y por ende de la autoridad. Una psicología realista debe salvar la afectividad del espíritu encarnado que somos, pero sobre todo su inteligencia y su voluntad. ¿La prueba? El fracaso de la psicología actual por comprender al hombre así como el fracaso de la ética racionalista de los siglos precedentes. Ni moralismo angelista ni instintivismo materialista. Debemos comprender esta lección para adecuar las relaciones humanas a la verdadera condición del hombre. Una autoridad no ejercida por complicidad con la sensibilidad hedonista de hoy, es peor que el anterior autoritarismo moralista que ahogaba la afectividad. Los padres, los líderes de la comunidad, los sacerdotes, los profesionales, debemos tomar muy en serio ambas vertientes y ambas posibles deformaciones del problema de la autoridad. En un mundo en el que no es fácil para las nuevas generaciones hallar el sentido del hombre, ellas necesitan mucho cariño pero también mucha autoridad. El ser humano se alimenta de sensibilidad y de espíritu, de afecto y de voluntad, de gozo y de sacrificio. En ese marco de equilibrio, el propio sacrificio se convierte en gozo, porque es también realización de la persona. El ser es siempre plenificante.

Permítasenos detenernos en estos aspectos psicopedagógicos del problema que nos congrega. Cuando se saca de quicio a la naturaleza humana, ésta se desmesura y se autodestruye. Si el niño o el joven padecen de falta de cariño, viven en la inseguridad respecto de las asechanzas, reales o presuntas, del mundo exterior; pero si sufren falta de autoridad viven en la inseguridad respecto del propio mundo interior pues, como señala la psicología llamada profunda, la falta de sólidos referentes exteriores debidamente internalizados —el famoso super-yo— produce la sensación de ser arrastrado a cada momento por los impulsos que bullen en el alma joven, y que ella, sola, se siente incapaz de dominar.

Y ya que estamos en el tema psicológico, talvez no debamos soslayar lo que en este campo se sabe de la llamada personalidad autoritaria. Para que se entienda bien el abismo que separa autoridad de autoritarismo, contemplemos los estragos que este último puede causar en la persona en formación. El autoritarismo genera

Piénsese en el Congo; Biafra (5.000 muertos literalmente de hambre POR DIA; 1.200.000 en un año solo...); Camboya (cfr. "Album recordatorio para un país de desmemoriados", nº 8, 9 y 10, "Verbo", Bs. As. nº 173, junio 1977, pp. 70 - 71); Vietnam, etc., etc.

La experiencia de los últimos años en el país y en el mundo, y las lecciones de la historia brindan al observador atento material suficiente para ampliar casi al infinito los ejemplos de esta inexorable (como 2 y 2 son 4) ley de la LOGOMAQUIA DEMAGOGICA:

REPETITIO DE LA PALABRA = AUSENCIA DE LA REALIDAD *

III. 5. EL REINO DE LEBAB

1. "No tenía entonces la tierra más que un solo lenguaje y unos mismos vocablos"...

6. "Y dijo: He aquí, el pueblo es uno solo, y todos tienen un mismo lenguaje; y han empezado esta fábrica, ni desistirán de sus ideas hasta llevarlas al cabo.

7. Ea, pues, descendamos y confundamos allí mismo su lengua, de manera que el uno NO ENTIENDA EL HABLA DEL OTRO.

8. Y de esta suerte los esparció el Señor desde aquel lugar por todas las tierras, y cesaron de edificar la ciudad.

9. De donde se le dio a ésta el nombre de BABEL, porque allí fue CONFUNDIDO EL LENGUAJE DE TODA LA TIERRA; y desde allí los esparció el Señor por todas las regiones".

(Génesis 11, 1; 6 - 9)

Babel, contracción de Balbel, significa en hebreo "algo así como CONFUSION" (cfr. Straubinger: nota a Gén. 11,9).

En la Babel bíblica, vocablos **distintos** significaban una **misma** cosa.

En la Babel moderna, una **misma** palabra significa cosas **diversas** e, incluso, opuestas.

Estamos en el reino de LEBAB: la Babel invertida.

Esta idea la encontramos en el autor de esa verdadera "Suma" antitecnocrática que es "Ideología, 'praxis' y mito de la tecnocracia":

> "Hoy nuestra confusión no es producida, como en Babel, por el uso de palabras distintas para expresar la misma cosa, sino, al contrario, dimana del empleo de las mismas palabras para significar cosas distintas".
>
> **JUAN B. VALLET DE GOYTISOLO**
>
> ("Datos y notas sobre el cambio de estructuras", Speiro, Madrid, 1972, pág. 5).

Una publicación de orientación liberal coincide curiosamente en el diagnóstico:

---

* Después de escrito este artículo hemos visto confirmada esta ley por la eminente autoridad de Gustave THIBON: "Péguy decía que cuando una palabra se pone de moda es que la realidad está en vías de desaparición" ("Itineraires Nº 207; noviembre 1976, p. 97).

> "Hemos perdido la unidad idiomática. Estamos inmersos en una sofocante Babel donde con las mismas palabras se entienden las cosas más arbitrariamente opuestas".
>
> ("Ultima Clave", Bs. As., nº 150; 5-7-73, p. 1, col. 1a.).

III. 6. CONFUSIONISMO

De Babel a Lebab, ya estamos en pleno babelismo o confusionismo logomáquico (Babel = confusión), reflejo de la confusión mental:

> "Nuestra época tiene ídolos venerados: Moloch, Mamón, Príapo. Hay que agregarles BELFEGOR, el demonio de la confusión mental".
>
> **PAPINI**
>
> (Cit. por L. JUGNET in "L'Ordre Francais" nº 5, mayo 1963, p. 37).

MAURRAS captó bien el aspecto revolucionario —obra, en último término, del "homicida desde el principio" (Jo. 8, 44)— de esta "confusión de las palabras" e indicó con claridad el remedio: reaprender el "viejo arte de las definiciones":

> "José De Maistre, que llamaba a la Revolución satánica, también hubiera podido llamarla CAOTICA, porque esta obra de las potencias inferiores no se sostiene más que por un trastorno perpetuo introducido EN EL SENTIDO Y EN EL VALOR DE LAS PALABRAS.
>
> EL MAYOR ENEMIGO DEL ESPIRITU REVOLUCIONARIO podría bien ser un sabio que enseñara a nuestros hombres degenerados EL VIEJO ARTE DE LAS DEFINICIONES.
>
> En todo caso muchos fraudes desaparecerían de nuestro lenguaje político, y los sentimientos viles reaparecerían a simple vista".
>
> **MAURRAS**
>
> ("Gazette de France", 4-6-1960).

En ese "arte de las definiciones", del "aut-aut" evangélico, descolló toda su vida un gran maestro argentino, mártir de la Verdad que es Cristo. Oigamos su hermoso y viril estilo, en un discurso en memoria de otro mártir, también víctima del Comunismo y de la Masonería internacional:

> "El síntoma claro e inequívoco de esa gran depresión intelectual y moral, de ese empequeñecimiento del hombre, es la CONFUSION DE LAS PALABRAS.
>
> Hemos perdido el sentido de la realidad y de la verdad y por eso las palabras más elevadas, las palabras señeras, ya NO SON DEFINICIONES, ya no dicen la esencia y el valor de las cosas mismas.
>
> Las palabras más elevadas, Verdad, Justicia, Libertad, dignidad de la persona humana, las que nombran virtudes y blasones, ya no suelen ser más que adulaciones, palabras que halagan o intimidan.
>
> Las palabras que no son DEFINICIONES, no son más que adulacio-

nes; nacen del temor, del placer, del dolor; y no de la inteligencia de lo que es.

Y como la palabra es poderosa, el mayor poder de la tierra, incluso la palabra falaz, una propaganda hábil, sostenida, abrumadora, puede ocultar los seres y los gestos más nobles detrás de las palabras más viles; puede llamar crimen al heroísmo, traición a la fidelidad, tirano al gobernante justo, servidumbre a la libertad. (. . .)

Nos enseña PLATON que hablar impropiamente no es sólo comentar una falta, sino HACER UN DAÑO IRREPARABLE A LAS ALMAS. Y por eso decíamos que el principal empeño del BOLCHEVISMO es provocar el caos y la CONFUSION en la existencia occidental, a través del CAOS Y DE LA CONFUSION DE LAS PALABRAS".

JORDAN BRUNO GENTA

("Monseñor Tiso", Edics. del Restaurador, Bs. As., 1949, p. 11. Los subrayados son nuestros).

(Sobre la personalidad de Monseñor TISO, "mártir de la fe católica y del amor a la patria", además de esta bella conferencia, cfr Mc-IAN: "Mentiras del Mundo Moderno", Cruz y Fierro, 1977, pp. 189-197).

III. 7. USO MARXISTA DE PALABRAS MÁGICAS "LIBERADORAS"

Del belfegorismo = babelismo = confusionismo, obra del demonio liberal, se cae —como denuncia claramente el texto de Genta supracitado— en el manejo de las palabras por el nieto legítimo del Liberalismo: el COMUNISMO. *

Los profesionales del uso y abuso de la dialéctica vacían las palabras de toda verdad y las llenan con una carga **afectiva,** mediante la cual se pretende manejar a las masas. Porque MASA es = a PENSAMIENTO VISCERAL.

Por obra y ensalmo de los nuevos "dueños de las palabras", surgen entonces las palabras-mito, las palabras mágicas cargadas con fluidos pasionales. Y el conformismo inconsciente de los modernos VICENTISTAS ("¿A dónde va Vicente? Al ruido de la gente") las ingiere y acepta como principios de oro en polvo.

Sobre el manejo de las palabras está todo dicho en el siguiente diálogo:

"—Cuando yo uso una palabra, dice Humpty Dumpty con tono de desprecio, significa justamente que yo entiendo darle ese significado, ni más ni menos.

—La cuestión es saber, contesta Alicia, si Ud. PUEDE hacer escribir a las palabras TANTOS SIGNIFICADOS DIVERSOS.

---

* "Meminerint omnes, huius socialismi mores cultumque pervadentis parentem quidem liberalismum fuisse, haeredem vero "bolscevismum" futurum" (Recuerden todos que el padre de este socialismo invasor de la civilización y de la cultura fue el LIBERALISMO y su heredero, el BOLCHEVISMO) (Pío XI, "Quadragesimo anno", párrafo 122, BAC, Documentos Sociales, 1964, p. 682).

—La cuestión es, replica Humpty Dumpty, QUIÉN DEBE SER EL AMO. ESO ES TODO".

Lewis CARROLL ("Alicia en el país de las maravillas". Cit. por A. Falcionelli, in "El licenciado, el seminarista y el plomero", Ed. La Mandrágora, Bs. As., 1961, p. 15).

El "abuso dialéctico de la palabra" por estos auténticos dueños de las palabras fue denunciado por Pablo VI como uno de los obstáculos que imposibilitan el diálogo con el comunismo:

> "...**el abuso dialéctico de la palabra,** no precisamente encaminada hacia la búsqueda y la expresión de la verdad objetiva, sino puesta al servicio de finalidades utilitarias preconcebidas. Esta es la razón por la que el diálogo calla".
>
> **PABLO VI**
>
> ("Ecclesiam Suam", 6-8-64; ed. Paulinas, Bs. As., 1964, p. 65).

El mismo párrafo, en una traducción más fiel al estilo ciceroniano del original latino —único oficial—:

> "...en el discurso racional se hace un MAL USO DE LAS PALABRAS, que no sirven para expresar la verdad tal como es, sino que son forzadas a ponerse, deliberadamente, al servicio de un interés. He ahí por qué, en lugar del diálogo, está el silencio".
>
> ("Ecclesiam Suam", tradución directa del texto latino del "Osservatore Romano". Edición del abbé Jean Boyer, Francia, 1964, p. 84).

Todo este proceso de verdadera prostitución semántica, que recibe un efecto multiplicador de los mecanismos anteriormente descritos, especialmente de la "REPETITIO" (cfr. supra III,4), está fielmente sintetizada, con agudeza e ironía, en el siguiente texto:

> "...el recurso a todos los 'slogans' de moda y a todas las palabras **mágicas** que la 'intelligentsia' revolucionaria se ha preocupado por cargar de AFECTIVIDAD positiva o negativa, con el laudable intento de 'liberar' a los hombres de la engorrosa tarea de pensar. Liberación, dependencia, concientización, imperialismo, pueblo, violencia institucionalizada, compromiso, proceso, cambio de estructuras, alienación, América Latina, etc., etc. El eterno 'ritornello' de palabras reiteradas según la misma frecuencia MACHACONA Y OBSESIVA con la que el 'corazón' y la 'percanta' se hacen presentes en cualquier antología tanguera. Palabras que no se ordenan a iluminar un concepto en la inteligencia, sino a DESPERTAR UN ESTADO ANÍMICO PASIONAL como disposición para la 'toma de conciencia', en el más puro sentido marxista de la expresión".
>
> **Pbro. Lic. ALBERTO EZCURRA**
>
> ("Mikael", Paraná, nº 14; 1977, 2º; pp. 157-158. Los subrayados son nuestros).

IV. EJERCICIO PRÁCTICO: EJEMPLOS DE LOGOMAQUIA

IV. 1. LAS "TRES COLUMNAS"

En primer lugar, recomendamos tener siempre a la vista el interesante método de las "tres columnas" (cfr. "Roma" nº 11; setiembre 1969, pp. 43-44), ampliándolo y completándolo en lo posible, y gracias al cual podremos tener a mano frases como "PLANIFICACION TRANSICIONAL INTEGRADA" o "PROGRAMACION DIRECCIONAL BALANCEADA", tanto más sonoras cuanto menos provistas de contenido...

IV. 2. LISTADO

En segundo lugar, ya que propiciamos una "formación para la acción", realicemos permanentemente un "relevamiento periodístico", manteniendo actualizado nuestro listado de palabras mágicas de la logomaquia progresista-marxista.

Para dar el empujón inicial, pueden servir:

kerigma - catarsis - punto omega - pleroma - retroacción - proyección - pneumatología - apocatástasis - dinámica - programática - protagonizar - coyunturalizar - apertura - mutación - cambio - transicional - metaplasmática - serendibidad...

y agregar la lista que indica el P. Ezcurra en III.7.

El Profesor Peter Brian MEDAWAR, premio Nobel de Medicina en 1960, en un artículo en francés titulado "Un fastidioso fárrago", con motivo de la traducción al inglés del "Fenómeno humano" de Teilhard de Chardin, luego de descalificar la obra como "anticientífica", un "absurdo", una "impostura", de "argumentación inepta", se extasía clasificando las expresiones preferidas del léxico de la úbris teilhardiana, por orden alfabético: (Respetamos el orden de las palabras en francés)

> "colosal, definitivo, desmesurado, fascinante, fantástico, enorme, sorprendente, tremendo, hiperdespiadado (!), indefinible, ilimitado, infinito, inimaginable, ineluctable, insecuestrable, innombrable, irresistible, lujuriante, misterioso, monstruoso, megaprimordial (!), prodigioso, super, ultra, único, vertiginoso".
>
> **P. B. MEDAWAR**

("Un fastidieux fatras" in "La Quinzaine Littéraire", 1º - 15 octubre 1966; cit. por L. Jugnet in "Itinéraires" nº 108, diciembre 1966, pp. 182-184).

IV. 3. ESTILO LOGOMÁQUICO

Un ejemplo entre mil, de este "clásico de la logomaquia" que es Teilhard de Chardin: su definición de "noósfera":

"La formación actual, ante nuestros ojos, gracias a factores hominizantes, de una entidad biológica especial, tal como no ha habido

> aún nunca sobre la Tierra, la formación, quiero decir, a partir y encima de la Biósfera, de una envoltura planetaria agregada, la envoltura de substancia pensante, a la cual he dado por comodidad y simetría, el nombre de Noósfera".

TEILHARD DE CHARDIN

("L'Avenir de l'Homme", Ed. du Seuil, Paris, 1960, p. 203).

Y este otro hermoso botón de muestra de la jerga biónico-claroscúrica:

> "Dado el pragmatismo materialista de una sociedad anquilosada por sus estructuras, las mutaciones decisivas no pueden surgir sino de la percepción casi profética de ciertos espíritus penetrantes, más acordes con el futuro que con el pasado, en quienes se cristalizan todas las aspiraciones latentes".
> (encabezamiento al 2do. domingo de Adviento, en el Nuevo Misal francés de 1970).

(Cit. por Julien GREEN: "Ce qui reste de jour", Plon, 1972; reproducido en "VIGILIA", Santiago de Chile, nº 1; abril-mayo 1977, p. 36, col. 1a.).

CONCLUSION

Ante tanta retórica hueca, hagamos el "oppositum per diametrum", difundiendo y practicando la tercera de las seis leyes que figuraban en la "Cartilla del Jefe de nido", es decir, de la familia legionaria fundada por Corneliu Zelea Codreanu:

> "3. Ley del silencio. Hablad poco. Hablad cuando sea necesario. Que tu oratoria sea la oratoria de los hechos. Obrad, dejad que los demás hablen".

(cfr. "Ruta Solar", Madrid, nº cero, 1976, p. 23).

GUSTAVO DANIEL CORBI

LA FORMACION CATOLICA DE MARTIN MIGUEL DE GUEMES

I. La Partida de Bautismo

Martín Miguel de Güemes nació en Salta el 7 o el 8 de febrero de 1785. El único documento con que se cuenta para conocer la fecha de su nacimiento es la partida de bautismo, la cual reza así: "En " esta Santa Iglesia Matriz de Salta, a nueve de febrero de mil setecien- " tos ochenta y cinco, Yo el Cura Rector más antiguo exorcicé, bauticé " y puse óleo y crisma a Martín Miguel Juan de Mata, criatura naci- " da de dos días e hijo legítimo de don Gabriel de Güemes Montero y " doña María Magdalena de Goyechea y la Corte y fueron sus padrinos " de agua y óleo don Josef González de Prada, Contador Ministro Prin- " cipal de Real Hacienda y doña María Ignacia Cornejo y para que cons- " te lo firmé. Dr. Gabriel Gómez Recio" (1).

La duda respecto al día del nacimiento radica en que no sabemos si el Presbítero Gómez Recio, al decir "criatura nacida de dos días", tuvo o no en cuenta el día nueve en el cómputo que efectúa. Para unos historiadores, como el doctor Atilio Cornejo (2), no lo hizo, por cuanto era muy versado en derecho canónico y sabía bien que éste prescribe que los días se cuenten cuando han transcurrido íntegramente. Para otros, como la profesora María Teresa Cadena de Hessling (3) no hay duda que el Cura Rector de la Iglesia Matriz de Salta contó como un día el 9 de febrero de 1875, por cuanto la Iglesia Católica celebra el 8 de febrero la festividad de San Juan de Mata, nombre que se puso al niño —como consta en la partida— y que sólo se explica si ha nacido el día ocho.

Hasta la fecha se conmemora el nacimiento del prócer el día 7 de febrero. En el inmueble donde nació, situado en la calle Balcarce Nº 51 de la ciudad de Salta, se ha colocado una placa donde se lee lo siguiente: "Aquí nació el General Martín Güemes, el 7 de febrero de 1785".

---

(1) ARCHIVO DE LA PARROQUIA DE LA MERCED (Salta). Libro de bautismos de 1782 a 1791, fojas 57 y vuelta.

(2) ATILIO CORNEJO, **Historia de Güemes**, 2ª edición, (Salta 1971), p. 43.

(3) MARIA TERESA CADENA DE HESSLING, **Temas para una biografía del General Martín Miguel de Güemes** en BOLETIN Nº 1 del Instituto Güemesiano de Salta, (Edición Oficial, Salta, 1977), pp. 19 y 20.

II. Trayectoria del prócer

El profesor Fray Benito Honorato Pistoia, religioso franciscano, nos informa que Güemes concurrió a la escuela que dirigían los Padres del Convento de San Francisco de Salta, la cual funcionaba anexa al convento (4). Sabemos también que Güemes fue discípulo del Dr. Manuel Antonio de Castro (5) y condiscípulo del Presbítero Dr. Andrés Pacheco de Melo (6).

Don Gabriel de Güemes Montero, Tesorero Ministro Principal de Real Hacienda y Comisario de Guerra, eligió para su segundo hijo Martín Miguel Juan de Mata la carrera de las armas. El adolescente ingresó el 13 de febrero de 1799, como cadete, en el Regimiento Fixo de Buenos Aires, en la VI Compañía del Tercer Batallón, la cual estaba destacada en Salta desde el año 1790 (7). Tenía 14 años recién cumplidos.

Nunca abandonaría Güemes la carrera militar. La cursó durante veintidós años y cuatro meses, es decir hasta su muerte, el 17 de junio de 1821. Llegó a general tras alcanzar uno a uno los grados correspondientes, en su mayor parte en acción de guerra. Permaneció en Salta como cadete hasta fines de 1805, oportunidad en que fue enviado a Buenos Aires. Luego fue destinado a Córdoba y también a la Banda Oriental. Se encontraba nuevamente en la ciudad de Salta cuando tuvo lugar el Movimiento de Mayo. Se puso de inmediato a su servicio y triunfó en el combate de Suipacha. A principios de 1811, Castelli lo despidió del Ejército Auxiliar del Perú pero fue reincorporado meses después. En 1812 Belgrano lo destinó a Santiago del Estero, primero, y a Buenos Aires, después. Güemes consiguió en diciembre de 1813 ser reintegrado al Ejército Auxiliar del Perú, llegando con el regimiento que comandaba San Martín. Así retornó a Salta, a comienzos de 1814, de donde ya no se apartó por el resto de sus días.

Fue en los siete años y cuatro meses transcurridos desde que Güemes regresó a Salta hasta su muerte, que se llevó a cabo la guerra gaucha. Esta guerra es la epopeya de los argentinos.

Desde mayo de 1815, Güemes también fue gobernador de la Intendencia de Salta, la cual comprendía las actuales provincias de Salta y Jujuy y la región de Tarija. Y desde julio de 1816, al retirarse hasta Tucumán el Ejército Auxiliar vencido en Sipe Sipe, Güemes y los saltojujeños evitaron, durante cinco años, que los ejércitos del Virrey del Perú se apoderaran de las provincias que hoy forman la República Argentina.

---

(4) BENITO HONORATO PISTOIA, **El pensamiento político de Güemes** en BOLETIN Nº 2 del Instituto Güemesiano de Salta (En prensa).

(5) El Dr. Manuel Antonio de Castro fue uno de los hombres más cultos de la primera mitad del siglo pasado en la República, fundador de la Academia de Jurisprudencia.

(6) El Presbítero Dr. Andrés Pacheco de Melo, salteño, fue congresal de 1816 donde representó a la ciudad altoperuana de Tupiza y su distrito de campaña.

(7) ARCHIVO GUEMES (Buenos Aires). Confróntese BERNARDO FRIAS, **Historia del General Güemes y de la Provincia de Salta**, tomo III, (Salta, 1918), p. 526 y ATILIO CORNEJO, **Historia de Güemes**, pp. 45-46.

III. El cristianismo de Güemes

Cuando el gobernador Martín Miguel de Güemes tuvo que recurrir a las contribuciones forzosas de salteños y jujeños, para hacer frente a los gastos de la guerra por la emancipación, al adversarlo externo se sumó el interno. Este último llegó a intentar deponerlo e incluso eliminarlo.

Pese a tal actitud de sus opositores y a que era una época en la que los gobernantes no titubeaban en aplicar la pena capital a quienes se rebelaban, Güemes nunca hizo fusilar a nadie. Las penas que aplicó a sus enemigos políticos siempre fueron pecuniarias, cuyo importes los destinaba a solventar los gastos de guerra. La sólida formación cristiana recibida lo habilitó para que respetara y comprendiera a todo hombre, por tenaz e irreductible adversario suyo que fuese.

Hay múltiples muestras del espíritu cristiano que siempre animó a Güemes. Sirvan de ejemplos, su proceder con dos comandantes del Ejército Auxiliar del Perú, los cuales tomaron, en ciertos momentos, drásticas medidas contra él: Belgrano y Rondeau.

a) **Güemes y Belgrano**

Al hacerse cargo, en 1812, del Ejército Auxiliar del Perú, Belgrano decidió separar a Güemes del ejército y enviarlo a Buenos Aires. Actuó así porque le hicieron llegar denuncias de que el oficial salteño llevaba una vida privada impropia de un soldado.

Cuando Güemes solicitó en Buenos Aires que se le explicaran las causas de su separación del Ejército Auxiliar del Perú, Belgrano fue en extremo duro y hasta injusto. En un párrafo del informe que produjo, dice lo siguiente: "Virtudes, ciertamente, no se le han conocido jamás " y sus servicios han sido manchados con ciertos excesos, o mejor di- " ré delitos, de que tengo fundamentos muy graves para creerlos, aun- " que no documentos. Por lo mismo, considero que no podrá ser útil " en este ejército, que trato de depurarlo de toda corrupción a toda " costa" (8).

Cuando en agosto de 1816 Belgrano se hizo nuevamente cargo en Tucumán del Ejército Auxiliar, ya Güemes era gobernador de la Intendencia de Salta y tenía la misión de enfrentar con sus gobernados a las fuerzas hispanas. Belgrano tenía bien presente la medida que había tomado contra Güemes cuatro años atrás, y decidió escribirle. Lo hizo el 6 de setiembre de 1816, ofreciéndole su amistad y comunicándole que "habían hablado algunos de que Ud. no la tendría conmigo,

---

(8) ALFREDO GARGARO, **Martín Güemes en Santiago del Estero**, en Revista de la Junta de Estudios Históricos Nº 31 (Santiago del Estero, 1959), pp. 10 y 11.

" así por lo que lo mandé a Buenos Aires, como porque a Rondeau
" dicen que Ud. le manifestó que no me admitiría" (9).

Güemes le contestó el 6 de noviembre de 1816, diciéndole: "El
" tiempo hará conocer a mis conciudadanos que mis afanes y desve-
" los en el servicio de la Patria no tienen más objeto que el bien ge-
" neral. Créame, mi buen amigo, que éste es el único principio que me
" dirige y en esta inteligencia no haga caso de todos esos malvados
" que tratan de dividirnos. Güemes es honrado, se franquea con Ud.
" con sinceridad, es su verdadero amigo y lo será más allá del sepulcro
" y se lisonjea de tener por amigo a un hombre tan virtuoso como Ud.
" Así, pues, trabajemos con empeño y tesón, que si las generaciones
" presentes nos son ingratas, las futuras venerarán nuestra memoria,
" que es la recompensa que deben esperar los patriotas desinteresa-
" dos" (10).

Esta amistad subsistió hasta la muerte de Belgrano. Cuando Güemes se enteró, en 1819, que Belgrano estaba enfermo en San Miguel de Tucumán, le pidió a su médico personal, el Dr. José Redhead, que fuera a asistirlo, a cuyo efecto proveyó al facultativo de cuatrocientos pesos, para gastos de viaje y viáticos (11). El 26 de octubre de 1819, el gobernador de la Intendencia de Tucumán, don Feliciano de la Mota Botello, escribía a Güemes, expresándole: "Satisfago a su apreciable del 18 del corriente y a los justos cuidados que le asisten por
" la salud de nuestro digno General, que sus achaques van mitigándose
" con la asistencia de los facultativos, el descanso de su casa y la llegada
" del Dr. Redhead, que ha fijado su residencia en la misma habitación.
" El está convencido y reconocido de su amistad, que ha hecho Ud.
" cuanto ha podido hacer en su alivio; así me lo ha expresado lleno
" de gratitud; me supongo que (en) este Correo le escriba si le da
" tiempo su mal. Yo voy por allí diariamente a consolarle" (12). El Dr. Redhead acompañó a Belgrano en su viaje a Buenos Aires y lo atendió hasta el instante en que el prócer murió.

b) Güemes y Rondeau

Desde el combate del 14 de abril de 1815, en el Puesto Grande del Marqués, comenzaron las diferencias entre Güemes y el General José Rondeau, a la sazón Comandante Auxiliar del Perú. Al día siguiente, Güemes y sus gauchos se retiraron del Ejército, con el consentimiento del Comandante. Al pasar por Jujuy, Güemes tomó unos 660 fusiles que había dejado Rondeau y los llevó a Salta, donde el 6 de mayo de 1815 fue elegido gobernador de la Intendencia.

---

(9) Confróntese B. FRIAS, **Historia del Gral. Güemes . . .** t. III, p. 755.

(10) Confróntese BARTOLOME MITRE, **Historia de Belgrano** (Buenos Aires, 1887) t. II, p. 489.

(11) ARCHIVO Y BIBLIOTECA HISTORICOS DE SALTA, Libro Mayor de 1819, fojas 29.

(12) ARCHIVO GUEMES (Buenos Aires). Confróntese ATILIO CORNEJO, **Historia de Güemes**, p.287.

Al enterarse Rondeau de lo ocurrido con los fusiles, intimó a Güemes su devolución. Al no lograr su propósito, publicó un manifiesto, acusando a Güemes de rebelde y enemigo de las Provincias Unidas del Río de la Plata y requiriendo la intervención del Directorio (13). Güemes explicó al Director Interino Ignacio Alvarez Thomas la necesidad que tenía de poseer estas armas, para la defensa de la Intendencia, y no las entregó (14).

Mientras tanto, Güemes actuaba invariablemente en función de servicio: apoyaba a la división del Coronel Domingo French, enviada por Alvarez Thomas para que se incorporara al Ejército Auxiliar del Perú (French también tenía la misión de deponer y detener a Güemes, pero el prócer tomó las medidas del caso para que esto no ocurriera); ayudaba al Ejército Auxiliar con víveres y hombres cuando retrocedía, tras la derrota sufrida en Sipe Sipe. Pese a ello, al poco tiempo de llegar a Jujuy, Rondeau convocó a un Consejo de Guerra. Y con los votos favorables de los coroneles Juan Ramón Rojas, Vicente Pagola y Domingo French, resolvió poner en movimiento todo su ejército contra Salta, dispuesto a someter a Güemes. El gobernador y el Cabildo de Salta enviaron delegaciones con la misión de llegar a un acuerdo. Rondeau no las recibió y penetró en la provincia, declarando a Güemes "reo de Estado".

Güemes maniobró habilmente e impidió que Rondeau recibiera auxilios desde Jujuy. Como el invasor no había tomado ninguna medida para asegurarse una normal provisión de alimentos, pronto se quedó sin medios de subsistencia. Rondeau logró llegar hasta la ciudad de Salta pero sólo para tener que avenirse a sostener una entrevista con Güemes, con quien firmó el 22 de marzo de 1816 el Pacto de los Cerrillos (15). El gobernador de Salta se comprometió a seguir auxiliando al Ejército Auxiliar como lo venía haciendo hasta ese momento y Rondeau a retirarse de Salta con su ejército. En Jujuy, el 17 de abril, Rondeau suscribió un documento anulando cuanto había dicho anteriormente contra Güemes (16).

Tres años más tarde, Rondeau ejerció —por pocos meses— la primera magistratura del país: Director del Estado. Con tal motivo Güemes, que seguía siendo gobernador de Salta, se dirigió el 12 de octubre de 1819 a uno de los diputados salteños al Congreso Nacional —el Dr. Juan Marcos Zorrilla— diciéndole lo siguiente: "Con respecto al señor Rondeau todo está allanado y olvidado todo. Cuando median los " sagrados intereses de la Causa mi corazón se halla como enajenado, " se humilla y aun se abate. Amo el orden y no puedo negar que es la

---

(13) Confróntese JOAQUN CARRILLO, **Historia Civil de Jujuy** (Buenos Aires, 1877), p. 220.

(14) Confróntese B. FRIAS, **Historia del Gral. Güemes...** t. III, pp. 440-444.

(15) ARCHIVO GENERAL DE LA NACION (Buenos Aires), Ejército Auxiliar del Perú 1816, División Nacional, Sección Gobierno, Sala V, Cuerpo 3, Anaquel 3, Legajo 5.

(16) J. CARRILLO, **Historia Civil de Jujuy**, p. 261.

" única tabla que nos ha de llevar al puerto más seguro. Ud. conoce " muy bien la sinceridad de mis intenciones y la buena fe que me caracteriza. Partiendo de estos principios rebata Ud. los argumentos que la " maledicencia puede forjar, seguro de que el señor Rondeau es mi " amigo como individuo particular y que como gobernante será obedecido y respetado" (17).

El historiador Atilio Cornejo, sin duda el más calificado biógrafo de Güemes, llega a decir del prócer: "¡Qué alma generosa y cristiana la " de Güemes! ¡Cómo perdonaba a sus enemigos! ¡Qué temple para la " adversidad! ¡Cómo afrontaba la tempestad!" (18).

IV. Un ejemplar gobernante católico

Güemes no sólo estuvo animado de un profundo espíritu cristiano. También fue un gobernante católico ejemplar (19).

Apenas iniciado en el gobierno de la Intendencia de Salta, demostró su respeto y afecto por dos altos dignatarios de la Iglesia Católica en América, pese a ser éstos considerados por el gobierno central y por dos comandantes del Ejército Auxiliar del Perú, como adversarios de la emancipación americana. También compruébase su catolicismo en su preocupación por satisfacer las necesidades espirituales de sus gobernados.

a) El Obispo Nicolás Videla del Pino

Monseñor Nicolás Videla del Pino gobernó la diócesis de Salta desde 1809, siendo su primer obispo. Había sido Obispo de Asunción del Paraguay y, anteriormente, deán de la Catedral de Córdoba, ciudad de la que era oriundo. Cuando Belgrano se hizo cargo, en 1812, del Ejército Auxiliar del Perú, resolvió mandar al obispo a Buenos Aires, por cuanto sostuvo que se habían sorprendido comunicaciones entre los realistas, comprometedoras para monseñor Videla del Pino. El obispo manifestó ser inocente del cargo formulado, apeló al Triunvirato e incluso se ocultó, pero todo fue inútil. La orden de Belgrano, ratificada por los triunviros, se cumplió inexorablemente (20).

Aunque en 1814 el Directorio comunicó a monseñor Videla del Pino que su causa estaba concluida, no le permitió regresar a su diócesis. Pero cuando, en 1815, el Cabildo de Buenos Aires concedió una amplia amnistía, el Obispo de Salta resolvió acogerse a la misma, creyendo que se le había presentado la oportunidad de retornar a su sede. La posibilidad del regreso también se creyó en Salta. En una carta de

---

(17) ARCHIVO GUEMES (Buenos Aires). Confróntese A. CORNEJO, **Historia de Güemes**, pp. 287-288.

(18) A CORNEJO, **Historia de Güemes**, p. 202.

(19) Confróntese sobre este Punto IV y el siguiente LUIS OSCAR COLMENARES, **Güemes, gobernante católico**, en BOLETIN nº 1 del Instituto Güemesiano de Salta, pp. 48 a 63.

(20) Hasta la fecha no se han encontrado las cartas comprometedoras para el Obispo. En cambio, sí hay la evidencia de que no hubo proceso, lo que pone en tela de juicio la autenticidad de las cartas.

Güemes al Obispo, de fecha 14 de agosto de 1815, se lee: "...a mérito " de mis diarios informes tuve la agradable noticia de que ya regresa- " ba con honor a unirse con su Iglesia y con éstos, sus tiernos hijos " que le deparó el Cielo" (21).

Pero parece que ya en julio de 1815 monseñor Videla del Pino se había enterado de que seguían existiendo impedimentos para que regresara a Salta pues Güemes en la citada carta agrega: "Ya proyecta- " ba los mejores medios para facilitar su arribo, cuando he recibido la " apreciable de Vuestra Ilustrísima de 20 del pasado. Ella ha conmovi- " do mi espíritu a pesar del gusto y de la satisfacción con que me ha- " ce acreedor a sus confianzas" (22).

Y en respuesta a lo que el Obispo le expresaba, Güemes también consigna lo siguiente en la carta de referencia: "En su contes- " tación ruego encarecidamente a Vuestra Señoría se digne franquear- " me su voluntad y decirme lo que necesita para venir a ésta, seguro " de que será servido con preferencia. No escribo al Supremo Gobierno " por ahora y en el interín me presta Vuestra Ilustrísima su consenti- "miento, con el cual también obrará este Cabildo, a mis insinuaciones" (23).

Güemes concluía su epístola con estos términos: "Viva Vuestra " Ilustrísima persuadido de que soy su mejor amigo, de que lo amo " respetuosamente y de que no perderé ocasión de ratificarle la volun- " tad con que lo he sabido distinguir. Besa la mano de Vuestra Ilus- " trísima su afectísimo amigo y seguro servidor" (24).

Monseñor Nicolás Videla del Pino murió en Buenos Aires, el 17 de marzo de 1819, sin haber podido retornar a su diócesis.

b) El Arzobispo Benito de Moxó y de Francolí

Monseñor Benito María de Moxó y de Francolí —catalán de origen, de la Orden benedictina y un humanista que se había distinguido en la Universidad de Cervera— gobernaba la arquidiócesis de Charcas desde el año 1807. A partir de 1809 el Arzobispo soportaba los conflictos que afligían a América y muy especialmente al Alto Perú: los españoles sospechaban que favorecía a los patriotas y éstos que estaba en connivencia con aquéllos. Hasta el arribo de Rondeau al Alto Perú, monseñor Moxó había logrado capear el temporal. Pero en cuanto Arenales tomó posesión, en 1815, de las ciudades de Charcas y Cochabamba, Rondeau ordenó el destierro del Arzobispo y su traslado al sur de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

A igual que el Obispo Videla del Pino en 1812, monseñor Moxó declaró ser inocente de cuanto se le acusaba. En una carta dirigida a todos los americanos, escrita el 18 de setiembre de 1815, ya detenido y en camino hacia el sur, el Arzobispo consigna cuál ha sido su trayectoria, expresando en un párrafo lo siguiente: "¿Queréis que ignore " que las guerras civiles son semejantes a las oscuras tormentas del " otoño, cuando revientan de dos resonantes y opuestos cerros y que " en tal confusión y estruendo, mil y mil razones obligan al que re- " presenta en la sociedad la persona de Padre y Pastor, por mucho que " admire y aprecie las hazañas militares, a no aconsejar y predicar otra " cosa que paz, concordia y unión?" (25).

---

(21) ARCHIVO Y BIBLIOTECA HISTORICOS DE SALTA, Carpeta Güemes, Legajo Religión, 2da. Parte, Apartado X.

(22) Ibidem, 2da. Parte, Apartado X.

(23) Ibidem, 2da. Parte, Apartado X.

(24) Ibidem, 2da. Parte, Apartado X.

Güemes se enteró, el 27 de noviembre de 1815, que el titular de la Arquidiócesis de Charcas —de la que era sufragánea la diócesis de Salta— ingresaba como detenido en la Intendencia. De inmediato se dirigió al oficial encargado de la custodia, sargento mayor Manuel Rojas, comunicándole que debía penetrar con el Arzobispo en la ciudad de Salta (26). Y el 1º de diciembre del mismo año le expresaba al Teniente Gobernador de Jujuy, don Mariano Gordaliza: "A su tránsito por " esa ruego a Ud. le dispense al dicho señor Ilustrísimo, a mi nombre, " todas las consideraciones que merece su alta dignidad, disponiendo " luego, siga su marcha a ésta, donde se le harán los debidos obsequios, " sin perjuicio de lo que haya dispuesto el Señor General en Jefe del " Ejército del Perú" (27).

Cuatro días más tarde, el 5 de diciembre, Güemes se dirigía al Provisor del Obispado de Salta, don José Alonso de Zabala, expresándole: "Aunque el Señor General en Jefe del Ejército del Perú ha " dispuesto que el Ilustrísimo Señor Arzobispo de los Charcas pase " hasta la ciudad de Tucumán, he tenido a bien por justas considera- " ciones y sin perjuicio de las órdenes de dicho Señor General, que " entre en ésta, ya sea a tomar algún descanso de sus fatigas, ya sea " por la estación rigurosa de lluvias y calores le sería demasiado grave, " cuando por otra parte mira este gobierno con todo respeto la alta " dignidad que representa. Lo comunico a Vuestra Señoría para que en " unión con el ilustre clero, le dispense el día de su entrada los hono- " res que le competen y se le proporcione y disponga la casa que ha de " ocupar y servir de Palacio" (28).

El Arzobispo llegó a Salta el 8 de diciembre, permitiéndole Güemes que circulara libremente por la ciudad. La actitud de Güemes con monseñor Moxó, desagradó al gobierno central. El 17 de febrero de 1816, le escribía el Director Suplente Ignacio Alvarez Thomas, diciéndole: "Me hallo instruído de haber Vuestra Señoría detenido en esa ciudad " de Salta al Muy Reverendo Arzobispo de La Plata que con sujeción

---

(25) Ibidem, 2da. Parte, Apartado III.

(26) Ibidem, 1ra. Parte, p. 4.

(27) Ibidem, 1ra. Parte, p. 4.

(28) Ibidem, 1ra. Parte, 4 y 5, y 2da. Parte, Apartado V.

" a mis órdenes enviaba el General del Ejército Auxiliar a Tucumán...
" Yo no puedo manifestar a Vuestra Señoría las razones de gravísimo
" interés que hacen necesaria la internación del Muy Reverendo Arzo-
"bispo a estas Provincias pero Vuestra Señoría debe creer que mis
" órdenes relativas a ese objeto no son de puro capricho y que a mí
" y no a otro alguno corresponde librarlas..." (29).

El oficio de Alvarez Thomas llegó a Salta cuando Rondeau invadía Salta. Desgraciadamente, a los veinte días de firmado el Acuerdo entre Güemes y Rondeau, el 11 de abril de 1816, moría súbitamente monseñor Moxó, siendo enterrado en la antigua Catedral de Salta.

c) La Capilla de El Chamical

El Chamical es una zona rural, situada aproximadamente a 30 kilómetros de la ciudad de Salta, hacia el sudeste. Esta capilla, hoy monumento histórico nacional, existe desde fines de 1818 y es el mismo Güemes quien nos explica su construcción, a través de la siguiente nota que él cursó al Provisor del Obispado, don José Gabriel de Figueroa: "Agitado de las reclamaciones con que varias personas piadosas
" y cristianas me han convencido de la necesidad espiritual que concu-
" rre para la colocación de una capilla rural en el punto del Chamical,
" ya por los muchos individuos que se han establecido en sus inme-
" diaciones, cuya asistencia de sacramentos exige el más exacto cum-
" plimiento (impracticable a los curas del Rectorado en sus atenciones
" y circunstancias) y ya también por otras causas de que contemplo
" a Vuestra Señoría penetrado antes de ahora, no he podido desen-
" tenderme de tan justas insinuaciones... Hallándonos con el consuelo
" de verla (a la capilla) levantada, a expensas y sudores de los indios
" gauchos moradores del mismo lugar del Chamical y sus inmedia-
" ciones, con expresa licencia que concedió al efecto y en tiempo apto,
" el referido señor provisor Zabala, sólo resta que se sirva Vuestra Se-
" ñoría librar la comisión bastante para su bendición y colocación al
" obrero y capellán del tercer escuadrón de mi mando, el presbítero
" Francisco Fernández, de cuya idoneidad y virtud Vuestra Señoría es
" un buen conocedor, librándole las facultades suficientes para este
" caso y los demás que a Vuestra Señoría le parezcan convenientes"
(30).

El Provisor accedió de inmediato a la petición de Güemes. Se hallaba en la ciudad de San Miguel de Tucumán y desde allí adoptó la siguiente disposición: "Tucumán y noviembre 27 de 1818. Facúltase
" al maestro don Francisco Fernández, presbítero, para que pueda ben-
" decir la Iglesia y Anexo del Rectoral de la ciudad de Salta, sito en
" el territorio del Chamical, erigida bajo los auspicios del señor gober-
" nador intendente de aquella provincia y con las licencias del Ordina-

---

(29) Ibidem, 1ra. Parte, pp. 5 y 6.
(30) Ibidem, 1ra. Parte, pp. 6 y 7.

" rio, previo el reconocimiento de estar decentemente adornada y con " los paramentos, vasos sagrados y demás utensilios destinados al cul- " to divino, como también las imágenes y la insignia de nuestra Reden- " ción, que deberá colocarse en el cementerio, que se ha de deputar, y " es conforme al espíritu de nuestra legislación. Doctor José Gabriel de "Figueroa" (31).

Así contribuía Güemes a satisfacer las necesidades espirituales de los pobladores de El Chamical, todos los cuales eran fervientes partidarios del prócer en su lucha por la emancipación americana.

V. Los restos de Güemes

Los restos de Güemes siempre fueron objeto de veneración. Murió en pleno monte, en la Quebrada de la Horqueta, bien resguardado por sus gauchos, a efectos de que el enemigo —que había logrado herirlo mortalmente— no pudiera apoderarse de su cuerpo. Al día siguiente de su muerte, el 18 de junio de 1821, sus restos fueron trasladados a la Capilla de El Chamical, situada a unos ocho kilómetros de la Quebrada de la Horqueta. Allí, en la iglesia que treinta meses atrás se había preocupado de que fuera bendecida y habilitada, tuvo su primer descanso.

Diecisiete meses más tarde, cuando gobernaba la Intendencia quien había sido su amigo y consejero, el Dr. José Ignacio Gorriti, sus restos fueron trasladados, con todos los honores, a la antigua Catedral de Salta, siendo sepultados al lado de los del Arzobispo Benito María de Moxó y de Francolí. En tal oportunidad se labró la siguiente acta, por parte de quien fuera capellán de El Chamical y del ejército gaucho: "En esta Santa Iglesia Catedral de Salta, a los catorce días del mes de " noviembre del año del Señor de mil ochocientos veintidós: Yo el Cura " Rector Interino, maestro Francisco Fernández, sepulté los huesos del "finado señor coronel mayor, General en Jefe y gobernador que fue de " esta provincia don Martín Miguel de Güemes, que murió el diecisiete " de junio de mil ochocientos veintiuno, en el campo, y fue enterrado " en la capilla del Chamical, de donde se trasladaron dichos huesos a " esta ciudad para hacerle el entierro con toda aquella decencia que " mereciera (por) sus notorios y distinguidos servicios. Fue casado con " la finada doña Margarita del Carmen de Puch, el cual dicho señor " murió intestado. Y para que conste, lo firmo. Maestro Francisco Fer- " nández" (32).

Los restos de Güemes permanecieron en la antigua Catedral de Salta hasta el año 1877, cuando ya estaba terminándose la construcción de la actual Catedral y, por lo tanto, iba a prescindirse del inmueble que fuera Iglesia de los Jesuitas y que sirviera de Catedral desde

---

(31) Ibidem, 1ra. Parte, pp. 7 y 8.

(32) ATILIO CORNEJO, **Historia de Güemes**, p. 345.

la creación del Obispado de Salta. Con toda solemnidad fueron trasladados los restos de Güemes, en 1877, al mausoleo construido en el cementerio de la ciudad, por la nuera y sobrina del prócer, doña Adela Güemes de Güemes. Las siguientes líneas de una carta escrita por doña Rosaura Castro de Güemes —la otra nuera del caudillo— a su hijo Luis (33), lo demuestra: "Ha concurrido todo el pueblo en el pres-
" biterio, que estaba bien arreglado. La mitad la ocupó el gobierno, la
" plana mayor, y la otra mitad la familia Güemes; ésta, encabezada por
" tu viejo, luego mi tío Napoleón. Napoleoncito, Martín, Domingo, Car-
" los, Martín Gabriel y Pedrito, Julio, Adolfo, Miguel, Juan M. Tedín,
" todos de luto, toda la concurrencia lo mismo. Los carros fúnebres,
" el de tu abuelo, muy bien arreglado con cuatro coronas de flores
" hermosas, plumas negras, galones. Dentro del carro pusieron aquel
" uniforme blanco de tu abuelito que recordarás conservamos y su
" espada, que tuvimos un tiempo de él y que la conserva la familia
" del general Alvarado. El carro fúnebre de tu abuelita igual-
" mente arreglado de luto. A tu abuelo lo han llevado a pie. Veintisiete
" carruajes iban por detrás de la concurrencia para que ésta regresa-
" ra del panteón. A tu abuelo lo llevaron primero y después volvieron
" y llevaron a tu abuelita. Con tropa, tiros de cañón y caballería re-
" presentando los gauchos de tu abuelo, mandados por los jóvenes de-
" centes" (34).

Pero el lugar del descanso definitivo de los restos del prócer no podía ser el cementerio de Salta. El 9 de octubre de 1918, el Interventor Nacional Dr. Manuel Carlés dispuso crear el Panteón de las Glorias del Norte en la Catedral de Salta (35), a cuyo efecto dictó un decreto que tiene la siguiente parte dispositiva: "Art. 1º. Eríjase el tem-
" plo de la Catedral de Salta en Panteón de las Glorias del Norte de la
" República, en donde reposarán los restos de los generales Güemes,
" Arenales y Alvarado.- Art. 2º. Una ley de la Legislatura discernirá en
" cada caso el ínclito honor.- Art. 3º. Corresponde al Ministerio de Go-
" bierno solemnizar el día 20 de octubre próximo para la entrega de
" las urnas cinerarias de los héroes Güemes, Arenales y Alvarado al dio-
" cesano de la Catedral. Art. 4º. Comuníquese, etc. Carlés (36).

Con tal motivo, el 20 de octubre de 1918, con los honores correspondientes, fueron trasladados los restos de Güemes a la Catedral de Salta, donde actualmente reposan junto a los otros próceres de la independencia.

---

(33) El destinatario de esta carta, Luis Güemes, nieto del prócer, sería años más tarde uno de los más prestigiosos médicos argentinos.

(34) ARCHIVO Y BIBLIOTECA HISTORICOS DE SALTA, Carpeta Güemes, Legajo Religión, 2da. Parte, Apartado VIII.

(35) De una belleza interior y de una magnitud, que le permiten destacarse de entre las catedrales de la República.

(36) El decreto figura íntegramente transcripto en una placa colocada al lado de la puerta principal de la Catedral de Salta.

VI. Conclusión

Güemes vivió sólo 36 años, pese a lo cual son incomparables los servicios que prestó a las Provincias Unidas del Río de la Plata. Pero lo que queremos destacar en este trabajo es la forma en que prestó tales servicios.

Dirigió la guerra gaucha, logrando que todo el pueblo saltojujeño llevara a cabo —política, económica y militarmente— la lucha por la emancipación; además, durante cinco años, este pueblo fue el único que combatió por la independencia en el actual territorio argentino. Güemes logró todo esto sin jamás perder el equilibrio de un auténtico gobernante católico y rechazando, sin excederse, tanto las continuas incitaciones del enemigo externo, que quería que abandonara la lucha, como las crecientes rebeliones del adversario interno, que quería deponerlo y eliminarlo.

No pretendemos sostener que fue siempre un dechado de virtudes personales. Allí está lo informado por Belgrano, que nos habla de una vida privada poco edificante en 1812, aunque es evidente que se excedió al calificar a Güemes como lo hizo. Tampoco sostenemos que fue un católico militante durante todo el tiempo que gobernó la Intendencia de Salta, por cuanto carecemos de información suficiente para pronunciarnos.

Lo que sí surge nítidamente de la magna obra cumplida en su corta existencia, es que poseía una recia y rica formación católica. Y fue esta formación católica, la que contribuyó fundamentalmente a hacer de él un guerrero y un gobernante criterioso, comprensivo y equilibrado.

LUIS OSCAR COLMENARES

BIBLIOGRAFIA

GUSTAVO THIBON, **El equilibrio y la armonía**, Rialp, Madrid, 1978, 311 pgs.

Thibon no nos deja reposo. Libro tras libro, la calidad es siempre la misma. Repitamos lo que ya hemos dicho en estas mismas columnas: Thibon es a nuestro juicio uno de los intelectuales católicos más notables de nuestro tiempo. El presente libro está compuesto por una selección de artículos aparecidos en diversos periódicos. Más bien se trata de pequeños análisis sobre temas de actualidad, que configuran breves apartados de dos o tres páginas cada uno. Un verdadero banquete para el espíritu. Para solaz de nuestros lectores, tratemos de espigar sus reflexiones más ingeniosas.

1. Quimeras y lugares comunes

Nuestra época está signada por las utopías. Se puede pensar y decir cualquier cosa y lo contrario de cualquier cosa. Todo es posible en el pensamiento y en la palabra. "En provenzal, se califica de 'ideious' (literalmente **ideoso)** al hombre cuyo pensamiento se nutre de quimeras... Si por su genio intelectual o por su magnetismo afectivo, llegan (los utopistas) a hacer contagiosa su lectura, originan las peores catástrofes colectivas" (p. 57).

Frente a los cultores de quimeras, el A. enarbola la bandera de las **primeras verdades.** Es cierto que desdeñosamente se califica a éstas de "lugares comunes"; sin embargo para Thibon la expresión es rescatable: son en verdad lugares "comunes" porque evocan la idea de comunicación, de encuentro, en la vuelta a la frescura, a la fecundidad original de esas pobres palabras envejecidas, hechas estériles por el pisoteo de la costumbre. El deber fundamental del filósofo es desempolvar las primeras verdades. Son precisamente esos lugares comunes los que permiten al verdadero intelectual —a diferencia del utopista— el encuentro gozoso con el hombre de la calle. "Yo confieso, al término de mi humilde carrera de filósofo del buen sentido, que los únicos testimonios que me han conmovido... son los que me han venido de no-intelectuales, a veces de obreros y de campesinos —quienes me han dicho en sustancia: lo que usted me ha enseñado yo ya lo sabía, pero ignoraba que lo sabía—" (p. 13).

Es un deber acuciante salvar o restaurar, en todos los hombres y en todos los medios, los lazos particulares y locales que fundan las comunidades naturales. La tendencia es la contraria: preocuparse por lo que acaece a distancia y olvidarse de lo cercano. "Se lanza un anatema sobre todos los **apartheids** (la exclusión de Rhodesia de los Juegos Olímpicos nos ofrece el ejemplo más reciente de ello) y se hace una segregación entre los hijos y los padres" (p. 185). La ruptura de los lazos naturales y más próximos trae consigo el ocaso de la responsabilidad. "Responsabilidad se deriva de **res** (cosa) y de **spondere, de sponsus:** esposo, novio. Ser responsable de una cosa es estar unido a esa cosa por lazos análogos a los que unen al esposo y a la esposa" (p. 125). Al tiempo que renunciamos a las responsabilidades a nuestro alcance nos autoacusamos de responsabilidades exóticas: todos somos, por ejemplo, responsables de la guerra de Vietnam. "Estas llamadas delirantes a no sé qué responsabilidad planetaria coinciden con un agotamiento generalizado del sentido de las responsabilidades elementales" (p. 149). En cambio, frente a los problemas planteados por la delincuencia, los divorcios, etc., un ejército de psicólogos se esfuerza por reducir al mínimo la responsabilidad personal, explicando todo por la herencia, el inconsciente, etc. "Si se lleva hasta su último extremo esta tendencia, desembocamos en la paradoja de que todo el mundo es declarado responsable de lo que no le concierne e irresponsable de lo que le atañe directamente" (p. 150).

2. Los mitos de nuestro tiempo

El A. enumera varios de ellos. Ante todo **el mito de la ciencia.** Hay una tendencia a identificar lo verdadero con lo verificable. El progreso técnico ha provocado una suerte de transposición de la fe y la esperanza religiosas al plano profano. Ya lo decía Chesterton: "Cuando no se cree en Dios no es por no creer en nada, es por creer en cualquier cosa". La era espacial ha traído consigo la esperanza de un "hombre nuevo", de un nuevo tipo de humanidad muy superior a todos los hasta ahora conocidos. Es cierto que el hombre del mañana probablemente dispondrá de poderes muy superiores al hombre de hoy. "Pero no veo claro cómo poderes que se refieren únicamente a los mecanismos del mundo físico puedan mejorar su ser espiritual, es decir, hacerle más sensible a la belleza, más dueño de sí mismo y de sus pasiones, más atento a su prójimo, en una palabra, más conforme a su modelo divino. ¿Desde cuándo basta ser más poderoso para ser mejor?" (p. 40). Ciencia y técnica son de por sí indiferentes tanto a lo verdadero como a lo falso. Desde el Renacimiento hasta acá hemos conocido muchos inventos y progresos técnicos. ¿Pero el hombre ha mejorado en estos cuatro siglos? A este respecto cita Thibon una sintomática noticia de "Le Monde": En la Laponia sueca los mineros, bien pagados, con casa, auto, televisión en colores, escuelas, cines, declaran una huelga: "los mineros se han rebelado contra la perfección". Faltaba lo humano, el calor humano. "Se ha denunciado durante largo tiempo, siguiendo a Marx, 'la mixtificación idealista' consistente en abrevar con consolaciones morales y religiosas a las víctimas de la explotación económica. La situación ha dado la vuelta y he aquí que empezamos a recoger los amargos frutos de la mistificación materialista que consiste en hacer creer a los hombres que la abundancia y el justo reparto de los bienes de consumo bastan para alcanzar la felicidad" (pp. 61-62).

Cuidado, pues, con soñar un porvenir que dispensaría a sus adoradores de las virtudes y de los esfuerzos previos (paciencia, respeto por los tiempos de maduración, dominio del interés inmediato, etc.). El progreso técnico no soluciona todo: siempre será necesario trabajar para poder cosechar, el niño deberá aprender las escalas musicales antes de gozar de la ejecución de una pieza, la ascesis será siempre el camino obligado para la mística, la cruz para la resurrección. En relación con esto hoy se da una inversión de valores. En los campos en los que el éxito exige la concentración del espíritu, se pretende introducir el facilismo, la pasividad: aprender jugando, el latín sin pena. "Por el contrario, vemos florecer el estudio, el método y el cálculo en campos en los que normalmente debe reinar el abandono, la distensión y, a veces, incluso la pura y simple inconsciencia. Tengo ante mí tres obritas cuyos títulos me hacen soñar: **El arte de gustar los grandes vinos, Veinte recetas para conseguir un buen sueño** y **¿Cómo realizar la perfecta armonía de la pareja?"** (pp. 115-116).

La galopante emisión de cheques sin fondo es un símbolo preñante. "Admiro esta palabra: sin fondos. Designa, a todos los niveles, la ausencia de esas reservas profundas hechas de esfuerzos, de paciencia y de sacrificios" (p. 97). Flaco servicio se presta a los hombres cuando se los invita a la felicidad sin enseñarles al mismo tiempo que no existe la tal felicidad sin una cuota de violencia sobre sí mismo. En ocasiones, el puro progreso técnico sólo lleva al progreso del individualismo: se diría que a medida que aumenta el bienestar disminuye la fraternidad. Todo lo cubre el Estado: la seguridad social, los hospitales. "Los lazos administrativos reemplazan a los lazos vitales, la caridad se hace impersonal y burocrática" (p. 45). Se vuelve necesario trabajar para que el progreso de las técnicas no tenga como precio el debilitamiento de los intercambios humanos que dan sabor a la vida.

Nuestra época conoce también **el mito de la sinceridad.** Pareciera que siempre y en todo lugar hubiera que decir y hacer lo que se siente y lo que se piensa. Sin embargo ello no es posible ni conveniente. ¿Soy acaso insincero cuando me pongo a trabajar a una hora fija mientras tengo unas ganas locas de ir a pasear? ¿Soy insincero cuando, harto de escuchar a una cotorra mundana que no se cansa de decir disparates domino mi ira y le sonrío amablemente? Sólo los animales y los niños pequeños son continuamente "sinceros" en este sentido. "Cuando quiero saber qué es la sinceridad, decía Gide, miro a un perro royendo un hueso". El hombre no debe mostrar tal tipo de sinceridad. "En todos estos casos, escojo entre dos sinceridades de muy desigual calidad, consistente una de ellas en abandonarme a mis humores y la otra en obedecer a mi voluntad. En otras palabras, quizá soy menos sincero con relación a mis emociones, pero soy más auténtico con relación a mis deberes. Enseño menos lo que soy, pero me acerco más a lo que debo ser" (p. 192).

Se nos exhorta a ser sincero en el sentido de que hay que quitar las trabas y autocontroles. De ser así se vendría abajo todo el edificio individual y social, basado en el pudor, la urbanidad, etc. Para el hombre moderno todas estas cosas son "inhibiciones", "complejos". La psicología freudiana tiende a liberar los bajos fondos. Tal psicología es una pseudociencia que tiende a ver el fondo, la realidad última del ser humano, en ese oscuro hormigueo de pulsiones e inhibiciones, según la célebre frase de Freud: "No vivimos, somos vividos por fuerzas desconocidas". A esto se lo llama "psicología de las profundidades". ¿Es que la verdadera profundidad del hombre está en la bestia o está en cambio en el alma? "El latín sólo tiene una palabra, **altitudo,** para designar la elevación y la profundidad. Y es en este sentido en el que San Pablo habla de las 'profundidades de Dios' " (p. 196).

Hoy se reacciona contra la hipocresía de las anteriores generaciones, que consistía en conservar secretos los actos que ahora se ostentan a la luz del día. Y asi se hace publicidad del aborto, el divorcio, etc. "No siento ninguna ternura por el clásico fariseo, pero, por lo menos, al velar su pecado con tinieblas, reconocía a su manera que el mal no es el bien. En este sentido La Rochefoucauld decía que 'la hipocresía es el homenaje que el vicio rinde a la virtud'... Entre dos hombres igualmente perversos ¿cuál es más culpable?: ¿el que guarda su mal para él solo (o no lo comparte más que con sus cómplices inmediatos) o el que intenta hacerlo contagioso presentándolo como un bien y reivindicándolo como un derecho? ¿No es este el pecado contra el Espíritu del que se habla en el Evangelio? Todas las caídas llaman a la compasión y al perdón, salvo las que se disfrazan de ascensiones" (p. 262). No deja de ser curioso que mientras se persigue a los que se drogan, se permite la propaganda de las drogas, mientras se castiga a los guerrilleros marxistas, se deja en paz y hasta se recompensa a sus profesores de la Universidad. ¿No es esta una extrema hipocresía? Como lo es asimismo el arte de camuflar en ideales sentimientos abyectos con el fin de escapar a la confesión de la conciencia desgraciada. "Los móviles más miserables (la pereza, la envidia, la sed de gozar o de llegar sin esfuerzo, sin responsabilidad y sin riesgo...) se ocultan así bajo la luminosa máscara de la voluntad de justicia" (p. 96).

También se va generalizando **el mito de la juventud.** No pocos demagogos exclaman "¡vosotros, los jóvenes!" tomando la palabra juventud como sinónimo de perfección. "La juventud no es una perfección en sí misma; es una promesa. Ahora bien, el valor de una promesa consiste no solamente en ser hecha, sino sobre todo en ser mantenida. Nuestro primer deber hacia los jóvenes es, pues, armarlos para los combates del mañana más que extasiarnos ante sus privilegios de hoy, pobre ventaja exclusivamente cronológica que no puede avanzar más que pulverizándose" (p. 229). Sócrates no halagaba a los jóvenes de Atenas, "en vez de adular su presente, orientaba su porvenir" (ib.).

Asimismo **el mito del cuerpo.** Ya es un tópico afirmar que nuestra civilización materialista se caracteriza por el olvido del alma y la exaltación del cuerpo. Pero también es cierto, y los dos puntos de vista no se excluyen, "que el cuerpo nunca se ha visto tan despreciado ni maltratado como en las sociedades materialistas" (p. 246). El cuerpo es "usado" y "abusado", tratado como un vulgar instrumento de rendimiento, de placer o de vanidad. El cuerpo es a veces sobrecargado con un trabajo excesivo. El cuerpo es exhibido sin pudor en el escaparate, como si se tratase de una mercancía. O también se lo martiriza para atender a modas ridículas como curas de adelgazamiento, o el bárbaro culto del bronceado... que a veces culmina en insolaciones fatales. "¡Y he aquí a dónde nos conduce el materialismo! El olvido del alma entraña el desprecio del cuerpo" (p. 249).) Sólo el cristianismo, sin necesidad de recurrir a slogans baratos, respeta verdaderamente al cuerpo. En efecto, San Pablo nos enseña que el cuerpo es el templo del Señor.

El A. se refiere también al **mito de la libertad.** El mundo moderno exalta la libertad, pero no en cuanto potencia del bien, sino la libertad desnuda. El hombre posee la libertad para obrar el bien y así llegar a la felicidad. Todo otro uso es un abuso. "La elección está en nosotros: en efecto, el hombre posee el terrible privilegio de poder usar de su libertad para destruir, en él y alrededor de él, ese orden que es el fundamento de su libertad. Dicho de otro modo —y es el triste secreto de tantos movimientos llamados 'liberadores'—, tiene el poder de librarse de la facultad de ser libre" (p. 265). Yo no tengo derecho a tomarme "libertades" que vayan contra la "libertad" del espíritu para obrar el bien. Nietzsche lo dijo admirablemente: "No te pregunto **de qué (wovon)** eres libre, te pregunto **para qué (wozu)** eres libre". Y también Bernanos, al poner como título a uno de sus libros: "La libertad: ¿para hacer qué?". No hay cosa más peligrosa que la libertad desbocada, sobre todo si el que de ella abusa tiene poder. El poder es admirable cuando está al servicio del bien, pero "es el peor de los venenos si no es constantemente controlado, filtrado y orientado por la sabiduría" (p. 50).

Finalmente **el mito de la moda.** En este mito se incluye la aceptación de lo que sucede en virtud del sentido de la historia. "La revolución está inscrita en la historia, se dice: si no se hace con vosotros, se hará sin vosotros y contra vosotros" (cit. p. 68). Son muchos los que creen que no es posible "ir en contra de la época". Este virus ideológico, al penetrar en algunos cristianos, ha alterado gravemente la noción de Providencia. La historia no es criterio de verdad. La historia debe ser juzgada por nuestra recta conciencia, reflejo de Dios en el alma, que determina acerca del valor de las cosas del tiempo según los principios suprahistóricos de lo verdadero, justo y bueno.

El hombre moderno se angustia frente a todo lo que sea estable: su trabajo, sus semejantes, su familia, todo lo que debería ser precisamente el clima predilecto de su vida. De ahí la neurosis del cambio y de la novedad, nacida del descontento de lo que se posee y de la sed ficticia de lo que no se tiene. Antiguamente las cosas (costumbres, vestidos, etc.) eran estables en el tiempo y muy variadas en el espacio; hoy todo se uniformiza en el espacio (por doquier se leen los mismos best-seller, se encuentran las mismas minifaldas, idénticos slogans comerciales, etc.) y en cambio todo está sometido en el tiempo a una rotación cada vez más veloz. "La moda —esa dictadura de lo efímero que se ejerce sobre los desertores de la eternidad— reemplaza a la tradición abolida; la variación ocupa el lugar de la variedad y la diversión florece sobre la tumba de la diversidad... **Mutantur non in melius, sed in aliud** (no buscan lo mejor, sino la novedad), decía el viejo Séneca" (p. 31).

Así, triunfa lo que está en el ambiente. La verdad es lo que se dice; la belleza, lo que se lleva; y el bien, lo que se hace. Uno de los primeros deberes actuales es resistir a esta tiranía de las infatuaciones colectivas que se suceden y anulan unas a otras. "Lo cual implica estas dos reglas esenciales, concernientes una al pensamiento y otra a la acción: 1. No aceptar jamás como verdad un error admitido, sino corregir sin cesar el error en función de la verdad. 2. Elevar lo máximo posible las costumbres al nivel de la moral y no rebajar ésta al nivel de las costumbres" (p. 103).

No hace mucho, la mayor parte de los italianos —obispos incluidos— eran fascistas. Hoy, cuando Mussolini es un recuerdo inofensivo, la palabra fascista se ha convertido en la injuria absoluta. "Se cree luchar por la libertad y la justicia, y todo lo que se hace es combatir la forma de opresión menos temible y que se supone condenada por el movimiento de la historia... Y hoy, cuando estamos chapoteando en el erotismo y la pornografía, se insiste con machaconería en las inhibiciones, las represiones..., todo lo que se ha convenido en llamar 'enfermedades de la castidad' provocada por una moral sexual demasiado rígida... ¡Y en la Iglesia! Se subrayan los errores y los excesos del constantinismo, de la Inquisición, del tridentinismo, del jansenismo, del triunfalismo, etc., y mientras se lavan las viejas manchas ocasionadas por las connivencias con los ídolos del pasado, no se ven las temibles salpicaduras que acarrea una imprudente apertura a los ídolos del presente... Así por todas partes... Nos descargamos la conciencia fustigando el mal opuesto al mal dominante. Algo así como un médico que pusiera en guardia contra los peligros de la obesidad a un enfermo peligrosamente adelgazado" (pp. 135-137).

En el fondo, lo que impera es un conformismo total, un estado de espíritu —espíritu de rebaño— que inclina al hombre a adoptar las opiniones de su ambiente y de su época. En los tiempos del puritanismo, este mimetismo jugaba en el sentido de las formalidades, de la rigidez, de las apariencias de virtud. Hoy, bajo el influjo de las propagandas liberadoras, impera el conformismo del vicio. Gracias a Dios, y por sana reacción, cada vez son más los que sienten hastío frente a todos los conformismos, pasados y presentes, y buscan la verdadera cara del orden y de la virtud. "Los jóvenes de hoy tienen un gran privilegio sobre sus mayores: el de poder unir, en el mismo impulso, el espíritu de contradicción, propio de la juventud, con la defensa del buen sentido y del buen gusto, que son más bien atributos de la madurez. Pues, por una vez, el anticonformismo y el respeto a las mejores tradiciones están del mismo lado. En este mundo desorbitado, el verdadero revolucionario es aquel que no se avergüenza de permanecer fiel a las verdades eternas. El que tiene el valor de rechazar a la locura contestataria y que, armado de su soledad y de su fe, se atreve a subir la viscosa pendiente por donde bajan los corderos de Panurgo. Los jóvenes tienen sed de originalidad. Su aspiración será colmada en la medida en que sepan resistir a los impuros prestigios de la actualidad, es decir, según la admirable etimología de la palabra, en que vuelvan a encontrar los valores **originales**, siempre contaminados por las corrientes de la historia, pero inmutables en su fuente" (p. 259).

3. Ruido, aburrimiento y soledad

Si ruido es, al decir del Diccionario, "mezcla confusa de sonidos" o "conjunto de sonidos sin armonía", podemos decir que el ruido es una plaga de los tiempos modernos. "El ruido no es sólo lo contrario del silencio, es también lo contrario del ritmo, de la música, del canto. Es, en el orden de los sonidos, el equivalente de lo feo en el orden de las formas y de los colores. Hiere el oído como la fealdad hiere la vista" (p. 167). El ruido provoca en nuestro interior un movimiento centrífugo, llamándonos a la superficie de nosotros mismos, "nos priva de la sintonía con esos ritmos profundos que hacen de nuestra existencia algo parecido a un cántico" (p. 168). El ruido hace imposible el diálogo, que se nutre de la comunión entre dos silencios y dos soledades. "El hombre que no sabe callarse es incapaz de una verdadera conversación, y donde no hay seres solitarios, no quedan más que seres aislados" (ib.). No es casual que la palabra "ruido" se emplee en sentido figurado para designar una comunicación que presenta las mismas cualidades del ruido físico: así se dice de un "libro que hace ruido", no en función del valor intrínseco de esa obra, sino de la amplitud de su resonancia en la muchedumbre.

Thibon nos convoca a la reconquista del silencio. "Hoy se trata de salvar nuestro silencio interior y todas las voces secretas que no se pueden oír más que en el silencio: la voz de la conciencia, la voz de la sabiduría y, en el centro más íntimo, la voz de Dios" (p. 169). Ya decía San Francisco de Sales que el bien no hace ruido y que el ruido no hace bien... La recuperación del silencio es particularmente importante en el ámbito de la liturgia. Hay quienes afirman que la liturgia, por ser un acto comunitario, no exige ni soledad ni silencio. Pero si la liturgia es oración, y orar es atender a Dios con amor, la atención y el amor son actos eminentemente personales, incompatibles con el ruido. Más aún, el aspecto social del culto no puede ser sino la prolongación del diálogo interior entre Dios y el alma. "La oración pública no significa nada si no es el resultado y, por así decirlo, la confluencia de la multitud de las oraciones personales" (p. 28).

Declaran los sociólogos que estamos en una civilización del aburrimiento. La neurosis de **aburrimiento** —el mayor síntoma de carencia de vida interior— hace estragos precisamente en los países más ricos y ruidosos. Nunca se había ofrecido a los hombres un abanico tan vasto de posibilidades y de diversiones. Los hombres sin embargo se evaden, se drogan, porque se aburren. Así, las facilidades para el turismo nos permite devorar indigestos kilómetros en lugar de llevarnos a la alegría de la contemplación de la naturaleza; la fascinación de la televisión nos distrae de la meditación personal y de la conversación con nuestra familia y nuestros amigos. Ya Paul Valéry llamó la atención sobre el fenómeno de la "multiplicación de los solos" en el corazón mismo de una civilización en que las posibilidades de intercambio entre los hombres se han vuelto ilimitadas. Es el cumplimiento de aquella profecía de Alain, un hombre de izquierda, hace cincuenta años: "Veo elevarse en el horizonte el gran aburrimiento socialista". Podríamos hablar de un pecado colectivo que los antiguos llamaban de **acidia**, término difícil de traducir y que corresponde aproximadamente a tristeza arraigada, melancolía, disgusto por la vida. Este estado de alma se calificaba de pecado por cuanto el hastío de un bien tan precioso como es la existencia constituía un acto de ingratitud a Dios creador. Hoy la acidia es llamada "depresión nerviosa"; ya no se la condena como pecado sino que se la trata como enfermedad, ya no se confiesa al sacerdote, sino se declara al psiquiatra.

¿Por qué tanto aburrimiento, tanta acidia? En buena parte por la creciente socialización de la humanidad. Bajo pretexto de justicia e igualdad, se disuelve la familia, el grupo, la empresa, se arruinan las comunidades naturales. Antes, los campesinos saludaban a todos los desconocidos que encontraban a su paso. ¿Quién hoy los saludará cuando viaja apretujado en un subterráneo? La gente se cruza, se adelanta, no se encuentra (a no ser que choquen); el auto que va adelante es un obstáculo ambulante, se lo saluda no con el sombrero sino con la bocina. El abuso del turismo exótico, el uso inmoderado de la televisión (que es por definición la visión de lo que está lejos) nos hacen olvidar la presencia de los seres que nos rodean: "lo próximo y lo familiar se alejan en la medida en que lo lejano y lo extraño se acercan" (p. 161). Otro tanto sucede en las relaciones sociales. Nuestros viejos instintos de desconfianza y agresividad, al no ejercitarse sobre el extranjero o sobre el "enemigo histórico", recaen sobre nuevos extranjeros y nuevos enemigos: los seres más próximos a nosotros. Nos referimos a las dos xenofobias actuales: la lucha de clases y el conflicto de las generaciones. "Estos queridos 'izquierdosos' de conciencia planetaria (¿por qué no cósmica o galáxica?), dispuestos a asimilar sin dificultad a cualquier habitante de las antípodas o incluso a un marciano si lo hubiera, rechazan en bloque la herencia intelectual y moral de sus padres y presentan al odioso burgués, padre de todos los males, con rasgos parecidos a los que los escultores de las catedrales daban al demonio" (p. 162). Así el hombre, al romper los vínculos con los más cercanos, y al no encontrarlo de veras con los más lejanos, se siente solo, aburrido.

El hombre moderno, picaflor incansable, se aburre con todo lo que sea repetición de lo mismo. Por carencia de profundidad interior, tiende a buscar el cambio, la novedad. Tal predisposición tiene graves consecuencias en todos los ámbitos, pero de manera especial en el campo de la liturgia, dominada por la idea del "ciclo". La liturgia vuelve a traer, año tras año, según un orden inmutable, la celebración de las mismas fiestas, reproduciendo en cierto modo los ritmos fundamentales de la creación. Esto se hace más patente en el hemisferio norte donde las fiestas litúrgicas coinciden con las estaciones cósmicas. La Navidad era allí esperada como una luz y calor en pleno corazón del invierno; la Pascua, como la consagración de la primavera; el ritmo del tiempo gravitaba en torno a lo eterno. "Pero, ¿hay algo más extraño para la mentalidad actual que la idea de ritmo y de ciclo? La historia no se concibe ya como un movimiento circular, sino como un camino hacia adelante en el que el porvenir es la negación del pasado... Vivimos bajo el doble signo de la aceleración y del cambio, es decir, en oposición al tiempo litúrgico, que nos aporta los mismos alimentos espirituales a intervalos regulares" (p. 63-64). La liturgia resulta así altamente aburrida. La solución aparentemente más fácil para hacer desaparecer dicho aburrimiento consistió para algunos en tratar de "rejuvenecer" las cosas divinas acomodándolas a los gustos del siglo, hacer "divertida" la liturgia, acentuando su aspecto de espectáculo y distracción, de cambio permanente. "Por encima de estos paliativos superficiales y provisionales, el verdadero remedio está en devolver a los hombres el sentido de los valores inmutables expresados por la liturgia. Volverle a enseñar la adhesión a las leyes y a los ritmos de la naturaleza, que son la imagen de lo eterno en la duración (¿se pasa de moda la aurora de un día a otro o la primavera de un año a otro?), y a las revelaciones de la fe, cuyo infinito desarrollo a lo largo de los siglos no podría agotar su intemporal novedad" (p. 65).

4. Tener versus ser

"Es un hecho que el hombre **devorado** (¡qué elocuente palabra!) por la fiebre de la acción no tiene las suficientes reservas interiores para gozar plenamente de los resultados de sus esfuerzos. El exceso del tener se compensa con la anemia del ser... Está colmado y, sin embargo, no es feliz, dicen sus allegados. Estoy persuadido de que se ha quedado sin esa virtud de la expectativa de la admiración y de la acogida, que fecunda y transfigura las realizaciones exteriores. Y **colmado,** en este caso, extrañamente, es sinónimo de **obstruido**" (pp. 23-24). Asistimos por doquier a la victoria de la cantidad sobre la calidad, de lo "más" sobre lo "mejor".

Incluso la misma propiedad, que es como parte del ser, se va haciendo ajena a él. "Es, por lo demás, el sentido etimológico de la palabra propiedad: un tener que lleva la marca del ser, que es como la prolongación de nuestro cuerpo y de nuestra alma... El desarraigo y el anonimato de la vida moderna ha contribuido en gran parte a hacer de la propiedad un bien impersonal e intercambiable" (p. 217). Se está produciendo una suerte de despersonalización del sentido de la propiedad. "En lugar de poner su felicidad y su orgullo en lo que tiene, el hombre está consumido por la codicia de lo que tienen los otros" (p. 128). Frente a la pretensión del socialismo de abolir la propiedad privada habría que multiplicarla y hacerla extensiva al mayor número posible. La propiedad de una casa, de un jardín es factor de equilibrio y de plenitud. "No olvidemos que la palabra **bien** tiene dos sentidos, uno de los cuales sirve para designar la posesión de un objeto exterior y el otro la participación en los más altos valores del espíritu. El mayor beneficio de una verdadera civilización consiste en poner al primero al servicio del segundo; dicho de otra manera, en hacer de forma que el bien (en el sentido de propiedad material) favorezca el desarrollo del bien en el sentido de virtud y de felicidad" (pp. 128-129). El hombre de nuestro tiempo es una rara mezcla de avidez en la superficie y de indiferencia en el fondo. Lo que pasa es que no sabe asimilar la abundancia material. Sufre de saciedad y de prurito, "una humanidad que no tiene verdadero apetito de nada y que siente comezón por cualquier cosa" (p. 181). Para soportar la abundancia se necesita una contextura interior más sólida que para soportar la penuria. "Pues a fuerza de dispersarnos en elecciones superficiales y efímeras, poco a poco perdemos la capacidad de elegirnos a nosotros mismos, quiero decir, de distinguir entre el bien y el mal, entre lo esencial y lo accesorio, entre la verdadera felicidad, que es interior, y los pasatiempos que nos convierten en esclavos de las cosas" (p. 182).

La preferencia del tener sobre el ser hace también sentir sus efectos en el campo de la educación. A pesar de la inédita abundancia de medios para adquirir la cultura se advierte una baja del nivel cultural. "El exceso de medios compromete el fin. La memoria sobrecargada reacciona con el olvido: la cabeza repleta se parece mucho a la cabeza vacia. Sufrimos de desnutrición por saciedad" (pp. 174-175). Será menester resignarnos a ignorar muchas cosas para concentrarnos en algunas. Nietzsche afirmaba que toda cultura profunda es obra de un rumiante. "Temo al hombre de un solo libro", decía un viejo adagio latino. Los griegos, durante varios siglos, vivieron de la Ilíada, los árabes, del Corán. "Y en la China actual, un solo pasaje de los libros de Mao moviliza más lectores —y en cada uno de ellos más atención— que el conjunto de una biblioteca pública en nuestras ciudades de Occidente" (p. 175). Precisamente China nos ofrece el ejemplo de un nuevo ascetismo, coronado por una nueva mística, sólo que la adoración del Dios trascendente es reemplazada por el culto de Mao, y el horror al diablo, por el odio al capitalismo. Todo ello concretado en "vidas de santos" que han encarnado las virtudes proletarias y se proponen como ejemplos de una nueva moral. "Y durante este tiempo, ¿qué hace Occidente?... Escepticismo en el pensamiento y disolución en las costumbres" (p. 178).

5. El equilibrio y la armonía

Una palabra sobre el título de la obra. El A. se inspiró en una notable frase de Víctor Hugo: "Por encima del equilibrio está la armonía; por encima de la balanza está la lira". Según el Diccionario, el equilibrio es "el estado de un cuerpo solicitado por varias fuerzas cuyos efectos se destruyen entre sí", y la armonía "el acoplamiento entre las partes de un todo, de manera que concurren a un mismo fin".

El equilibrio se expresa en el fiel de la balanza, y reposa en la igualdad. En cambio la armonía exige la desigualdad. Cada cuerda de la lira emite un sonido distinto y la justa proporción entre sus sonidos hace la belleza de la música. "Los más altos valores humanos (la belleza, el bien, el amor, etc.) proceden de la armonía más que del equilibrio. Un bello monumento no es sólo un edificio sólidamente construido por albañiles cuidadosos del equilibrio, es sobre todo una obra de arte, concebida y realizada por arquitectos dotados del sentido de la armonía" (p. 119).

En el equilibrio se da un contrapeso de **cantidades**, en la armonía se descubre un complemento de **cualidades**. "La gran tara de nuestra vida política, social y económica es que todo depende en ella del equilibrio mucho más que de la armonía... En tal clima, la desigualdad —que, por sí misma, es un factor de armonía— engendra fatalmente el desequilibrio. Pues el equilibrio no es más que una discordia latente y contenida que entra en abierto conflicto desde el momento en que una de las fuerzas en juego aventaja a la otra... Frente a este aberrante situación, los responsables de la política y de la economía están obligados a conducirse no como árbitros imparciales del bien público, sino como **equilibristas**" (p. 120). El verdadero jefe no es el equilibrista, que habilidosamente sabe contrapesar el desorden, sino el "armonizador", que asegura la concordia, un afinador de cuerdas. "En el orden social, el equilibrio no basta nunca para producir la armonía. Pero, por el contrario, la armonía basta siempre para establecer el equilibrio" (ib.). No hay cosa peor que una "tiranía que, cediendo a la neurosis igualitaria, restablece el equilibrio por la amputación de las desigualdades naturales y de las libertades que de ellas se derivan" (p. 15).

6. ¿Optimismo o esperanza?

De ningún modo pretende Thibon dejar en nuestros labios una sensación de amargura. Pero tampoco quiere que confundamos optimismo con esperanza. "En cuanto a la virtud de la esperanza, ésta no tiene nada que ver con el optimismo ciego y beato que se tapa los ojos ante el mal y se imagina que, pase lo que pase, todo irá fatalmente de mejor en mejor: consiste, más bien, en no desanimarse nunca, ni perder pie, sea cual sea la espesura del mal y la gravedad del peligro" (pp. 72-73).

Si un hombre abusa del alcohol no es ir contra la esperanza advertirle del riesgo que corre; y si estalla un incendio no hay que confiar en las llamas. Tampoco hay que pensar que la Providencia se encargará de arreglarlo todo. Es evidente que el triunfo final será del bien, pero no por eso es lícito negar la realidad: negros nubarrones están amenazando nuestro mundo temporal. No hay cosa peor, ni más anestesiante, que consentir con los charlatanes que levantan siempre la bandera de la pseudo-esperanza, amantes del mito de "los mañanas que cantan". En ellos, y por culpa de ellos, la fe se convierte en credulidad y la esperanza en ilusión. "Dios tendrá la última palabra, no lo dudamos. En el fin del mundo. Pero no es razón suficiente para dejar con demasiada frecuencia aquí y allá la palabra al diablo..." (p. 74).

Nos perdonará el lector la extensión de este comentario. Hemos intentado espigar los mejores textos del A., ordenándolos en capítulos. Vaya lo antes posible a una librería y adquiera "El equilibrio y la armonía". No se arrepentirá.

P. ALFREDO SAENZ.

ALEXANDR SOLZHENITSYN, **Alerta a Occidente,** Acervo, Barcelona, 1978, 391 pgs.

Cada libro que aparece de S. constituye una verdadera fiesta para los que no hemos renunciado a la lucha. El presente está integrado por diversos discursos, artículos, conferencias de prensa, en que va exponiendo su pensamiento no sólo en relación con el comunismo sino principalmente con el mundo occidental. Para S. ya no hay "asuntos internos" en nuestra estrecha tierra.

1. El literato y la mentira

El comunismo es un **hecho sangriento.** Las investigaciones realizadas, nos dice, señalan que el experimento marxista ha costado 66 millones de muertos, más de los que perdieron todos los países juntos que combatieron en las dos guerras mundiales (cf. pp. 32-33). Y actualmente hay unas siete mil personas en los hospitales psiquiátricos, con doble inyección cotidiana para hacerles perder su propia personalidad (cf. p. 302). Se trata de un gran Gulag, con sus jefes y sus esclavos. "Yo me he limitado a dar los nombres de las personas que dirigían entonces los destinos del Gulag, de los jefes del NKVD, de los directivos de la construcción del Canal del Mar Báltico. Aquí están los principales. Yo no tengo la culpa de que todos ellos sean de procedencia judía" (p. 256). El comunismo es así una fuerza asesina. "La fuerza motriz del socialismo ha sido el instinto de muerte de la humanidad" (p. 143).

Para S. el marxismo es una gran mentira. ¿Qué cosa mejor, pues, para enfrentarlo, que la verdad? "Aquí yace precisamente la clave que despreciamos. La más sencilla, la más asequible para alcanzar nuestra liberación: **¡La no participación personal en la mentira!** Que la mentira cubra todo, que lo avasalle todo; pero obstinémonos en lo más pequeño: que domine pero **¡no a través de mí!"** (p. 45). Será la mejor manera de desnudar la perversidad del comunismo: no apoyar conscientemente la mentira en nada. "Nos asombrará entonces la rapidez e impotencia con que la mentira se desplomará. Lo que tiene que estar desnudo, comparecerá desnudo ante el mundo" (pp. 45-46).

S. parece haber captado el carácter cuasi metafísico de la mentira soviética. No resistimos a la tentación de transcribir su maravillosa proclama en favor de la verdad: "Que cada cual elija: o se queda como servidor consciente de la mentira (¡no por afecto, naturalmente, sino para alimentar a la familia y educar a los hijos en el espíritu de la mentira!) o le ha llegado la hora de convertirse en hombre honrado, digno del respeto de sus hijos y de sus contemporáneos. Y a partir de ese día, él:

—No escribirá, no firmará, no publicará de modo alguno una sola frase que, en su opinión, tuerza la verdad.

— Ni en conversación privada, ni públicamente, ni mediante declaración escrita, ni como propagandista, maestro o educador; ni desempeñando un papel en el teatro; ni artísticamente, esculturalmente, fotográficamente, técnicamente, musicalmente, no representará, no acompañará, no transmitirá un solo pensamiento falso, una sola verdad tergiversada, que pueda discernir.

— Ni oralmente, ni por escrito traerá a colación una sola cita "directiva" para complacer, para asegurarse, para ascender en su trabajo, si no comparte en su totalidad la idea citada o no tiene relación directa con lo que se trata.

— No permitirá que contra sus deseos y voluntad se le haga asistir a una manifestación o mitin. No tomará en las manos, no elevará una pancarta o una consigna que no comparta en su totalidad.

— No alzará la mano electora de una propuesta que no comparta con sinceridad; no votará ni abierta ni secretamente en favor de un individuo que estima indigno o dudoso.

— No permitirá que se le acose en una reunión en la que se espera un debate forzoso y tergiversado del asunto.

— Dejará inmediatamente la reunión, la sesión, la conferencia, el espectáculo, el cine en cuanto escuche del orador la mentira, la sandez ideológica o la propaganda desvergonzada.

— No se suscribirá y no adquirirá en números sueltos el diario o la revista donde la información es tergiversada y son ocultados hechos de primera importancia" (p. 46).

Admirable esta "proclama de la verdad", enemiga de cualquier tipo de compromiso con el poder marxista. Se trata de elegir entre la verdad o la mentira, "la independencia espiritual o el servilismo del alma" (p. 47). Si no, seremos del rebaño, verdaderos animales gregarios (ibid.). El homo sovieticus "no soporta ni la más mínima verdad" (p. 83). S. hace suyo el hermoso proverbio ruso: "Una palabra de la verdad atrae más que el mundo entero" (p. 27).

Pues bien, en esta tarea de afirmación de la verdad es fundamental el papel de los escritores y de los artistas. El A., en la línea de Dostoiewski y otros grandes escritores rusos, considera al literato como al patriota por excelencia. Cuando se coacciona indebidamente la literatura "se entierra el corazón nacional y se mutila su memoria. La nación se olvida de sí misma, pierde la unidad espiritual" (p. 17). Por eso él se sabe depositario de una noble misión: "Mi obligación es sentarme todos los días ante unas cuartillas blancas y escribir mis libros" (p. 245). No escribe por diversión, ni por su propio gusto se hubiera ocupado de estas cosas, "mas los muertos se levantan una y otra vez ante mí" (p. 248).

2. El entreguismo de Occidente

S. ha sostenido —y acá lo reitera— la tesis de que las naciones occidentales que salieron victoriosas de la Segunda Guerra Mundial se convirtieron voluntariamente en vencidas. A partir de entonces no hacen sino retroceder y retroceder. Su actitud actual se tipifica en "las actividades diplomáticas del señor Kissinger y las condiciones en que ha logrado el armisticio en Vietnam del Sur" (p. 237). Fue la sentencia de muerte para Vietnam. "¡Y esto se premió con el Nobel de la Paz! Se trata, en efecto, de un galardón trágico e irónico"

(p. 328). El futuro de Vietnam es negro: "Once años me tocó vivir en el Archipiélago Gulag. Media vida he dedicado a estudiar esta cuestión. Y, observando desde lejos la enorme tragedia vietnamita, puedo deciros: un millón de personas serán aniquiladas simplemente y, partiendo de las dimensiones geográficas de Vietnam, de cuatro a cinco millones serán internados en campos de concentración para 'reconstruir' el país. Ya sabéis lo que ocurre en Camboya: el aniquilamiento total, mediante formas nuevas. Tampoco tienen cámaras de gas porque su desarrollo lo impide. Por tanto, sencillamente, en unas horas, expulsan de la ciudad a todos los habitantes, a toda la capital, acusada de culpabilidad: a todos, ancianos, niños y mujeres. Sin ropa y sin víveres. ¡A la muerte!" (p. 329).

Y así se va entregando país tras país. Pronto le tocará el turno a Malasia, Filipinas, Taiwan (abandonada ya por EE. UU.). "Entreguemos una docena más de países africanos y vivamos plácidamente. Disfrutemos de nuestros grandes coches, corriendo velozmente por nuestras estupendas autopistas. Juguemos sosegadamente al tenis y al golf. Tomemos a sorbitos los cócteles" (pp. 329-330). No importa que maten a los hombres; Norteamérica se contentará con declaraciones en favor de la distensión. ¡Lo importante es mirar al futuro! Mientras tanto los pobres sudvietnamitas se aferrarán con todas sus fuerzas a las superficies resbaladizas de los aviones con tal de escapar del país; se arrojarán al mar a nado o en frágiles embarcaciones sin provocar la conmiseración de nadie. "Entregamos todos los principios, nuestra alma, todos los esfuerzos de nuestros antepasados, todas las posibilidades de nuestros descendientes" (p. 42).

Lo más trágico es que Occidente **no quiere saber.** Finge ignorar que el régimen soviético no es meramente un régimen autoritario, como el de los Zares, sino totalitario, un régimen de terror, que intenta aplastar el alma de los hombres, es decir, que no se contenta con dominar los cuerpos sino que busca pisotear los espíritus. Llega a Rusia de visita una personalidad occidental, acostumbrada a la libertad total, y notamos cómo de golpe absorbe el espíritu de sumisión y voluntariamente se convierte en esclavo (cf. p. 80). Inmediatamente piensa que toda va mejorando, porque el dirigente soviético le ha hecho un chiste, o porque le dicen que el bloque soviético se está dividiendo. Para S. tal idea es un mito. "Tanto Tito en Yugoslavia como Ceaucescu en Rumania, por hablar de dos 'emancipados', han instaurado auténticos regímenes comunistas, ateos e intransigentes, terribles y crueles" (p. 217). A pesar de las ilusiones occidentales "lo más terrible del sistema comunista mundial es su unidad, su cohesión" (p. 357).

No importa. Occidente se seguirá ilusionando, seguirá concediendo "importancia sacramental a firmas y promesas verbales de gobernantes que incluso en su propio país jamás han cumplido su propia Constitución" (p. 50). La mentalidad dominante, apoyada por la Prensa y el Senado, seguirá afirmando que hacer frente al agresor es endurecerlo. No así el comunismo. Si antes gritaba: "Occidente, ¡te enterraremos!", hoy grita: "Distensión", pero el contenido de ambos gritos es mortalmente el mismo. Lo único que provoca la reacción de Occidente es la noticia de que alguien quiere salir de Rusia y no puede. El problema básico no es los que salen, sino cómo viven los 250 millones que continúan dentro (cf. p. 165). O se busca una ridícula imparcialidad: lo mismo es Chile que Rusia. "La imparcialidad que intenta mantener a toda costa Amnesty International es equívoca, ficticia y aparente... Defiende a un preso del mundo occidental, a uno del oriental y a uno del Tercer Mundo" (p. 186). Es una verdadera canallada. "La hipocresía de numerosas protestas occidentales consiste en esto precisamente: protestar donde no es peligroso para la vida, donde se tiene casi la seguridad que va a ceder el contrario y donde no se cae bajo la acusación de las 'izquierdas' (es deseable protestar siempre al unísono con ellas)... Antes del advenimiento del vivaracho y habilidoso siglo XX, la existencia simultánea de dos escalas de valoración moral en el hombre, en una corriente social y hasta en una institución gubernamental se llamaba sencillamente **hipocresía.** ¿Cómo la llamaremos hoy?" (p. 35). La conclusión de S. es tajante: "El mundo occidental ha perdido la conciencia y ya no tiene vergüenza" (p. 300).

Ante una defección semejante los países sojuzgados están entrando en la desesperación. "Durante decenas de años, en los decenios en los que a los soviéticos no nos llegaba ninguna información de Occidente, manteníamos la ingenua esperanza, sin fundamento moral alguno, por supuesto, de que el mundo occidental llegaría en nuestra ayuda y nos libraría de la esclavitud..." (p. 232). Sin embargo, hoy esa esperanza se ha desvanecido. Cuando Ucrania moría del hambre provocada, Occidente calló; los editores occidentales consideraban de mal gusto dar a conocer aspectos desagradables de la URSS. S. transcribe acá un texto abrumador de George Orwell, escrito durante esos días: "Europa se ha fijado en el hambre de la India, porque esta hambre no trae situaciones políticas desagradables. En la india el hambre se debe a circunstancias incontroladas, ajenas a la voluntad del hombre, puede hablarse de él y puede ayudarse a los hambrientos. Sin embargo, frente al hambre de Ucrania hay que adoptar una postura política, anticomunista. Uno tiene que enfrentarse por lo menos a la Rusia comunista, lo cual políticamente no es agradable" (cit. p. 235). Occidente no apoya. Las Naciones Unidas están en otra cosa. "En un mundo inmoral, también la ONU creció inmoral" (p. 21).

Como criterio general, el Occidente tiene un único interés: evitar la guerra. Sólo entiende la contraposición guerra-paz. Como si la guerra fuese el único mal. Y sin embargo, diariamente, a todas horas, tiene lugar una violencia silenciosa, diariamente son asesinados seres humanos, pueblos enteros, sin cañones. En el fondo late un concepto equivocado de la paz, no ya la "tranquilidad en el orden" agustiniana, sino la ausencia de violencia aunque sea bajo el terror. Y en el ambiente de esta amable distensión las empresas estadounidenses se disponen a vender al Gobierno de la URSS aparatos especiales para oír conversaciones, para fotografiar y cazar a los hombres (cf. p. 217).

Por otra parte, no tiene sentido tener tanto temor a la guerra, la Tercera Guerra Mundial. "La Tercera Guerra Mundial empezó inmediatamente después de la Segunda, pisándole incluso los talones, en 1945, en Yalta. Bajo las desfallecidas plumas y falsas ideas de Roosevelt y de Churchill, impacientes por inaugurar la victoria con otorgamientos y concesiones: Estonia, Letonia, Lituania, Moldavia y antes Mongolia, y millones de ciudadanos soviéticos fueron devueltos contra su propia voluntad a los campos de concentración y a la muerte. Comenzó con la fundación de la inepta Organización de las Naciones Unidas y cediendo luego Yugoslavia, Albania, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría y Alemania Oriental... De la Tercera Guerra Mundial no nos hemos dado cuenta porque no ha irrumpido en el mundo como las anteriores. Porque llegó sin el envío de rutilantes notas explosivas y sin el ataque de miles de aviones. Se presentó sinuosamente, invisiblemente, enroscando su frío cuerpo con seudónimos diversos: transformaciones democráticas con el ciento por ciento de unanimidad del pueblo, guerra fría, coexistencia pacífica..., la distensión, el comercio... Cuando hoy volvemos la vista hacia atrás y meditamos en los treinta años pasados, éstos se presentan ante nosotros como una larga y tortuosa cuesta abajo, sólo abajo y siempre abajo, al debilitamiento y al ocaso... La ONU, que no sólo ha fracasado rotundamente, sino que es la peor y más baja democracia de la Tierra, juguete de fuerzas irresponsables y escenario donde mofarse de Occidente, refleja esta brusca pérdida de fuerzas. Si las potencias vencedoras han pasado a ser naciones vencidas, pues sumándolo todo han entregado tantos países y tantos pueblos como jamás se rindió en capitulación alguna, en ninguna guerra de la historia de la Humanidad, no es una metáfora responder así a la pregunta: La Tercera Guerra Mundial ya ha pasado y ha terminado con la derrota" (pp. 307-310).

Más aún, la Conferencia de Helsinki constituye para el A. la perpetuación gustosa de la esclavitud de los pueblos hermanos del Este. "Ya no es hora para preguntarse: ¿Cómo evitar la Tercera Guerra Mundial? Sin embargo, debemos encontrar la sensatez y el valor para detener la Cuarta. ¡Para detenerla, no para hincarse de rodillas!" (p. 310).

3. La historia de una decadencia

No hemos llegado de golpe al actual estado de postración. Con mano certera señala el A. los principales jalones de este proceso. Según el, la Edad Media implicó una supremacía exagerada de lo espiritual sobre lo material. En reacción a ello la época de la Ilustración dio un paso exagerado en sentido opuesto. "Es decir, se empezó a conceder una importancia desmesurada a todo lo relacionado con el bienestar social, con la organización política y económica de la sociedad. Así quedó relegada en cierto modo la trascendencia que encierra el empuje y la fuerza espiritual del ser humano, de cada persona" (p. 243). Comienza entonces la larga época del individualismo humanista. Empieza a construirse la civilización sobre el principio: "el hombre es la medida de todas las cosas, el hombre ante todo" (p. 67). El A. señala con precisión los pasos: "Este camino orbital ha sido: el Renacimiento — la Reforma — la Ilustración — las revoluciones sangrientas — las sociedades democráticas — los intentos socialistas" (p. 66). Todo el proceso implicaba un progresivo zambullirse en la materia. El avance fue lento pero consciente: "¡Lenin no admiraba por casualidad, continuamente, hasta su muerte, a Marx y Engels! ¡Marx y Engels no admiraban por casualidad la revolución francesa! Entre la revolución francesa y la revolución de Octubre existe la profunda semejanza de que ambas son ideológicas: no asesinaron simplemente, sino sobre la base de la ideología" (p. 196). Y así llegamos a una culminación, nada feliz, por cierto: "He aquí que ante nuestros ojos este camino ha llegado también hasta el agotamiento: los errores de las premisas básicas, sobrevaloradas al principio del camino, hoy se vengan por si mismos. Al hacer del hombre la suprema medida de todas las cosas —del hombre imperfecto, nunca libre de la codicia, del amor propio, de la envidia, de la vanidad, y entregado a la materia inmoderadamente, inconteniblemente—, hemos llegado al ensuciamiento y a la basura. Nos ahogamos en las inmundicias terrenas, y esta suciedad llena y obstruye todas las esferas de nuestra existencia... La retumbante civilización nos ha despojado por completo de la vida interior" (p. 67).

Tanto el liberalismo como el socialismo son deudores de la mentalidad iluminista, antropocéntrica y materialista. "Me atrevo a señalar que la vida occidental de nuestros días se caracteriza precisamente por el hecho de que el espíritu ha sido ahogado en la materia. Digo esto no desde un punto de vista político —insisto nuevamente que no soy un político— sino de una visión filosófica. Las circunstancias puramente materiales pesan demasiado en nosotros, son las que dictan nuestros impulsos e intenciones" (p. 249).

Es claro que en este proceso de decadencia no todos tienen la misma culpa. S. habla de "el pecado de las naciones". Rusia, por ejemplo, víctima predilecta de la revolución, no está exenta de cargo. ¿Acaso la revolución no fue una consecuencia del deterioro moral del pueblo?, se pregunta el A. Pero especialmente enrostra a Inglaterra su "pecado nacional" al haber entregado a la Unión Soviética, a pesar de contar con una opinión pública abierta, a más de un millón de personas, contra la voluntad de las mismas, al terminar la Segunda Guerra Mundial (cf. p. 148). "Los soldados ingleses mataban a los rusos que no querían volver a la esclavitud de Stalin. Se los entregaron para que los asesinara. Sólo recientemente se ha sabido, hace unos años. ¡Millón y medio de personas!" (p. 328). Los pecados nacionales no pueden redimirse sólo políticamente. "El fin moral en las relaciones entre los pueblos es el arrepentimiento y el reconocimiento de nuestras culpas" (p. 151).

4. El marxismo, un problema teológico

S. escribe palabras inspiradas sobre lo que constituye el substrato último del comunismo: el odio a Dios, participación del odio demoníaco. "Lenin puso los cimientos de esta tensión ideológica en nuestro régimen. Puede apreciarse en una carta secreta sobre la destrucción de la Iglesia. ¿Acaso sólo le animaba el deseo de apoderarse del poder? Es un odio ideológico de poseso. Y, desde entonces, desde hace ya medio siglo, esta ideología lo atraviesa todo como un eje. Atenaza a nuestro Estado y a nuestra sociedad. Nadie ávido de poder se hubiese mantenido. ¡La Ideología les sostiene! Y la conclusión principal de **Archipiélago Gulag** es: tales maldades en masa son posibles gracias únicamente a la ideología. Los hombres no pueden... En algún lugar está el límite humano. Los hombres no pueden. No se puede hacer eso" (p. 173). El objetivo último del marxismo es destruir, más que la vida física, la vida espiritual del pueblo; "a una nación detrás de otra se le rompe la espina dorsal. ¡Ante los ojos de la intelectualidad occidental, que desde hace medio siglo aplaude a nuestros verdugos!" (p. 177). Detrás del programa político subyace un programa teológico. "La pasión antiteística es el eje vital de la colectivización" (p. 114).

Las páginas que el A. dedica al tema del cristianismo, sobre todo en su mensaje al III Concilio de la Iglesia Rusa del Exterior, son quizás las más notables de este libro. "El triste panorama del aplastamiento y de la aniquilación de la Iglesia Ortodoxa Rusa en el territorio de nuestro país me acompaña durante toda mi vida, desde mis primeras impresiones infantiles: cómo irrumpen los guardias armados en el templo y cómo llegan hasta el altar...; cómo mis condiscípulos me arrancan la crucecita que llevo sobre el pecho; cómo son derribadas las campanas de las iglesias y cómo son destruidos los templos para obtener ladrillos" (p. 110). Y esto sucedía tres años después que el Metropolita Sergio pedía a sus fieles la aceptación del régimen comunista. Tal declaración "no supuso la salvación de la Iglesia, sino que fue una capitulación incondicional, que permitió al poder la aniquilación 'suave' y sórdida de la Iglesia" (ib.). Es cierto que trece años después hubo un renacimiento espiritual, pero ello no se debió a un cambio en el Poder, sino sobre todo "a la restauración de los templos en los territorios ocupados por los alemanes, y a la necesidad de complacer a la opinión pública occidental. Realmente, las concesiones y las promesas de 1943 fueron un engaño: han pasado treinta años y, con idéntico odio ateo y beligerante, el poder oprime y yugula a la Iglesia rusa" (p. 111).

Sin embargo, existe una reacción religiosa. Mientras el Poder materialista se hace decrépito, mientras la fe se deteriora en Occidente, los templos de la URSS rebosan de fieles. Es cierto que la Iglesia Rusa está llena de delatores a sueldo, pero ni aun esto ha logrado destruirla. "Hoy, la Iglesia en nuestro país es una Iglesia cautiva, oprimida y aplastada, pero ¡en modo alguno perdida! Se eleva sobre unas fuerzas espirituales de las que, como podemos ver, el Señor no ha privado a nuestro pueblo. Su renacimiento y su presencia no los atribuyo lo más mínimo, como ya lo he dicho, a la rectitud del programa del Metropolita Sergio de Stragodsk y de sus seguidores. Ni sus ofuscados cálculos de consolidar a Cristo portando en el pecho la orden acuñada del anticristo; ni atrayendo a los refugiados a morir en los campos de concentración de la patria...; ni con su capitulación pusilánime; ni tampoco con sus crímenes se restauró el cuerpo de la Iglesia de Cristo... Sin embargo, los pecados de sumisión y de traición cometidos por los jerarcas caen con toda su responsabilidad terrenal y celestial sobre estos guías. No conciernen al cuerpo de la Iglesia, al numeroso sacerdocio sincero y bien intencionado, a la masa que reza en los templos. Estos pecados nunca podrán transmitirse al pueblo de la Iglesia. Toda la historia del cristianismo nos convence de ello. Si los pecados de los jerarcas se traspasaran a los creyentes, la Iglesia de Cristo no sería eterna ni invencible" (p. 116).

S. rinde sentido homenaje al valor de miles de sacerdotes, monjes, obispos, "y el patriarcal representante de Pedro", es decir, el venerable Cardenal Slipyi. "Quien se arrodilla ante la firmeza de ellos, sólo puede llorar la falsa línea de adulación iniciada por el Metropolita Sergio..., que continuaron sus seguidores y que incluso la hicieron rodar precipitadamente hacia abajo... Si hubieran negado a los bolcheviques todas las concesiones, la habrían restaurado con más gloria y con mayor éxito" (pp. 117-118). Por eso el A. concluye que jamás hay que someterse a la fuerza diabólica del enemigo, no cederle ni una sola pulgada. "Hoy tampoco veo de otra manera mi **Carta al Patriarca Pimeno** del año pasado. ¿A quién si no a los padres espirituales hay que pedir primero que se liberen de la mentira?" (p. 118).

Con gran agudeza S. señala que no se trata de volver al estado en que se encontraba la Iglesia el día anterior al del estallido de la revolución satánica. Porque la Iglesia Rusa de principios del siglo XX se caracterizó, dice, por una situación secular de humillación, de avasallamiento por parte del Estado, con la consiguiente pérdida de independencia espiritual. Una Iglesia sana y fuerte hubiera detenido el proceso revolucionario. En cambio la revolución se enfrentó con una Iglesia que no estaba a la altura de las circunstancias, en soñolienta placidez. "Las formas que tenemos que alcanzar no tienen que ser las mismas que existían antes de la revolución. Tienen que ser de tal altura y tienen que estar tan llenas del tesoro de la búsqueda incesante, que puedan atraer e incluso entusiasmar, tal vez, también al mundo Occidental, hoy sumergido en insatisfacción espiritual" (pp. 129-130).

5. Occidente no es alternativa

Mientras en la URSS los jóvenes en su mayoría son creyentes, y tienen un concepto religioso del universo, en Occidente no acontece otro tanto. "A uno le asombra la indiferencia que en materia de religión se ve a primera vista... Aquí, las festividades religiosas se conmemoran rutinariamente, de un modo formalista" (p. 242). En Occidente se tocan las campanas —prohibidas en el Este—, las puertas de los templos están siempre abiertas, pero pocos entran, cada vez menos. Lo que pasa, explica S., es que el largo proceso comenzado en el s. XVIII ha desembocado en lo que ahora vemos. "Desde entonces se ha concedido demasiada importancia a la satisfacción de las necesidades y apetencias materiales. Se llegó a la conclusión de que cuando el hombre se hubiera saciado, cuando estuviese cebado hasta el gollete, mediante la repartición igualitaria de los bienes materiales, en ese momento alcanzaríamos el paraíso terrenal. Todo sería maravilloso. El espíritu de **Archipiélago Gulag**, la esencia de este libro mío, es precisamente todo lo contrario. Yo intento demostrar que los que han sido privados no sólo del alimento necesario casi hasta para subsistir, no sólo de los bienes materiales más imperiosos, olvidándonos de todo lo superfluo, sino incluso de la propia esperanza de sobrevivir, pese a toda esta privación total, pueden sentir dentro de sí un impulso espiritual inmenso. Y uno de mis juicios sobre Occidente es que este mundo occidental, que nada en la abundancia, que camina sobre los bienes materiales como si fuesen las piedras de las calles, de pronto o paulatinamente, los hombres de este próspero Occidente comienzan a rebajar su espíritu... Jamás lograremos salir de la crisis en la que estamos inmersos, de este momento crítico de la existencia humana, rezándole al ídolo de la producción industrial, al totem de los bienes de consumo" (pp. 299-300).

El hombre oriental, acrisolado en la penuria y en la cárcel, ha potenciado sus mejores posibilidades. "Una vez más, esto nos demuestra que no siempre los hombres descubren los valores supremos del espíritu viviendo en la abundancia material y disfrutando de una libertad prácticamente ilimitada... Se debe tal vez a la irracionalidad de nuestra propia existencia el que el hombre alcance el máximo grado de libertad en la cárcel. El cristianismo vino al mundo a través de persecuciones, que duraron siglos. Personalmente tengo grandes esperanzas en los procesos espirituales que se manifiestan en el Este. Mejor dicho, estoy totalmente convencido de que son irreversibles y de que terminarán imponiéndose" (pp. 242-243). El hombre de la sociedad comunista ha aprendido a tener relaciones más humanas, más espirituales, más desinteresadas que en el cómodo Occidente. "Con el fin de aclarar la idea, me remito al límite de esta sociedad —la cárcel—, donde ya nada depende de ti: ahora, en este momento, estoy aquí, pero dentro de unos instantes me envían a un lugar que se encuentra a cinco mil kilómetros. Entonces las preocupaciones desaparecen.

Te libras de ellas. Consigues mucho más tiempo para el alma, para la compasión y la piedad hacia tus semejantes. En el libro **Iz-pod glyb**, Agurski habla precisamente de las denominadas 'ventajas' (entre comillas) del sistema totalitario socialista" (p. 212).

6. La verdadera reacción

No se queda S. en el campo de las constataciones. Propone una solución. Si lo que más nos oprime, afirma, no son las ametralladoras sino una falsa jerarquía de valores, rompamos las cadenas allí donde podemos hacerlo. En otros tiempos el cristianismo venció porque rechazó la jerarquía de valores del mundo antiguo. Piensa el A. que en la URSS es posible alcanzar la libertad sólo con rechazar la jerarquía de valores que el Estado impone (cf. p. 155). Esto nos trae al recuerdo aquella hermosa expresión de S. Pablo cuando refiriéndose a un esclavo cristiano decía de él: "libertus in Domino", liberto en el Señor, aunque tenga cadenas.

Lo primero es tomar distancia de la ideología satánica ("si se analizan atentamente mis obras nunca encontrarán nada de ideología socialista": p. 213) en la certeza de que "socialismo y moral son incompatibles" (p. 214). Pero la reacción acabada es la que pasa por la aceptación y asimilación del sacrificio. Esto es lo que de veras destruye al marxismo. "Hasta el presente se ha difundido la opinión de que para encauzar la sociedad, para dirigirla, hay que adueñarse del poder. Shafarevich señala que hay una forma más elevada de dirigir la historia: a través del sacrificio. Quien se sacrifica, dirige la historia, sin alcanzar el poder, y tal vez entregando su vida..." (p. 156). Plantarse en el centro de Moscú, por ejemplo, "en la misma boca de Leviatán", y decir lo que se piensa del marxismo, sin defensa alguna fuera del propio valor. S. asume la frase con que Shafarevich cierra su obra: "En el último medio siglo hemos pasado por una experiencia única en el mundo. Según el concepto de los cuentos antiguos, para adquirir fuerzas sobrenaturales es necesario pasar por la muerte. Rusia ha pasado por la muerte y por eso mantiene la esperanza de oír la voz de Dios" (cit. p. 156). Es hermoso pensar que en los campos de concentración están los mejores guerreros de nuestro tiempo, los más valientes, los más firmes, los que no ceden un ápice. El A. pone como ejemplo a los denodados lituanos que sufren en Siberia, por los que siente especial predilección (p. 188). Nunca los veremos, porque es ley en el Archipiélago Gulag que los más indómitos no cuenten lo que han visto, "tan terrible que no cabe en mente humana" (p. 334).

S. propugna más que la revolución física la **revolución moral**, única salida no sólo para el Este sino también para el Oeste. "Los hombres deberán realizar una hazaña, no política, sino moral. Deben dejar de sostener la mentira ideológica. Y como resultado de este paso moral, dado por miles y miles de personas —no hace falta que sean millones—, la ideología se derrumbará en nuestro país, no podrá apoyarse en nada" (p. 159). Lo primero que hay que hacer es no aplaudir. "Los dirigentes del partido enmudecerán cuando nadie los aplauda" (p. 160). Y en segundo lugar redefinir la vida, destruida por el marxismo, "revisar las definiciones fundamentales de la vida del ser humano y de su sociedad" (p. 68).

Conclusión

S. se dirige especialmente a Occidente. Ya ha dicho mucho de su tierra oprimida. Ahora quiere despertar las energías latentes —demasiado latentes— de Occidente. Los países cautivos ya están inmunizados. "Claro, esta experiencia comunista, la hemos padecido en carne propia, y después de estas monstruosas pérdidas, tenemos ya una vacuna contra el comunismo, una vacuna como no la tiene nadie en Europa: actualmente en nuestro país, si alguien en una reunión, en una conversación entre amigos, plantea seriamente el problema del comunismo, nadie querrá escucharlo, lo tomarán por tonto. Espiritualmente nos hemos liberado del comunismo, pero antes hemos recorrido la vía del martirio, hemos vivido tiempos terribles" (p. 387).

Por eso el A. se siente obligado a advertirnos. "Rusia ha realizado un salto histórico. Rusia, por su experiencia social, se ha colocado muy por delante del mundo entero. No quiero decir con esto que sea un país adelantado: al revés, es un país de esclavos. Pero la experiencia que hemos vivido, las vicisitudes que hemos atravesado, nos colocan en la extraña situación de poder contemplar todo lo que pasa actualmente en Occidente en nuestro propio pasado, y prever el futuro de Occidente en nuestra presente situación actual. Todo cuanto ocurre aquí ya ha ocurrido en Rusia hace tiempo, hace muchos años. Es una perspectiva realmente de ciencia-ficción: estamos viviendo los hechos que están ocurriendo en Occidente hoy, y sin embargo recordamos que esto mismo ya nos pasó hace muchísimo tiempo a nosotros" (ibid.). Y un poco más adelante: "Hemos sido testigos el otoño pasado de cómo la opinión occidental se indignaba mucho más por cinco terroristas españoles que por el aniquilamiento de sesenta millones de víctimas soviéticas" (p. 388).

La conclusión es trágica: "Esto lo tuvimos nosotros hace cien años, y desde vuestro futuro puedo contar cómo acabó la cosa... Pero pienso que cada país, cada sociedad, cada hombre, debe repetir todos los errores cometidos por otro país, otra sociedad, otro hombre, y sólo aprenderá cuando ya sea tarde" (pp. 388-389).

En fin, un libro verdaderamente formidable, tanto por su contenido como por su excelente estilo literario. La notable traducción del original ruso la debemos a Gabriel Amiana, quien residió durante veinte años en la URSS después de haber sido llevado allí, cuando niño, por los republicanos españoles, durante la Cruzada de España. Conoce, pues, la cosa, y el lenguaje, por adentro.

P. ALFREDO SAENZ

NICOLAS BERDIAEV, **Sobre la desigualdad,** Emecé, Buenos Aires, 1978, 323 pgs.

Cada vez que leemos al genial Dostoievski nos damos cuenta de lo absurdo que resulta pretender clasificar a los hombres según formas cerradas o tipologías ideales a las que tiene que adaptarse la realidad. El hombre es singularidad, creatividad, libertad, y por sobre la igualdad específica se manifiesta siempre el misterio de la Creación, fundamento último de su desigualdad radical.

El liberalismo, el socialismo y el comunismo son imposturas creadas sobre una falsa concepción antropológica, y en virtud de ello de tanto en tanto deben volver temporariamente al orden natural para poder seguir subsistiendo, porque las sociedades, como los hombres, o expulsan de su seno a los cuerpos extraños o mueren.

Nicolás Berdiaev asistió en su tiempo al fin de una época, en la que la nobleza zarista había perdido el sentido que legitima a las aristocracias naturales, posibilitando así la revolución comunista. Hacia 1894 se produjo su encuentro con el pensamiento marxista, al que adhirió, conservando no obstante la postura personal y existencial que siempre lo caracterizaría y que provocaría finalmente su distanciamiento y posterior ruptura con la jerarquía bolchevique. Pero en virtud de su temperamento violento y combativo no podía irse sin dar un portazo. Este fue su Filosofíya Neravenstva (La filosofía de la desigualdad) escrito en 1918 —poco tiempo después de la revolución de Octubre— y cuya primera edición castellana es la que comentamos.

Este trabajo —difícilmente podríamos adscribirlo con exactitud a un determinado género literario— es, según Berdiaev, un conjunto de cartas que éste dirige a sus enemigos, en estilo directo y combatiente. El tema central es la filosofía social, y en su transcurso explícita sus ideas acerca de la revolución rusa, los fundamentos ontológicos y religiosos de la sociedad, la aristocracia, la democracia, el liberalismo, el socialismo, etc., para concluir con un Epílogo escrito en Berlín en 1923 —estando ya en el exilio, que se prolongará durante toda su vida— que más que una reflexión final es un examen de conciencia.

Acusa el A. al marxismo de haberse rebelado contra todo lo que es misterioso y grande en nombre de utopías de pequeños burgueses, ya que todos sus fines se agotan en lo material, lo que le impide comprender el sentido de las verdaderas revoluciones, que son las del espíritu. En su cosmovisión es tributario del liberalismo, que reemplazó los fines espirituales con los medios materiales. Sin sentido de lo trascendente los marxistas son, en última instancia, igualadores del ser en la nada.

La destrucción de las jerarquías naturales implica la destrucción de la persona humana, porque ésta es esencialmente espíritu creador y no puede desarrollarse plenamente en la medianía y la mediocridad de las sociedades igualitarias, fundadas en la absurda teoría del Contrato Social. Aun la turba crea su propia jerarquía, seleccionando a los más fuertes y mejores en la grosería y el mal gusto. Y el reino de la turba adviene siempre cuando la clase dirigente renuncia a su destino histórico al confundir el deber del servicio con el derecho al privilegio, lo que no es sino otra manifestación de la subversión social. Por eso señala Berdiaev que "un obrero puede tener porte aristocrático en el alma, y un noble puede no ser más que un lacayo" (p. 146).

Así, toda esta obra es un angustioso llamado por el establecimiento del reino de la santidad, del genio y de la caballería, de los hombres grandes y nobles, de la estirpe humana superior. La sociedad comunista tronchó esa posibilidad. Y la sociedad liberal no la permite porque homologa la igualdad con la libertad, no advirtiendo, como afirma el A., que la libertad es ante todo el derecho a la desigualdad.

En su obra "Autobiografía Espiritual" Berdiaev recuerda ésta que comentamos: "A principios del año 1918 escribí el libro Filosofiya nyeravyenstva (Filosofía de la desigualdad), que no me agrada, y en muchos puntos considero injusto y no expresa en realidad mi pensamiento. Algunos me han reprobado el haberlo escrito, otros de haber renegado de él. Pero debo decir que en esta obra, totalmente emocional, que refleja una tempestuosa reacción contra aquellos días, permanecí fiel a mi amor por la libertad. Aún hoy sigo opinando que la igualdad es, desde el punto de vista metafísico, una idea vacua de sentido y que la justicia social debe basarse en la dignidad de cada una de las personalidades y no en la igualdad", agregando más adelante: "Pero en realidad, ninguno de los libros por mí escritos me satisface; ninguno expresa del todo mi pensamiento". Eterno disconforme, eterno buscador, Berdiaev dio siempre testimonio de lo que llamó filosofía religiosa y que representa tan bien —como Dostoievski— el misterio insondable del alma de la vieja y santa Rusia.

"Sobre la desigualdad" es un libro que debe leerse ... para meditar.

JUAN CARLOS PABLO BALLESTEROS

LUIS ALESSIO, **Una liturgia para vivir,** Claretiana, Buenos Aires, 1978, 213 pgs.

El A., nombrado recientemente Subsecretario de la Sagrada Congregación para los Sacramentos y el Culto Divino, nos regala este hermoso libro, que subtitula "Escritos sobre espiritualidad litúrgica".

Conocíamos algo de su contenido, ya que el capítulo llamado "La liturgia como programa de santidad sacerdotal" apareció en nuestra Revista (Nº 10, pp. 49-58). Varios de los capítulos del libro habían sido ya publicados en diversas revistas, siendo aquí reagrupados en cuatro secciones. Sin embargo, no por ello se pierde la unidad.

Entre tantas cosas interesantes que encontramos en estas páginas quisiéramos detenernos en el excelente capítulo acerca de las tareas actuales de la pastoral litúrgica, donde el A. comenta una interesante audiencia del Papa Pablo VI a un Congreso internacional de superioras religiosas de órdenes, congregaciones e institutos religiosos, el año 1975. Allí el Papa les decía: "Queremos insistir en el punto siguiente: sed almas de oración ... Por vuestra parte, no tengáis miedo de recordar a menudo a vuestras hermanas que un tiempo de verdadera adoración tiene mayor valor que la más intensa actividad, incluso apostólica... Que vuestra plegaria litúrgica sea fervorosa, digna y sencilla, modelo de adhesión a las directrices de la Iglesia, en el momento en que algunos buscan la renovación por caminos de fantasías abusivas e ilusorias que ni favorecen la comunión eclesial, ni la profundidad de la oración".

En base a estas palabras, el A. analiza la actualidad de la liturgia, destacando el primado de la adoración sobre la acción, del amor a Dios sobre el amor al prójimo. Por ello la primera prioridad de la pastoral litúrgica sería, siempre según Alessio, revisar el orden de valores que existe en la mente de los pastores y de los fieles, y adecuarlos a la enseñanza pontificia. Constata el A. que, tras ciertos años de auge, se advierte ahora un cierto desinterés por la liturgia y una consiguiente "desvalorización" de la misma. Y se pregunta el por qué. Quizás, dice, se deba a la cantidad y velocidad de los cambios introducidos, que no han permitido la debida asimilación. "El volumen de la reforma y su relativa rapidez puede haber causado un doble fenómeno: la inseguridad y la desorientación de muchos ("ya no se sabe cómo son las cosas") y un cierto grado de saturación ("otra vez liturgia...")" (p. 40). Otra causa podría ser, agrega, que el anterior interés por la liturgia se debiera tan sólo al hecho de que "estaba de moda", y ya sabemos cuán rápidamente pasan las modas. O también la creencia de que la liturgia separa de los compromisos temporales, pastorales o intramundanos. Sin embargo a su juicio, la causa es más profunda: "La crisis de la liturgia es parte de una crisis más general, de la crisis de fe. Aquélla es inseparable de ésta, de suerte que cuando la fe (como acto y como contenido) vacila, también vacila el culto" (p. 41).

Desbrozando esta idea, el A. señala ante todo una crisis de teocentrismo. La liturgia es reformulada en una visión antropocéntrica, con la consiguiente desvalorización de sus elementos de alabanza, de sacrificio, de súplica por los pecados, en suma de su aspecto santificador, en pro de nuevos valores secularizantes en torno al pueblo, la opción, el compromiso. "Se trata en definitiva de la influencia del secularismo dentro del pensamiento y de la praxis católicas" (p. 42). Según el A. tal actitud es el desemboque de una doble corriente mental: por una parte la herencia protestante, con su sobrevaloración de la palabra (gratuita intervención salvadora de Dios) sobre el sacrificio (cooperación del hombre mediante su obra autoinmolante); y por otra el pensamiento marxista, según el cual la liturgia es un estupefaciente, que narcotiza energías que deberían ser usadas para la lucha de clases y el cambio de estructuras.

Ante una situación semejante, el A. propone la verdadera solución. Volver a lo esencial de la liturgia, considerada ésta como "culmen et fons" de toda la vida cristiana. De la liturgia, en especial de la Eucaristía, debe brotar todo el movimiento misionero y apostólico de la Iglesia, así como a ella debe retornar. Por consiguiente, "ni pan-liturgismo ni liturgia-isla", concluye el A. (p. 46).

La liturgia debe ser celebrada con el mayor respeto a los gestos, textos, y símbolos que la Iglesia jerárquica determina. La liturgia no es un afecto, un sentimiento; es una acción simbólica. "Así, la puesta en marcha de cualquier celebración litúrgica implica una seria preocupación por el cuidado, la belleza, la nobleza de todos sus elementos, con el objeto de que el todo constituya un verdadero 'lenguaje' simbólico" (p. 47). Ello requiere el cuidado en las palabras, la nobleza en los gestos, la dignidad en los ornamentos y, sobre todo, la tan vilipendiada "solemnidad" que tanto ayuda para que la majestad de Dios en cierto modo se visibilice. Pero no concluye aquí la tarea pastoral. "No basta la preocupación por el lenguaje. Es necesario vivir y hacer vivir aquellas realidades de las que dicho lenguaje es mediación" (p. 49). Hay que evitar el divorcio entre la fe y la conducta, la liturgia y la vida. "En síntesis: una de las tareas actuales de la pastoral litúrgica consiste en la búsqueda de una ejecución impecable y elocuente del simbolismo litúrgico, acompañada con una interiorización de su contenido mistérico que evite los escollos de la mera exterioridad y de la dicotomía entre liturgia y vida" (p. 52).

En fin, un libro lleno de sugerencias orientadoras. Nos llena de alegría el hecho de que nuestro amigo, el P. Alessio, pueda pronunciar estas palabras desde un puesto tan elevado como aquel al que lo ha llamado el Santo Padre.

P. ALFREDO SAENZ S. J.

MISAL POPULAR IBEROAMERICANO, Corporación de Estudios y Publicaciones y Editorial Panamericana, Quito, 1977, 2260 pgs.

La presente edición del Misal romano con un devocionario adjunto, es muy buena; y hay varios motivos para afirmarlo.

En primer lugar, porque contiene la Palabra de Dios así como las oraciones y fórmulas que la Iglesia emplea en el Santo Sacrificio de la Misa. Se trata, pues, de palabras sagradas, instrumentos fieles y muy nobles porque sirven para expresar y realizar el sublime misterio de la renovación del Sacrificio de la Cruz. Y nada hay sobre la tierra tan digno de la Majestad divina, ni tan rico en gracias para los hombres como lo es Cristo en cruz. Toda alabanza, acción de gracias, súplica o, como dice la misma Iglesia, todo honor y toda gloria no llega al Padre sino "por Cristo, con Él y en Él", haciéndonos partícipes de su oración perfecta en la Santa Misa. Y aun luego la Víctima redentora nos entrega su Cuerpo y su Sangre como "sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad", según el decir de San Agustín.

Hasta aquí queda manifiesto el valor de la "sustancia" del Misal como derivado del valor infinito de la Misa a cuyo servicio se ordena.

Sin embargo, a veces hemos comprobado que un contenido que de suyo es bueno, verdadero y santo, pierde mucho de estas bondades (y llega a ser dañino) cuando es presentado en forma adulterada o en un marco de introducciones y notas defectuosas o llanamente heterodoxas, o con láminas o frases equívocas salpicadas discretamente a lo largo de la obra.

Pero es de señalar que en nuestro caso ocurre lo contrario. El marco es un digno y armónico complemento del contenido "sustancial". Además de presentar los textos y rúbricas litúrgicas en su integridad, esta edición nos ofrece junto a la versión castellana el original latino del Ordinario de la Misa y de cincuenta y tres prefacios "comunes". La introducción es una concisa y clara exposición de la importancia y sentido teológico de la Santa Misa, del Día del Señor, de las distintas fiestas y tiempos litúrgicos, de las Misas "votivas", etc. Se añade al Misal un breve pero bien nutrido devocionario, el cual, como advierte la presentación del libro, intenta recordar —y enseñar a las nuevas generaciones— algunos aspectos del tesoro de la piedad tradicional, como son las oraciones para prepararse dignamente a la Santa Misa y Comunión, y para una fructuosa acción de gracias; los textos para el rezo del Santo Rosario, la práctica del Viacrucis, junto a otras devociones muy arraigadas en el sentir religioso de los católicos, y que tienen un hondo contenido doctrinal y piadoso. Destaquemos, como última observación acerca del "contorno" del Misal, que también colaboran con la bondad total del libro unas pocas pero escogidas láminas extraídas del tesoro del arte sacro de la Iglesia.

Todos los cristianos son llamados a participar en la Santa Misa, es decir, a tomar parte íntimamente en la inefable riqueza de sus misterios. Esta participación no se requiere, es cierto, para la efectiva realización del misterio eucarístico, porque éste se da objetivamente con independencia de la presencia o de los sentimientos de los fieles. Son los mismos fieles quienes precisan insertarse en el misterio divino, compartir místicamente la muerte del Salvador, recibir su palabra con corazón puro, comulgar fervorosamente la Carne y la Sangre del Cordero inmaculado para apropiarse copiosamente de la gracia salvífica de la Redención.

Para esta compenetración en el Misterio de la Misa es necesaria la meditación y degustación interna de los textos de la Escritura, de las oraciones, de los prefacios, de las anáforas, de todo aquello que envuelve al elemento místico y escondido del sacrificio eucarístico. Para este fin el Misal-devocionario que presentamos se ofrece como instrumento idóneo que aguarda ser utilizado por todos los que participan del gran Sacramento en orden a una mejor comprensión y permanencia de la Liturgia sagrada de la Iglesia en la vida cristiana.

JORGE PIÑOL
Seminarista de la Arquidiócesis
de Paraná, 2° Año de Teología.

HECTOR MUÑOZ, **Meditando la Misa**, Claretiana, Buenos Aires, 1978, 240 pgs.

Ameno y hermoso libro el que nos ofrece el P. Muñoz O. P. Se trata de un comentario de las oraciones de la Santa Misa y de los signos sagrados que constituyen el entorno de la celebración eucarística. Sin alardes de erudición, el A. va desgranando el contenido de los textos litúrgicos para ofrecerlos como pasto espiritual. El subtítulo de la obra es suficientemente revelador: "Reflexiones espirituales inspiradas en la celebración de la Eucaristía".

Pensamos que uno de los deberes pastorales más urgentes de nuestro tiempo es la interiorización de la liturgia. En reacción contra una liturgia quizás demasiado individualista, en que el fiel se enfrascaba en su libro o hasta en su rosario, las últimas décadas se han caracterizado por una gran insistencia en lo exterior: posturas comunes, oraciones al unísono, cantos colectivos, etc. Todo esto, si se entiende bien, es conveniente, ya que la liturgia es por definición un acto de la Iglesia como totalidad, no un acto meramente individual. Legítimamente, la oración individual encuentra otro tipo de acentos que la oración litúrgica: es más íntima, más sensible, más adaptada a las circunstancias concretas de la propia vida. En cambio la oración litúrgica es más sobria, más serena, menos emotiva quizás, más universal. Son dos modos de oración necesarios para la vida cristiana. Una oración litúrgica sin oración individual sería algo demasiado objetivo, demasiado prescindente de las contingencias cotidianas; una oración individual que dejara de lado la oración común de la Iglesia sería una oración demasiado subjetivista, demasiado separada del cuerpo eclesial.

Ambos tipos de oración son pues absolutamente necesarios. E incluso están interrelacionados. La oración individual debe brotar de la oración litúrgica y a ella conducir, para que sea verdaderamente la oración de un miembro de la Iglesia, y no la de un individuo que se entiende a solas con Dios, y nada más. Por otra parte, la oración litúrgica debe prolongarse en la oración individual, ya sea en la acción de gracias personal al acabar la Santa Misa, ya en la oración mental, ya en el resto del día, que de algún modo debe continuar la Misa.

Decíamos más arriba que en los últimos años la pastoral litúrgica ha insistido en lo exterior, lo comunitario. Pensamos que lo ha hecho con cierta exageración, ya que no pocas veces la liturgia acabó por convertirse en algo demasiado exterior, dejando poco margen para la interioridad. La participación en la Misa, antes que agotarse en gestos exteriores y palabras colectivas, exige la inmolación interior con la divina Víctima, la glorificación interior de Dios con Cristo que en la Misa tributa al Padre en la unidad del Espíritu Santo todo honor y toda gloria. Ello requiere un marco de silencio. La liturgia no puede prescindir del silencio, para que el alma pueda expresar su individualidad, para que cada fiel haga verdaderamente suyo lo comunitario.

Pues bien, el presente libro, al desentrañar el contenido espiritual de los textos, constituye una excelente ayuda para este trabajo, a nuestro juicio hoy prioritario en lo que hace a la pastoral litúrgica. Penetrar los textos, gustarlos, saborearlos, quedarse en ellos, usarlos luego como tema de meditación personal.

Puestos a examinar los detalles de esta obra, podríamos señalar, a fuer de críticos bibliográficos, algunas pequeñas falencias. Quizás en su comentario al "Gloria" el A. no haya sabido aprovechar suficientemente la enorme riqueza de esa antiquísima oración, por ejemplo analizando mejor esa frase tan notable, una de las más hermosas de nuestra liturgia: "Te damos gracias por tu grande gloria". Asimismo en su comentario a las oraciones llamadas de la asamblea o presidenciales ha omitido el estudio de su fórmula terminal: "Por nuestro Señor Jesucristo... Por los siglos de los siglos", donde con tanta precisión teológica se destaca el papel mediador de Cristo, Hijo de Dios y Señor nuestro, y su inserción sacerdotal en el flujo trinitario. Igualmente nos hubiera parecido oportuno decir algo sobre la primera parte de la Misa, especialmente sobre la actitud atenta que corresponde al que escucha la Palabra, actitud hoy tan difícil de encontrar, por cuanto estamos sumersos en una época que desconoce el silencio y consiguientemente la capacidad de atención. Finalmente nos parece que el tema de la intercesión de los Santos se hubiera prestado para diversas reflexiones sobre la unión de la liturgia celeste con la terrestre.

Pero el libro lo ha escrito el P. Muñoz y no nosotros, y por tanto más bien nos corresponde alabar tanto alabable que en él encontramos. Lo recomendamos a nuestros lectores.

P. ALFREDO SAENZ S. J.

FRANCISCO SEEBER, **El Marqués**, Ed. de Autor, Buenos Aires, 1978, 163 pgs.

Por fin hemos encontrado en este "género de las novelas", una sana, sencilla, de fácil lectura y entretenida por sus relatos.

Un grupo de veraneantes procedentes de Buenos Aires, deciden pasar sus vacaciones recorriendo los cerros de Santa Victoria, localidad salteña próxima a la frontera con Bolivia. Componen la partida dos amigos, sus hijos de 14 años, sus hijas de 12, y el tío abuelo, portavoz de la sabiduría y experiencia de los mayores. Numerosas peripecias y aventuras mantienen la atención del lector: víboras, jaguares, crecidas del río, bandidos, el fuerte, el tesoro y la descollante personalidad del Marqués. Estas vibrantes escenas están adornadas con logradas descripciones del paisaje lugareño.

Hemos de añadir que no se trata de una novela superficial, sin contenido alguno, fuera de lo episódico. Diversos temas constituyen el transfondo de estas aventuras: el amor a la Patria, la tradición, la historia, las falacias del mundo moderno, etc.... No disimula el A. su esperanza en la juventud argentina. Juventud que si es formada en el amor a Dios, a nuestra Nación, al hogar, en un clima de verdad y sacrificio, sabrá responder gallardamente a las exigencias de la hora presente.

Recomendamos la novela a los jóvenes a quienes va dirigida (especialmente de 13 a 20 años). Leyéndola con atención podrán conjugar diversión con formación. Y la aconsejamos, sobre todo, a quienes tienen a su cargo la educación y formación de la juventud.

JOSE R. HAYES
Seminarista de la Diócesis de
San Luis, 2º año de Teología.

ROGER VERNEAUX, **Crítica de la Crítica de la Razón Pura,** Rialp, Madrid, 1978, 266 pgs.

1. El P. Verneaux, filósofo realista de gran experiencia, ha estudiado con minuciosidad a Emmanuel Kant, el oscuro pensador de Konlsberg. Su propósito es analizar, con ocasión del estudio de la doctrina kantiana, el intrincado e importantísimo problema del conocimiento humano desde el punto de vista de un equilibrado y sano realismo.

El A. reconoce a Kant vigor, profundidad y actualidad, aunque no por ello deja de afirmar asimismo que "nada sería más fácil que hacer estallar el sistema" (p. 15), en razón de la inconsistencia y contradicciones que en él se encuentran. En efecto, "el interés mayor del kantismo acaso esté precisamente en que no es posible mantenerse dentro de él. Se está obligado sea a prolongarlo hacia el idealismo absoluto, como han hecho los grandes discípulos, a pesar del realismo metafísico que contiene; sea a volver a una metafísica realista, a pesar del realismo trascendental que profesa" (ibid.).

2. A lo largo de toda su trayectoria, Kant ha permanecido encerrado en un universo de pensamiento estrechamente limitado no teniendo más noticia que del racionalismo wolffiano y del empirismo de Hume, debiendo constantemente "abrirse una vía a través de esta antinomia precisa" (p. 17) y nada más.

Toda doctrina metafísica que se funde sobre la experiencia le fue totalmente extraña y fuera de sus perspectivas. La experiencia no nos da más que hechos particulares, y, a lo sumo, ciertas generalizaciones, que no pueden constituir un conocimiento propiamente científico. Como es preciso salvar la ciencia (contra el escepticismo de Hume), la necesidad y universalidad que la sustentan forzosamente no pueden provenir sino del sujeto: la sustancialidad de las cosas, sus innumerables propiedades y relaciones de todo tipo no pertenecen a la cosa como tal, todo esto es producto de nuestro entendimiento. He aquí el primer corte radical con el orden objetivo de lo real.

Kant no abandonará nunca la idea de que la metafísica debe ser "a priori". Sus principios jamás deberán ser extraídos de la experiencia porque es necesario que sea un conocimiento no físico sino precisamente metafísico, lo cual significa "más allá de la experiencia". Este presupuesto, tan peligroso y absolutamente falso, es la idea madre de tantos equívocos como hay en Kant: la necesidad y universalidad de nuestro conocimiento no puede fundarse sino solamente en el sujeto en cuanto aplica ciertas leyes generales de pensamiento (categorías) a las cosas (dadas sensiblemente a modo de fenómenos) para conocerlas.

El sujeto conoce **con ocasión** de la experiencia pero no **de** la experiencia. Así, por un lado se admite la indispensabilidad de los datos de la sensibilidad para el conocimiento (el sujeto no "conoce" si las categorías quedan "vacías" y no se aplican al fenómeno); por otro lado, se declara imposible que la universalidad y necesidad de nuestros conocimientos provengan de la cosa: es el entendimiento con sus leyes la condición de toda experiencia posible. El dato sensible es pura diversidad y caos, las leyes a priori del sujeto son principio de unidad, enlace y síntesis.

Antes de Kant se entendía que el espíritu se veía condicionado (medido y especificado) por los objetos al conocerlos —y en esto consistía precisamente el conocimiento—; pero Kant se esfuerza por demostrar que es el espíritu el que condiciona al objeto constituyéndolo como tal. En esto consiste su llamada "revolución copernicana".

3. Sin embargo, enseguida debemos agregar que si bien nuestro conocimiento es universal y necesario, no alcanza la "cosa en sí", sino que se limita a los fenómenos. En cuanto a saber qué pueden ser las cosas en sí mismas fuera del modo como somos afectados por ellas de acuerdo a nuestra constitución subjetiva —eso es el fenómeno— es algo que excede completamente la esfera de nuestro conocimiento.

¿Constitución subjetiva? Sí, las formas a priori de la sensibilidad, a saber, el espacio y el tiempo, son el marco necesario en el que nos viene como encuadrada la experiencia sensible. Esto es el fenómeno. Lo que no nos es dado de esta manera no podrá entrar bajo las categorías para ser "conocido", sólo podrá ser "pensado", en cuanto no contradictorio. Tal ocurre con las "ideas" de Dios, el alma y el mundo.

Por otra parte, las categorías sólo se aplican a los fenómenos, fuera de los cuales su uso resulta indebido. Esa es la razón por la que solamente ciencias como la física y las matemáticas cumplen perfectamente su cometido, dándonos una explicación altamente satisfactoria acerca de lo que estudian; en cambio la metafísica está absolutamente impedida en la realización de sus propósitos. Y así resulta que además de ignorar aquello de lo cual no tenemos un contenido sensible (Dios, etc.), aun de aquello de lo cual lo tenemos no podemos decir que lo conocemos como es en sí sino conforme nos "aparece". Todo el mundo conocido no es tal porque es, sino que es como es porque así lo conocemos nosotros.

La separación fenómeno-cosa en sí proviene inmediatamente de la idea de Hume de que los accidentes no revelan la cosa sino que la envuelven: de ahí que por la sensibilidad sólo nos sean dados los fenómenos "detrás" de los cuales permanece incognoscible la cosa en sí.

Más remotamente, esta dicotomía se origina en lo siguiente: Kant no admite en el hombre (y este es otro de sus supuestos) la intuición intelectual (si la hubiera, sería creadora, según él) que, en continuidad real con el acto de la percepción sensible de un objeto, captaría en él inmediatamente, a través de la percepción de sus accidentes, la "quidditas reí materialis", universal en la cosa sólo materialmente, pero formalmente en la inteligencia, que le participa su modo de ser inmaterial. Por eso en Kant la función intelectual es esencialmente activa y destructora del objeto, que no es tal sino por ella. El fenómeno permanece "subjetivo" mientras no sea "subsumido" bajo las categorías que propiamente lo "objetivan" y nos permiten conocer la cosa.

La única solución posible a este problema alarmante es la comprensión cabal de la teoría aristotélico-tomista de la "abstracción": "la abstracción une la intuición sensible de los existentes a la intuición intelectual de las esencias" (p. 261).

4. Miremos el asunto más de cerca. La realidad queda inevitablemente escindida para nosotros en dos mundos, el de los fenómenos y el de la cosa en sí, completamente incognoscible por la razón. La metafísica es imposible; por tanto, no pueden fundarse "racionalmente" ciertas verdades trascendentes exigidas por la moral y los fines prácticos del hombre: "tuve que anular el saber para reservar un sitio a la fe". Esta fe no se funda en ningún motivo teórico sino sólo en motivos prácticos, como la necesidad de Dios para la realización del bien moral, etc.

Ahora bien, esta "fe práctica" es absurda, "es una andadura ciega indigna de un hombre" (p. 259); en efecto, una simple exigencia de la conciencia moral, no basta para garantizarme la existencia de Dios. La moral no reposa sobre sí misma, no es en modo alguno un absoluto, de otro modo la práctica del hombre se reduciría a un comportamiento ciego y descabellado.

5. A la vista del gran desastre en que concluye la obra de Kant, a saber, la terrible y atrevida inversión del orden real que, en adelante, debe someterse enteramente al pensamiento y referirse a él como a su fuente y única condición de posibilidad, nos sentimos obligados a recomendar esta interesante y profunda crítica del P. Verneaux.

PABLO LORENZO
Seminarista de la Arquidiócesis
de Paraná, 3er. Año de Filosofía.

FEDERICO SUAREZ, **La historia y el método de investigación histórica,** Rialp, Madrid, 1977, 256 pgs.

Desde hace unos cuarenta años se viene postulando la elaboración de una nueva historia, distinta, al parecer, de la que se elaboraba hasta ahora, la llamada "historia tradicional". El A., que es catedrático de Historia Moderna y Contemporánea, muestra hasta qué punto esa "nueva historia" implica un determinado modo de pronunciarse acerca de la naturaleza, carácter, objeto, contenido, método y valor de la historia, ya que en su aspiración a sustituir la historia tradicional necesita buscarle nuevos fundamentos.

De este interesante libro quisiéramos destacar tan sólo algunos aspectos.

Analiza el A. con maestría lo que atañe al **método histórico.** En la actualidad han aparecido diversos métodos radicalmente nuevos. Entre ellos, el método dialéctico hegeliano, no esencialmente distinto del marxista, según el cual se deduce a priori cómo debe caminar la historia en un proceso evolutivo, y con rasgos característicos determinados. Otro método en boga es el llamado "cuantitativo", es decir, el estudio de la historia a partir de series estadísticas establecidas sobre bases constantes, que permita establecer, por medio de la comparación de series, las relaciones sociales estables que unen entre sí ciertos fenómenos económicos y sociales. Se recurre también al método de "los modelos", es decir, se analiza la historia a partir de la observación de un modelo social, que resulta paradigmático de otros medios sociales de la misma naturaleza, a través del tiempo y del espacio. Los tres métodos antedichos son deudores del mismo error: el manipuleo de los datos históricos para traducirlos a categorías fijadas a priori; se está modificando la realidad con el fin de acomodarla al pensamiento. Para el A. sigue siendo válido el método tradicional: si se quiere que el conocimiento de la realidad histórica sea veraz el pensamiento debe acomodarse a la realidad. Lo cual no obsta reconocer los aciertos parciales de los métodos precitados, cuyos elementos positivos deberán ser integrados en la visión histórica tradicional.

En cuanto al **objeto de la historia** también en este campo advertimos extrañas tendencias. Ya no más la historia de individuos y acontecimientos, sino la de las realidades sociales. Tal tendencia encuentra su versión marxista en Lefebvre para el cual "no existe historia (y por consiguiente, inteligibilidad y transparencia) sino en la medida en que interviene la clase obrera" (cit. p. 109). Es decir que la historia "social" tiende a irse convirtiendo cada vez más exclusivamente en historia de la clase obrera, y las biografías sólo valen en cuanto sean de dirigentes obreros, único "tipo" social que interesa para la historia. Es evidente que semejante concepción despersonaliza la historia, que ya no se ocuparía de hombres concretos sino de fuerzas organizadas, de ensamblajes más que de personas, concepción más cercana a la sociología que a la historia. Esta desaparición del hombre concreto y real, fagocitado por la colectividad, deriva de la antropología marxista según la cual la esencia del hombre es reductible al conjunto de las relaciones sociales, el hombre es un "ser genérico", con lo que se llega a una total deshumanización de la historia.

Expone luego el A. la **finalidad de la historia.** Herodoto escribía historia "para que ni los hechos de los hombres queden olvidados con el tiempo, ni las grandes ni maravillosas hazañas realizadas así por griegos como por bárbaros queden sin gloria" (cit. p. 119). La historia es a los pueblos lo que la memoria a los individuos. La nueva historia tiene también una nueva finalidad. Positivistas y marxistas coinciden en considerarla no tanto como memoria sino como profecía. El fin de la historia tendría así un sentido finalista utilitario: la configuración del futuro. El conocimiento se subordina a la acción: se trata sobre todo, de hacer el futuro. Esta nueva escuela de historiadores sociales está en buena parte al servicio de la difusión del marxismo. La falacia se hace patente. El objeto de la ciencia es la verdad; su fin es el conocimiento de la verdad. Uno de los caracteres peculiares de la pseudociencia consiste precisamente en su intención de querer influir en las cosas y en los hombres. Una disciplina deja de ser ciencia cuando renuncia a conocer, y se vuelca al obrar. Ya decía Aristóteles que "conocer y saber con el solo objeto de saber y conocer, tal es por excelencia el carácter de la ciencia de lo más científico que existe" (Metafísica 1,2).

Una última palabra sobre el interesante capítulo acerca de la **objetividad del conocimiento histórico.** En este campo las nuevas tendencias encuentran un excelente expositor en Lucien Febvre según el cual "hay que desterrar de una vez para siempre el ingenuo realismo de un Ranke imaginando que podría conocer los hechos en sí mismos, 'como han ocurrido'. Tanto la 'realidad histórica' como la 'realidad física' se perciben a través de las formas de nuestro espíritu" (cit. p. 135). Como se ve, el telón de fondo es el más puro idealismo filosófico. Bien dice el A.: "Lo que Peter Wust llamaba 'la moderna maldición del subjetivismo' está, desgraciadamente, en la base de todas las tendencias filosóficas actuales cuya raíz es el idealismo, y desde luego en la que informa el pensamiento subyacente de algunos modernos historiadores y teóricos de la historia" (p. 136). Ya Croce afirmaba que "la historia no llega a nosotros de afuera, sino que vive en nuestro interior" (cit. en nota de p. 137). Y Collingwood escribe: "Para el historiador, las actividades cuya historia estudia no son espectáculos que se ofrecen a la mirada, sino experiencias que debe vivir a través de su propia mente; son objetivas y las conoce sólo porque son también subjetivas o actividades propiamente suyas" (ib.). De ahí a una "historia comprometida" hay un paso. La historia debe ser una exposición de combate, a partir de a prioris que hay que defender a toda costa. Basta hojear las distintas ediciones de la Enciclopedia soviética para comprobar cómo cambian los mismos hechos y personajes del pasado según la "verdad" de cada momento. "Cada época se hace el pasado que necesita", decía L. Febvre. "Quizá sea ésta la razón por la que se haya podido afirmar que en una historia comprometida lo difícil no es prever el futuro, sino prever el pasado" (p. 141).

La posición clásica sobre la objetividad del estudio histórico no sostiene que el conocimiento de los hechos llegue a ser exhaustivo. Ya Aristóteles hablaba de "la imposibilidad de alcanzar la completa verdad y la imposibilidad de que se oculte por entero" (Met. 2,1). Nuestro conocimiento histórico siempre tiene algo de precario porque nunca alcanza a conocer todo acerca de un hecho o de una persona. Pero no por eso estamos menos seguros de algunas cosas. No cabe incertidumbre alguna, por ejemplo, de la existencia de Nerón o de Napoleón. Precisamente la investigación científica tiende a ir discerniendo con cuidado lo que es cierto, y por ende seguro, de lo que es aún probable o discutible.

Termina el A. su obra con algunos consejos prácticos para quien quiera adentrarse en la investigación histórica: modo de elegir el tema de una tesis, punto de partida, bibliografía, etc. Nos hubiera gustado algo más sobre la filosofía y la teología de la historia. Aunque trata de ello, lo hace de manera demasiado sumaria. Sin embargo, es un libro interesante porque al mismo tiempo que explica lo que es la historia expone la subversión del pensamiento moderno en el importante campo de la historiografía.

A. S.

ERICH VON DANIKEN, **Las apariciones,** Ed. El Caballito, Buenos Aires, 1974, 315 pgs.

Antes de entrar en el análisis concreto de este libro hagamos algunas consideraciones más generales sobre todo el movimiento actual en torno a lo que podríamos llamar "el culto extraterrestre".

1. La moda esotérica

Nuestra época está signada por no pocos snobismos intelectuales; viejos sofismas en su mayoría, ellos se caracterizan fundamentalmente por su inconsistencia, por una alarmante vaciedad substancial. No obstante, resultan atractivos y se imponen como moda. Las razones deben buscarse en ese afán de novedad que desdeña la sabiduría perenne, y que en definitiva, no se sacia con nada porque todo le resulta mudable. "indudablemente —explica R. Verneaux— hay en estos movimientos mucho de mundanidad vana... pues a los ojos del mundo no cuenta tanto la verdad como la originalidad". De ahí que tales snobismos se presentan por norma como audaces, revolucionarios y hasta escandalosos. Son las condiciones de su auge. "Un elemento de escándalo, en efecto, —sigue diciendo Verneaux— bajo una u otra forma parece muy útil, si no indispensable para triunfar. Rozar la herejía... o la inmoralidad... atropellar los prejuicios reinantes, contradecir las ideas recibidas son otras tantas garantías de éxito. Por lo demás, una cierta obscuridad sienta bien, pues por el hecho de que un pensamiento profundo suele ser obscuro se llega fácilmente a creer que todo pensamiento obscuro es profundo".

Es dentro de este marco que se hace inteligible la favorable difusión de tantas posturas erróneas. La abundandancia de material orientalista, teosófico, ocultista, y sobre todo —pues a ello nos referimos en esta nota— ovnilógico y extraterrestre, configuran un síntoma propio de los tiempos modernos: el del hombre de espaldas a Dios, negado a la sencillez de la Verdad y hundido en nombre de la razón en la más peligrosa locura. Tanto el científico como el profano reciben complacientes y expectantes estas peculiares manifestaciones culturales; pareciera que ellas vienen a colmar un hueco, a cubrir un espacio vital. Y es cierto; porque el abandono del hábito metafísico en el hombre de ciencia, y la pérdida de la devoción en el común de los profanos, tienden a ser suplidos por engañosas nimiedades.

Toda una vasta red de contenidos visuales y especialmente escritos apuntan a cuestionar y a reemplazar las verdades de la Fe y aun las de la ciencia, planteando interrogantes de dudosa seriedad cuyo común denominador es la recurrencia a lo extraterrestre para explicar los fenómenos divinos y humanos. Podríamos citar— sólo a título de ejemplos— las colecciones: "Lo inexplicable" de Ed. Javier Vergara; "La otra ciencia" de Ed. Martínez Roca, y "Los enigmas del Universo" de Hachette, además de un sinfín de textos y revistas que cubren prolificamente el mercado. Como se sabe, tampoco han faltado películas. Ultimamente alcanzó resonancia "Encuentros cercanos del tercer tipo" dirigida por Steven Spielberg, donde es notoria la transposición de la simbología bíblica al fenómeno ovnilógico analogándose el "encuentro" y sus circunstancias con la llegada de la Promesa.

La presencia de Dios en la historia y el valor de lo sobrenatural no parecen ya importar a nadie, pero la ingerencia extraterrestre para explicarlo casi todo no ofrece prácticamente ningún reparo. Y lo que resulta más grave es la tendencia a substituir —cada vez con más énfasis— lo sobrenatural por lo extraterrestre, lo divino por lo astronáutico, lo celestial por lo espacial. Se da además la paradoja de que mientras se acude a lo mistagógico para resolver aquello que pertenece propiamente al campo racional, se aplica el más crudo racionalismo contra los misterios de nuestra Fe. Así, por ejemplo, las civilizaciones antiguas para cuyo estudio bastan las disciplinas histórico-antropológicas, no serían sino creaciones de seres de otros planetas, elevados a la categoría de dioses y cuyo conocimiento demanda cierto grado de "iniciación cósmica". (La Ed. Kier —aunque no es la única— provee sobre este aspecto abundante material. Nombremos como muestra: "El enigma de las pirámides" de José Alvarez López; "Dioses y robots" del mismo autor; "La realidad de los ovni a través de los siglos" de Luis Anglada Font, etc.). Pero Nuestro Señor Jesucristo no habría muerto en la Cruz, ni ascendido a los cielos; por el contrario, la "neoarqueología" ha descubierto su tumba en Srinagar, adonde huyó con María, la cual falleció por los avatares del viaje. Tal la singular tesis de Andrea Faber Kaiser en "Jesús vivió y murió en Cachemira" (ed. Roca, México. D. F., 1977).

2. La deificación de lo extraterrestre

Se advierte entonces una Inversión axiológica por la cual se diviniza a hipotéticas creaturas en desmedro del Creador; trátase en el fondo de una religión subvertida como todas a las que el hombre llega cuando se aparta del Camino. Se entiende, pues, que Alexis Dormunt hable de "nuestros antepasados los dioses" o Erich Von Däniken del "mensaje", "la respuesta", y "el oro de los dioses" para referirse a presuntos seres no terrenales que serían los reales hacedores y dueños del universo.

Paralelamente se desacralizan las Escrituras pretendiendo ver en ellas —desde el Génesis hasta el Apocalipsis— una serie de mensajes planetarios. Los libros de Eugenio Danyans —"Platillos volantes en la antigüedad", y sobre todo "Los platillos volantes y la Biblia"— son buen ejemplo de lo dicho. Allí, junto a arbitrarias traducciones aparecen las más disparatadas interpretaciones no exentas de un sentido profanador e impío. No faltan tampoco quienes, como el ruso Wiatcheslaw Saizew —profesor de la Universidad de Minsk— ven en Cristo a un astronauta proveniente de una galaxia más evolucionada. Como se ve, la nueva "ciencia" no conoce límites. Tampoco su osadía. Esta singular exégesis conlleva también una reivindicación del Demonio, cuyas maldades resultarían de ciertas falencias de la hermenéutica cristiana. "Satán —sostiene un tal Robert Lima— no era diabólico hasta que el cristiano lo personificó con interpretaciones al pie de la letra de los pasajes bíblicos, textos apócrifos y algunas palabras escritas con falsas apariencias". Los evangelistas influidos por "antiguos mitos", inventaron "un Príncipe de las sombras, enemigo de Dios y del hombre, tentador y acusador e instrumento de eterna condena", hasta que finalmente la iglesia "estableció la existencia del Infierno en el Concilio de Constantinopla" ("La historia infame de Satán y cómo se personificó", en "Cuarta Dimensión", Nº 59, p. 20. Esta revista dirigida por Fabio Zerpa resulta ser el medio de expresión de una intensa actividad esotérica de claras connotaciones masónicas y revolucionarias).

Pero este proceso de desnaturalización de lo sagrado y sacralización de lo natural, adquiere por momentos una delineada finalidad vindicativa. Las verdaderas deidades acabarán con el falso Dios, sus santos y su Iglesia. Será un triunfo trágico y burlón que llegará inexorablemente. Así escribe Carmen Alardin en "Cuarta Dimensión (Nº 54, p. 33); "¿Cuándo la rebelión de nuestros dioses — vendrá por el sombrero del obispo, — por la reliquia de Santa Teresa o por el manto de San Sebastián? — Los dioses, tú lo sabes, algún día... — harán su propia institución lejana — y con justa venganza nos encarcelarán en lujosos altares. — A ti tal vez te toque la espada de San Jorge — o el séquito de San Isidro Labrador...". Parece ser, no obstante, a juzgar por otros escritos que esta revancha tiene un sentido mesiánico. Sucederá en una época paradisíaca cuya descripción responde al más ortodoxo enfoque masónico-marxista: "En la raza futura desaparecerá el lenguaje... el símbolo no reconoce nacionalidad ni fronteras... no habrá engaño... el hombre dulcificará su modo de ser... el estado social será basado en la verdad absoluta... será la realización de la verdadera fraternidad universal sin distinción de credos, de razas ni colores..." (Rafael Barrero Cortés, "La mente cósmica", en "Cuarta Dimensión", Nº 23, p. 14).

No creemos abusar de los adjetivos si calificamos todos estos planteos de posible inspiración satánica, pues al margen de las intenciones privadas, queda claro que ya no cuenta Dios, ni su Gracia, ni su plan salvífico. Entonces, no hay otro punto de llegada que la Utopía; pero un imposible que no sólo reedita al "homo mensura" de Protágoras sino al irremisible "non serviam" de Lucifer y su promesa vana: "Eritis sicut dii..."

3. Hacia un culto extraterrestre

Configurada así esta moderna como nociva religión, ocupémonos ahora de Erich Von Däniken, uno de sus más conspicuos predicadores. Es este un curioso personaje cuya mayor habilidad manifiesta ha sido hasta el presente enriquecerse a expensas de la necedad humana y de ese espíritu snobista del que hablábamos al principio.

De él puede decirse que su ignorancia y fatuidad corren parejas. Y no se crea que es éste un apasionado agravio, por el contrario resulta una condición necesaria para entender su obra, porque su ignorancia es plena. Ignorante en cuanto incapaz de reconocer su ineptitud envaneciéndose con novedades y hallazgos pronunciados retóricamente. En tal sentido su actitud recuerda la de Alcibíades o Teetetos, a quienes fustigó Sócrates duramente llamándolos traficantes y mercaderes de conocimientos. Pero es también ignorante de un modo más profundo y definitivo, pues bien dice el Señor: "Necios son todos los hombres que ocultan a Dios, y que por los bienes visibles no llegaron a conocer a Aquel que es, ni considerando las obras reconocieron al Artífice de ellas, sino que tuvieron como dioses señores del mundo... al círculo de los astros o a las luminarias del cielo" (Sab. 13, 1-2).

Autor de conocidos libros de ciencia ficción, con pretensiones de veracidad histórica, ellos muestran claramente su inhabilitación metodológica y la ausencia de rigor intelectual. Son trabajos menores donde el dato minúsculo y fantástico pretende fundar una generalización. Es la exposición de acontecimientos explosivos y tonantes, pero por lo mismo sin más consistencia que el ruido y el humo que exhalan. Esta forma de escribir historia basada en el episodio desconcertante e instantáneo resulta similar a la técnica de los periódicos sensacionalistas; de ahí que sus escritos tengan como destinatarios al gran público, pronto a encandilarse con extravagancias. Una hábil recopilación gráfica de analogías pasadas-presentes, sirven de contorno adecuado a sus hipótesis, por lo impactante de las imágenes visuales. Más por debajo no hay más que eso: mero impacto visual. Tales analogías gráficas están hechas con un criterio netamente antihistórico. Comparar por ejemplo una estatuilla antigua con la foto de un astronauta, o un grabado remoto con las novísimas máquinas espaciales, y deducir luego por sus semejanzas externas la presencia del futuro en el pasado carece de toda lógica, pues el hecho de que **hoy** aquellas imágenes pretéritas nos recuerdan o nos religuen a fenómenos contemporáneos, nos está indicando justamente la necesidad del historiador de respetar y recrear cada horizonte cultural. "No es historiador —dice Belloc— el hombre que no puede responder desde el pasado". Lo que a los ojos del siglo XX puede parecer una escafrandra astronáutica —siguiendo con el mismo ejemplo— a los hombres del medioevo, el renacimiento o la revolución industrial pudieron tranquilamente recordarles objetos de su entorno cultural diario, sin por ello deducir que la antigüedad fue visitada por cruzados, humanistas o industriales... Con lo que se ve la inconveniencia de aplicar al estudio del pasado fenómenos presentes.

Pero esto no es más que una parte del planteo. Lo verdaderamente grave es la mediatización constante de Dios injuriando los dogmas y principios de la Iglesia Católica. Tal postura alcanza especial fuerza en su obra "Las apariciones" en donde el delirio y la irreverencia se superan mutuamente. De aquí en más las citas entrecomilladas están tomadas de esta obra.

Entre el resentimiento y la apostasía. Ante todo Von Däniken se confiesa "como formando parte del Occidente Cristiano, criado de acuerdo con las normas de conducta católica-romanas" (p. 25). Sólo que él no puede "creer en las cosas porque así me lo enseñaron", ni menos "recurriendo a la solución del Espíritu Santo" (p. 8). Estas "son maneras de engañar a los creyentes" (p. 75), y "el laico tiene derecho a que se le esclarezcan los errores y las inexactitudes halladas en las enseñanzas del cristianismo... tiene derecho a que se le explique de manera clara y comprensible la verdad... tiene derecho a verse liberado de esos miedos que desde hace 2000 años le han sido infundidos" (p. 75). Y dado que la Biblia "es un supremo engaño" (p. 77) y "los dogmas del pecado original y de la Salvación... son altamente peligrosos" (p. 94), esta especial tarea "esclarecedora" que él emprende no lleva el signo de la investigación sine ira et studio, sino que parte de prejuicios alimentados por el resentimiento de un "engañado" y la consiguiente apostasía. "Estoy siempre dispuesto —aclara— a ayudar a quienes como yo fueron desde su más tierna infancia sometidos a la férula de una doctrina de la que uno no puede evadirse" (p. 217).

"No es que sea un ateo" (p. 127) —nos explica, pero "niego la pretensión de la Iglesia de que fuera de su seno no hay salvación posible. Porque para citar sólo dos ejemplos no estimo en menos las enseñanzas y preceptos de Buda y de Mahoma que los de la Iglesia en cuyo seno nací" (p. 127).

Sin embargo, se engañaría quien pretendiese ver en este curioso sincretismo un atisbo de sui generis confesionalidad. Nada de eso; fuera de sus "dioses astronautas" (p. 7) de culto estrictamente racional, la Fe resulta un estorbo. "La Incredulidad, afirma, no es peligrosa para nuestra sociedad sino la creencia" (p. 291). Y si ocasionalmente defiende una religión —como por ejemplo la de los Mormones (p. 62)— ello se debe a que su fundador Joseph Smith recibió las órdenes directamente de los extraterrestres, los cuales le comunicaron "lo que sólo de ellos pudo ser conocido" (p. 291). No obstante —fiel a las prescripciones marxistas— sólo la Iglesia Católica concentra la fuerza total de sus ataques.

El odio a Roma. En este punto la obra de Von Däniken se convierte en un listado de improperios. Curiosamente quien esgrime el arma de la ciencia no pasa de ser un instintivo agresor. Desde los lugares comunes —empresa comercial, agente del fanatismo y la superstición, aliada de los poderes temporales, elitista, retrógrada, etc.— se pasa a otras críticas más personales: "¿Es lícito —se interroga— que la Iglesia se comporte como si fuera un mero club decretando reglamentos y estatutos, y obligando a todo aspirante a ingreso a dicho club, a la aceptación y al sometimiento de dichos estatutos? Siempre nos encontramos frente a la inspiración del Espíritu Santo iluminando a ciertos señores. ¿Tiene la Iglesia derecho a llamar al Espíritu Santo como testigo para adoptar todas sus resoluciones?" (p. 54).

Es claro que lo que molesta no es ni más ni menos que la Universalidad y Unicidad de la Iglesia fundada por Cristo, y su constante asistencia que por lo tanto no puede estar ausente. (Adviértase además que el nuevo culto extraterrestre exige sus normas y observancias pero no está dispuesto a concederle otro tanto a los católicos). "Esta pretensión de exclusivismo" (p. 76), sigue lamentándose Von Däniken, no se ha visto alterada por el Concilio Vaticano II. El ha insistido en "las fanáticas exigencias que nos condujeron a las guerras de la fe, a las guerras de religión. Con esta perseverancia en el egocentrismo se ha venido introduciendo la inquietud y el desasosiego en los espíritus" (p. 111); cosa que podía haberse evitado si la Iglesia "no hubiera tenido la pretensión de anunciar a bombo y platillo la única verdad" (p. 111).

Se trata en definitiva de sustituir la Roca de Pedro por innumerables partículas individuales, por una gnosis personal "en una potencia superior creadora y reguladora de la creación" (p. 111). No más "reglas aplicables en todas las ocasiones"; ni Principios ni Fines, ni disciplina ni exigencias. En nombre de la humanidad y su bienestar sólo queda la salvación del relativismo, el eclecticismo y el más ilimitado pluralismo. La nueva alborada, por lo visto inminente e irreversible, promete tener arrolladores pasos, pues según se asegura será finalmente posible demostrar "la falsedad del Cristianismo... a través de pruebas suministradas por comunicaciones interestelares" (p. 137).

Jesús no es Dios. Sobre este tema el racionalismo clásico cometió un error que lo hizo vulnerable. Tanto Renan como Loisy, Harnack, Channing o Strauss negaron la naturaleza divina del Redentor pero reconocieron en él "la más alta regla de la vida", "lo más selecto de la humanidad", "la humildad más profunda", "la grandeza y la bondad" o el punto de referencia más empinado para los hombres. Obviamente a quien revestía tamañas cualidades no podía sino dársele crédito; sus palabras serían toda una garantía; y si ellas reiteraban sin pausa su divinidad, la conclusión era bastante ineludible. Para Von Däniken, en cambio, Cristo y sus enseñanzas reúnen caracteres negativos: "Jesús de Nazareth no es el hijo unigénito de Dios ni nunca se presentó a los hombres como tal" (p. 88), "sus palabras no fueron de origen divino" (p. 104), "ni su concepción inmaculada" (p. 95). Educado por los esenios formó parte "de un movimiento de partisanos o guerrilleros impulsado principalmente por Juan el Bautista" (p. 105). A lo sumo, "era un escriba dotado de cualidades parapsicológicas y de grandes dotes oratorias" (p. 109), "sólo un hombre piadoso" (p. 110). "Duro, muy duro" (p. 114), "el Nazareno no se atiene precisamente a la misericordia" (p. 115). "oscuro y ambiguo... fue un perfecto narcisista" (p. 115), "desagradecido para con sus familiares" (p. 118), "predicador de injusticias manifiestas" (p. 116), y "abominables casos de comportamiento asocial" (como la que registra Mateo 22, 1-14) (p. 116), propulsor del capitalismo (p. 117), "un pecador" (p. 119); no se privó a veces de responder "un tanto demagógicamente" (p. 120), pues "nunca creyó en milagros" (p. 125) pero "conocía el mecanismo determinante de los efectos de la sugestión" (p. 216). ¿De dónde ha sacado entonces la Iglesia Católica la divinidad de Jesús...? Pues, no fue sino "una opinión" del "criminal" de Constantino, convertida "por voluntad imperial en dogma" contra la tesis de Arrio. Y todo ello, por supuesto, por "conveniencias políticas Inherentes a una gran potencia" (pp. 81-82).

No reciben mejor trato los Concilios, los Padres de la Iglesia, las Sagradas Escrituras, los Santos, los milagros, la Santísima Trinidad, los teólogos, el Papa y la Jerarquía. Suposiciones arbitrarias, distorsiones deliberadas, imposturas y ligerezas, desconocimientos esenciales y sarcasmos groseros; todo vale en este desconcertante empeño. "Con que no hay por qué asombrarse —nos comenta él mismo— si uno se encuentra de improviso dentro del fuego" (p. 267).

Pero como es imposible odiar al Hijo sin que el sentimiento se haga extensivo a la Madre, la figura de la Virgen Santísima no escapa a las negaciones. Y aquí, ya nadie puede dudar que estamos frente a la obra de un blasfemo. No sólo porque se niega su presencia en Fátima o en Lourdes, atribuyendo estas y otras apariciones —y en esto consiste la médula del libro— a seres extraterrestres, sino porque se la muestra egolátrica y cruel, "deseando ser cada vez más y más intensamente adorada", amenazando "con que el hijo destruirá a la humanidad si no se cumplen sus deseos" (p. 43). Comparada su imagen con "la de algún animal raro" (p. 66), también su culto habría sido consecuencia de un decreto imperial de Teodosio II (pp. 84-85).

Tal vez no se equivocaba San Luis María Grignion de Montfort cuando anunció que el odio de Satanás contra María se exacerbaría en los últimos tiempos. Pero de ser así, también en ese Tiempo llegará la perdición para los malos. Por eso, tanta iniquidad abriga una recóndita esperanza; "incluso digo nos llena constantemente de Esperanza. Es la peripecia. Si la misericordia de Dios es proverbial, Cristo no deja que insulten a su Madre. Su intervención está cercana" (Mons. R. Graber).

4. **La demencia final**

Enseñaba San Agustín que Dios ciega a quien quiere perder, y ya San San Pablo nos alertaba sobre la obnubilación propia de los que pecan contra el Espíritu Santo. Esta ceguera del alma que lleva a las tinieblas es la sombra que cubre el entendimiento de aquellos que han arrojado la Palabra lejos de sí. Cuando la Fe no ilumina a la razón sucede que ésta se pierde razonando. Se cumple entonces la paradoja de Chesterton: "loco es el que ha perdido todo, todo, menos la razón" ("Ortodoxia"). Así, en nombre del omnipotente racionalismo se acaba en el absurdo y la soberbia; desamparado de la verdad, solo, frente a la locura.

No es otro el desenlace de la postura que comentamos. Después de haber negado los milagros, la santidad y la misma divinidad, después de rechazar los textos bíblicos por insostenibles, se habla seriamente de "documentos de ultratumba" (p. 232), captados "con la ayuda de micrófonos y cintas magnetofónicas" (p. 233). Se citan testimonios de difuntos y hasta se transmite "un método práctico" para la audición "de voces trascendentes" (pp. 234-235). Relatos de reencarnaciones y "sucesivas muertes"; "recuerdos del futuro debidamente archivados", visiones de mediums y mensajes de platos voladores. Nada falta en esta concatenación de "probanzas" sobre el origen extraterrestre del mundo, la vida y las apariciones. Estas últimas sólo imaginariamente son religiosas, y ello se debe a que "el vidente está sugestionado por su entorno religioso" (p. 218). "El que nosotros, gusanos terrestres malogrados por la educación (religiosa) recibida, atribuyamos tal espectáculo a un milagro de significación religiosa, pertenece al grueso album en que se muestra nuestra falta de comprensión para todo lo que a los lejanos cosmonautas se refiere" (p. 293). Así por ejemplo el llamado milagro del sol en Fátima no fue sino una estación espacial que se hizo visible (p. 292), "la una y media de la tarde del día 13 de julio de 1917 fue para la situación geográfica de Fátima exactamente el mediodía astronómico" (p. 267). Y presentaciones tales como "soy la Inmaculada Concepción" es sólo "un eufemismo de la prístina mutación artificial" (p. 291).

Todo se explica y se les debe a esos desconocidos seres no terrenos. Ellos fueron con sus genes "los que originaron la vida en nuestro planeta" (p. 272), ellos "posibilitaron a través de una mutación artificial provocada nuestra inteligencia" (p. 273); ellos "mediante el injerto nos transmitieron a su imagen y semejanza su extrasensitiva y muy desarrollada posibilidad de percepción" (p. 274), y ellos regresarán algún día, ya cercano, de ahí esta continua red de mensajes y visitas que nos vienen obsequiando últimamente.

Estamos, pues, ante una réplica secularizada de la Historia de la Salvación, ante un sucedáneo desacralizante de la Fe. Un culto fatídico y atrayente tan necesario de combatir como que el caos que genera es ante todo metafísico; y aquí se trata ante todo de rescatar cautivos del Abismo, de ofrecer Agua a los que teniendo sed se envanecieron con las "fábulas doctas" de las que habló para siempre San Pedro. Esta tarea no admite postergaciones, pues el error va creando aceleradamente pautas sociales; y entonces, ya nadie cree en el Santo, el Héroe o el Caballero, pero muchos muestran como modelos a desdeñables homínidos nucleares, biónicos, estelares o zoomórficos. Vemos que el círculo se ahoga a sí mismo; porque la soberbia que desechó en el hombre su condición de creatura divina para preferir una filiación extraterrestre no ha hecho sino acabar con la dignidad de ese hombre. La megalomanía lo condujo al nihilismo. Si ya no somos hijos de Dios, nada somos. Si nuestros arquetipos no son reflejos de la excelencia del Modelo, dejamos de poseer arquetipos. Sólo quedan sombras y muecas que se agitan sin rumbo, desordenadamente. La identidad personal y social también es resquebrajada y sacudida. ¿Qué misión puede ejecutar una sociedad formada por "gusanos terrestres malogrados por la educación (religiosa) recibida" (p. 293)?; ¿qué destino nos cabe si "somos pequeños comparados con el superhombre", y en su arribo no habrá más patria que el universo ni otro hogar que la tierra?, como escribe Osvaldo Manera ("Ovnis", en "Cuarta Dimensión", Nº 23, p. 16).

"Llegaremos a ser grandes en Él

—enseñaba San Agustín— si permanecemos siempre pequeños junto a Él". Pero el espíritu moderno buscando la grandeza fuera de Dios ha concluido en la miseria y la medianía. Y seguirá así hasta que las pequeñeces que el orgullo humano viene entronizando en el mundo, cedan sitio al "Bienaventurado y único Soberano, el Rey de reyes y Señor de señores" (1 Tim. 6, 15).

A. C.

MARIA DEL PILAR GIL RODRIGUEZ. **La relación maestro-alumno. Hacia una educación renovadora,** B. A. C. Popular, Madrid, 1977, 240 pgs.

La Biblioteca de Autores Cristianos, que afirma ser el pan de nuestra cultura católica, y lo es de alguna manera, ha cometido con esta obra un verdadero error editorial. La presentación la realiza Juan Antonio del Val, Obispo de Santander, señalando que se trata de una oportuna y valiosa aportación a una pedagogía de ideas claras.

Parte la A. de una fundamentación antropológica centrada en el concepto de persona humana, y situándose en el humanismo personalista. Pero considera que no hay un personalismo claramente definido, sino personalismos, a veces opuestos y contradictorios. Esto es lo que le permite afirmar, por ejemplo, que el humanismo marxista es un humanismo cerrado a ciertos valores, aunque manifieste una honda preocupación por la dignidad de la persona humana (?), para concluir más adelante: "En efecto, aunque a veces no lo parezca, nuestro mundo y nuestra cultura están fuertemente impregnados de ideas y de valores cristianos. El humanismo marxista, que parece tan radicalmente opuesto al sentido cristiano de la vida, vive, en gran parte, de esas mismas ideas y valores (. . .) Por eso, es posible un diálogo entre marxismo y cristianismo, o, mejor aún, entre marxistas y cristianos, cuando están abiertos a los valores positivos de los otros" (pp. 16-17).

En el orden estrictamente pedagógico, sigue la A. (aunque con algunas reservas) una publicación de la UNESCO de dudosísima orientación como es "Aprender a Ser", y el pensamiento del existencialismo cristiano de F. Marz y de L. Prohaska, autores que ya han evidenciado la imposibilidad de fundamentar su postura pedagógica desde su propia filosofía, habiendo tenido que hacerlo según las enseñanzas del Doctor Común.

La obra puede ser interesante para especialistas en educación que tengan una sólida fundamentación filosófica. Pero es altamente peligrosa para el resto, que puede dejarse cautivar por el discurso pedagógico sin advertir que está fundamentado en Freud, Jung, Marcuse... y otros personajes del agrado de maestros y catequistas liberados.

JUAN CARLOS PABLO BALLESTEROS

GUESUALDO NOSENGO, **Persona humana y educación,** I.P.S.A., Buenos Aires, 1978, 261 pgs.

"Quien quiera que la estrella de la paz amanezca y se detenga sobre la sociedad, concurra con su esfuerzo para volver a dar a la persona humana la dignidad que le confirió Dios desde el principio" (Pío XII, Mensaje de Navidad de 1942).

No podemos negar que hoy, más que nunca, necesitamos la paz, y que la persona humana en modo alguno ve respetada su dignidad y sus verdaderos derechos que, dicho sea de paso, no suelen coincidir con los que defienden ciertos organismos internacionales, ni tener los mismos fundamentos. Tampoco podemos desconocer el hecho de que una educación que considere a la persona humana integralmente, es un medio eficacísimo para devolverle la dignidad primigenia a la que aludía el Pontífice.

G. Nosengo, conocido pedagogo italiano, dirigiéndose a los educadores y, principalmente, a quienes se preparan para serlo, ha querido mostrar las influencias de la doctrina escolástico-cristiana de la persona humana sobre la concepción teórica y la acción práctica que un hombre ejerce sobre otro con miras a la consecución de un fin educativo.

Entre los aspectos más logrados de esta obra podemos destacar la precisión y la claridad en el lenguaje, al distinguir algunos aspectos y al definir conceptos, como así también, el estilo fácil y agradable, que hace su lectura sumamente placentera. Queremos hacer notar que el A. no se limita a exponer la verdad sino que al mismo tiempo combate los errores que se le oponen. Así, por ejemplo, al definir los conceptos fundamentales del hombre, educación y persona, nos da un juicio crítico sobre el pensamiento pedagógico de algunas corrientes filosóficas tales como el positivismo, el idealismo, el pragmatismo y el marxismo.

Es necesario poner de relieve que este manual de pedagogía en manera alguna ha olvidado que la persona humana no existe en estado "químicamente puro", esto es, que el hombre o está elevado por la gracia o está caído por el pecado. Si realmente se quiere educar, es imprescindible dejar una apertura al orden sobrenatural trascendente. Siguiendo en esta misma línea, el A. se interna en la concepción del educando, analizando las actividades y exigencias de la persona, por una parte, y de su desarrollo teleológico, por otra. Este desarrollo tiene tres tendencias fundamentales a través de las cuales se canaliza: tendencia hacia la realidad sensible, hacia la realidad espiritual y, por último, a unirse con Dios mismo. Hace notar bien el A., que esta última tendencia es por sí misma ineficaz, y que sólo podrá llegar a su cumplimiento con la ayuda de la gracia. La gracia "no es para el hombre una extranjera inesperada: ella encuentra en nuestras tendencias un lugar natural de inserción". Cuán olvidados están estos principios en nuestra tristemente célebre ley de enseñanza laica la cual, en nombre de un pretendido humanismo, ha cercenado aquello que hay de más elevado en el hombre.

La pedagogía es el fruto de la relación entre dos hombres. Esto es lo que se ha dado en llamar "relación educativa". Quizás el acierto más grande de la obra es estudiar esta relación en las obras de Santo Tomás de Aquino. El Santo Doctor trató directamente el problema pedagógico en dos lugares: en el "De Magistro", "Questio XI" de las "Quaestiones Disputatae de Veritate" y en la "Questio 117" de la "Prima Pars" de la "Summa Theologica". Dado que sus intenciones no son comentar un texto, sino exponer una doctrina, el A. se limita a transcribir en latín y castellano, aquellas partes donde el Angélico expone su propio pensamiento. Luego hace una profunda exposición acerca de los textos.

Hasta aquí hemos visto lo que podríamos llamar el aspecto teórico del problema educativo. De inmediato nos introduce en el tema de la metodología, tema que no puede ser delineado sin una referencia a definiciones y determinaciones previas respecto del sujeto de la educación y del saber que se desea trasmitir. Para la bondad del método es condición "sine qua non" que se halle inserto en una visión pedagógica y filosófica teleológicamente válidas, es decir, que correspondan a la naturaleza del hombre ordenado a su fin.

Es interesante el detallado estudio que hace de la didáctica y de sus fuentes, lo que le permite distinguir a ésta de la metodología, con la que habitualmente se la confunde, considerando a la segunda como una de las fuentes de la primera. Las otras dos fuentes principales son: las disciplinas bajo su perfil genético y la situación psíquica del discípulo. La importancia de esto está sintetizada en la siguiente frase del A.: "Es buen maestro sólo quien, habiendo alcanzado cierta meta formativa, tras recorrer los tramos mentales correspondientes a las diversas fases de la estructura intrínseca de la ciencia, los recuerda y los reconoce, y ahora, como maestro, sabe conducir a sus discípulos por los mismos pasos". Esto supone que esa trasmisión se hace no sólo teniendo en cuenta un método sino también las capacidades concretas del discípulo de acuerdo a su desarrollo evolutivo.

Nos ha parecido conveniente terminar este comentario, poniendo de relieve un último y meritorio aspecto de nuestra obra: el A. trata, con la amplitud que le permite la índole del libro, el tema de la moralidad profesional del educador, e inclusive dedica algunas líneas a la espiritualidad del maestro.

De lo dicho se deduce el enorme provecho que se puede sacar de la lectura de este escrito, apto para ser empleado como texto en escuelas normales y en bachilleratos con orientación pedagógica, y también como texto universitario en las cátedras de pedagogía fundamental.

Felicitamos a los editores y los instamos a continuar con publicaciones como ésta, que contribuyen tan grandemente a la formación de nuestra juventud.

RICARDO M. PITHOD MUÑOZ
Seminarista de la Diócesis de San Rafael, 3er. año de Filosofía

---

ANTHONY BLOOM, **Meditaciones sobre un tema,** Herder, Barcelona, 1977, 153 pgs.

En esta pequeña obra el A., Arzobispo Metropolita de la Iglesia Ortodoxa Rusa, nos toma como de la mano para internarnos dentro de nosotros mismos y mediante un intenso buceo espiritual nos da a conocer el camino para conquistar el Reino de Dios a través del Evangelio.

Bloom divide este "viaje espiritual" en tres etapas, a través de las cuales el hombre va progresando hasta llegar a ser verdadero discípulo de Cristo.

La primera de ellas la pone bajo el título de **ciñamos nuestra cintura.** El A. nos muestra hasta qué punto el hombre ha seguido un camino equivocado a causa de la confusión y las tinieblas que lo acosan. Para salir de él y orientarse por el recto sendero nada mejor que el conocimiento de nosotros mismos, de nuestras propias faltas y limitaciones. Para ello necesitamos dar libre paso al Señor de modo que su luz se proyecte sobre nuestra alma y nuestra vida, y así podamos discernir lo bueno de lo malo, lo que viene de Dios y lo que viene de Satanás. La piedra de toque de este discernimiento es la humildad y el amor desinteresado. Este amor debe abarcar tanto a Dios como al prójimo y a nosotros mismos, teniendo presente nuestras limitaciones. Por otra parte, agrega el A., debemos aprender a ser auténticos y reales, escogiendo el riesgo de ser lo que somos y no aspirando a copiar materialmente un modelo o a identificarnos con imágenes preconcebidas. Sin embargo nuestro verdadero yo —el soñado por Dios para nosotros— no podemos descubrirlo simplemente observando nuestro yo empírico, sino únicamente en Dios y por Él.

Para la **parte central** del viaje, el A. pone como mojones de nuestra meditación ciertos pasajes del Evangelio que al mismo tiempo que mostrarnos nuestra miseria nos indican el modo de salir de ella mediante nuestro esfuerzo, adhesión y amor a Cristo. Estos pasajes son: la historia de Bartimeo, la parábola del fariseo y del publicano, la historia de Zaqueo, la parábola del hijo pródigo, y otras parábolas acerca del juicio.

El **término del viaje** que describe el A. desemboca en el encuentro con Cristo Resucitado. La importancia de la experiencia de Cristo Resucitado la encontramos destacada en los Apóstoles, especialmente en San Pablo, en el encuentro directo que tuvo cuando fue derribado del caballo. La Resurrección del Señor pertenece por igual a la historia pasada y a la realidad presente. Sin embargo, si queremos experimentar a Cristo Resucitado debemos primero aprender la tragedia de la Cruz. Sólo si aprendemos a morir a nosotros mismos, Cristo Resucitado nos penetrará con su presencia. Fue el Señor mismo quien tomó sobre sus hombros la primera Cruz, la más pesada, la Cruz espantosa, pero después de Él miles y miles de hombres, mujeres y niños, han tomado sobre sí su propia cruz, cruces menores pero que para nosotros resultan muchas veces aterradoras.

Cierra el A. sus meditaciones exhortándonos a seguir a Cristo de veras, sabiendo que el Reino de Dios es nuestro, simplemente con que tomemos nuestra cruz y sigamos a Cristo.

LUIS MARIA TOMATIS
Seminarista de la Arquidiócesis de Santa Fe, 1er. Año de Teología

JORGE PAPASOGLI, **El rebelde por Dios,** Perficit, Salamanca, 1977, 282 pgs.

"Las malas compañías corrompen las buenas costumbres" (1 Cor. 15, 33). Si tales males producen las malas compañías, "el libro torpe y dañoso que conversa con el que lo lee a todas horas y a todos tiempos, ¿qué no hará? o ¿cómo será posible que no críe viciosa y mala sangre el que se mantiene de malezas y ponzoñas?" (Fray Luis de León).

Junto con estas malas compañías, que abundan en nuestro tiempo, hay también buenas compañías, aquellos libros que ponen al lector frente a los grandes temas, elevando el pensamiento, poniéndolo en contacto con la verdad, moviendo a las buenas costumbres, a la virtud. Entre tales libros se encuentran las vidas de los santos, que son como gracias externas dadas por Dios, para invitarnos a la imitación y al seguimiento de Cristo.

"El rebelde por Dios" es uno de estos libros. Nos presenta la vida de San Luis Gonzaga. Su autor, moderno historiador italiano, posee excelentes cualidades narrativas. Su vivaz estilo, con el que capta poco a poco el interés del lector, está lleno de realismo y vida. Nos presenta la recia figura de San Luis, enmarcándola en la sociedad y ambiente en que le tocara vivir. La educación religiosa que desde niño recibiera de su madre y en la corte española, marcaría una impronta muy grande en la futura vida del santo. Por ser primogénito del Marqués de Castiglione, recibió la educación propia de un heredero del feudo.

Sin embargo, otros eran los planes de Dios. A temprana edad, descubre su vocación: la Compañía de Jesús. Su padre se opone, haciendo todo lo posible por impedir su ingreso a la Compañía. Luis acrecienta su oración y penitencia, afirmándose cada vez más en su vocación. El intenso amor que siente por su padre, no eclipsa su amor a Dios. Sabe muy bien lo que exige el totalitarismo del primer mandamiento. Renuncia a un feudo temporal para seguir al Rey Eterno. Y finalmente se le otorga el permiso.

Ya en la Compañía, austero, piadoso, alegre, Luis se destaca entre sus compañeros. Aunque él siempre busca el último lugar. Y así vive como un santo religioso los años de su formación. La Providencia no quiso sin embargo que llegase al anhelado sacerdocio. Roma, donde hacía sus estudios, había sido invadida por la peste. Su ardiente caridad lo impulsó, junto con algunos de sus compañeros, a ir en ayuda de los enfermos. Contagiado por la peste, murió, entregando su generosa alma a Dios.

Libro excelente, más en estos momentos en que tanto se necesita de buena prensa, en especial de vidas de santos. El contacto con los santos santifica. "Leed siempre las vidas de los Santos —nos recomendaba no hace mucho el Cardenal José Slipyi (cf. MIKAEL Nº 7)— y veréis cómo ellos se entregaron, con voluntad de acero, a la tarea de su propia santificación... Ellos eligieron el mejor, el más sublime modo de vida: abandonaron todo y se fueron en pos de Cristo".

MARCELO LATTANZIO
Seminarista de la Arquidiócesis de Paraná, 3er. Año de Filosofía

INSTITUTO NACIONAL SANMARTINIANO, **La Gloria de Yapeyú,** Dirección de Publicaciones del Instituto Nacional Sanmartiniano, Buenos Aires, 1978, 367 pgs.

¡Espléndido este homenaje al General Don José de San Martín en el bicentenario de su nacimiento! El Inst. Nac. Sanm. publica este volumen para evocar precisamente al Padre de nuestra Patria, reuniendo diversos trabajos historiográficos que dicen relación con San Martín.

La obra ha sido concebida en cuatro partes. La primera está dedicada a exaltar la gloria del pequeño pueblo de Yapeyú, cuna del Gran San Martín, pueblo fundado por el Beato Roque González de San Cruz, el pueblo más meridional de las Reducciones jesuíticas, cuya historia se narra. Incluye esta sección, luego de una espléndida Oda al General de San Martín, obra postuma del noble poeta Ignacio B.

Anzoátegui, un extracto de la Historia de la Nación Argentina donde el P. Furlong expone lo que eran las "misiones jesuíticas".

La segunda parte se ocupa de la población y estancias de Nuestra Señora de los Reyes Magos de Yapeyú —que tal era el nombre de la vieja Reducción— desde su fundación hasta su entrega al Gobernador Bucareli, con motivo de las inicua expulsión de los Padres de la Compañía de las tierras del Imperio Español. Se incluyen en esta sección fragmentos de obras clásicas de escritores que vivieron en el Yapeyú jesuítico, especialmente del P. Antonio Sepp, genial músico que hizo de Yapeyú el centro musical de las Reducciones, así como del P. José Cardiel; asimismo otros trabajos de autores posteriores acerca de la estancia de Yapeyú, la expulsión de la Compañía, el Informe de Bucareli al Conde de Aranda sobre la expulsión de los Jesuitas en Yapeyú, y el interesante inventario del pueblo en 1768.

Ya conocidos el lugar, su paisaje y su historia, la tercera parte nos introduce en la familia del Ayudante Mayor del Batallón de Voluntarios Españoles de Buenos Aires, Don Juan de San Martín, cuya genealogía, prosapia y vida se glosan para llegar al hecho central del nacimiento y bautismo del Padre de la Patria, detallando asimismo pormenores de la casa familiar, la cuna del héroe cuyas reliquias veneramos.

San Martín conservó entrañable amor por su pueblo natal, convocando con frecuencia a los yapeyuanos, indios guaraníes, restos de la antigua Reducción, para integrar el famoso Regimiento de Granaderos a Caballo que él creara. Tal es el tema de la cuarta parte que finaliza con el relato del saqueo, incendio y desvastación de Yapeyú en 1818 por parte de las huestes portuguesas de Chagas.

Los trabajos que contiene la presente obra o bien son inéditos, o han tenido una difusión muy limitada cuando fueron publicados, o han sido editados hace ya mucho tiempo, por lo que eran poco menos que inaccesibles. Este libro-homenaje subraya la continuidad entre la historia religiosa de las Reducciones y la historia patria (la expulsión de la Compañía fue en 1767 y el nacimiento de San Martín en 1778), remontándose así a las más prístinas raíces del alma nacional.

Destaquemos finalmente las espléndidas ilustraciones que engalanan esta obra, sus mapas, escudos heráldicos, planos de los pueblos misioneros, y sobre todo los hermosos dibujos de Leónie Matthis sobre diversos acontecimientos en la vida de las Reducciones, grabados de San Martín y de sus familiares más cercanos. Felicitamos al Inst. Nac. Sanmartiniano por esta obra de gran envergadura que honra a nuestra cultura y trasunta catolicidad y patriotismo.

P. ALFREDO SAENZ S. J.

Libros Recibidos

— BANDERA Armando, **La Virgen María y los Sacramentos**, Rialp, Madrid, 1978, 292 pgs.

— CUENCA José Manuel, **Aproximación a la historia de la Iglesia Contemporánea en España**, Rialp, Madrid, 1978, 434 pgs.

— MARROU Henri-Irenée, **Teología de la Historia**, Rialp, Madrid, 1978, 304 pgs.

— ALESSIO, Luis, **Una liturgia para vivir**, Claretiana, Buenos Aires, 1978, 213 pgs.

— MUÑOZ Héctor O. P., **Meditando la Misa. Reflexiones espirituales inspiradas en la celebración de la Eucaristía**, Claretiana, Buenos Aires, 1978, 240 pgs.

— SPATARO Rubén Juan, **Charlando sobre sexo con adolescentes**, Difusión, Buenos Aires, 1978, 79 pgs.

" " " **Charlando sobre sexo con novios**, Difusión, Buenos Aires, 1978, 77 pgs.

" " " **Charlando sobre sexo con padres**, Difusión, Buenos Aires, 1978, 63 pgs.

— SANTO TOMAS DE AQUINO, **Prefacio a la Política**, Tradición, México, 1976, 142 pgs.

" " " " **El Credo**, Tradición, México, 1972, 181 pgs.

" " " " **Los principios de la realidad natural**, Tradición, México, 1975, 87 pgs.

" " " " **El Padrenuestro y el Avemaria comentados**, Tradición, México, 1977, 151 pgs.

" " " " **Los Mandamientos**, Tradición, México, 1973, 191 pgs.

" " " " **Comentario a las epístolas de San Pablo a Timoteo**, Tradición, México, 1977, 234 pgs.

" " " " **Comentario a las epístolas de San Pablo a Tito y Filemón**, Tradición, México, 1977, 93 pgs.

" " " " **Comentario a las dos epístolas de San Pablo a los Tesalonicenses**, Tradición, México, 1977, 127 pgs.

" " " " **Comentario a la epístola de San Pablo a los Colosenses**, Tradición, México, 1978, 107 pgs.

" " " " **Comentario a la epístola de San Pablo a los Efesios**, Tradición, México, 1978, 251 pgs.

" " " " **Comentario a la epístola de San Pablo a los Filipenses**, Tradición, México, 1978, 95 pgs.

— PAZ Y FIGUEROA Ricardo Alberto, **El conflicto pendiente** (Fronteras con Chile), La Nueva Provincia, Bahía Blanca, 1978, 125 pgs.

— Facultad de Ciencias de la Educación de la U.N.E.R., **Actas de las primeras jornadas nacionales universitarias de filosofía de la educación**, U.N.E.R., Paraná, 1978, 238 pgs.

— JEDIN Hubert, **Manual de Historia de la Iglesia. Tomos VI y VIII**, Herder, Barcelona, 1978, 882 y 835 pgs.

— RAHNER Karl, **Curso fundamental sobre la fe**, Herder, Barcelona, 1979, 535 pgs.

PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DEL SEMINARIO DE PARANA

1. — En lo que toca a **LO ESPIRITUAL.** Este Seminario tendrá su centro en Cristo, y orientará toda su vida en orden a lograr una indisoluble unión con Él. Será, por ello, un Seminario profundamente eucarístico. La filial devoción a la Santísima Virgen será también un sello distintivo del mismo. Los seminaristas se ejercitarán asidua y empeñosamente en la práctica de las virtudes, dando primacía a la vida de oración y de caridad, en base a la doctrina y el ejemplo de los maestros reconocidos de la vida espiritual. Esta espiritualidad no será la de un simple laico sino la de alguien que está llamado al sacerdocio y, por consiguiente, a ir preformando desde ahora la imagen de Cristo Sacerdote.

2. — En lo que toca a **LO DOCTRINAL.** Este Seminario pondrá especial cuidado en la transmisión de la íntegra doctrina de la Iglesia Católica expresada en su Magisterio ordinario y extraordinario. La doctrina de Santo Tomás, tanto en el campo de las ciencias sagradas como en el de la filosofía, constituirá el núcleo de su enseñanza.

3. — En lo que toca a **LO DISCIPLINAR.** Este Seminario quiere formar a sus seminaristas en un estilo de viril disciplina que haga posible un ambiente de estudio, de silencio, de sacrificio y de ejercicio práctico de la obediencia.

4. — En lo que toca a **LO PASTORAL.** Este Seminario desea iniciar a sus seminaristas en la práctica del apostolado. Tal iniciación será moderada y conforme a las exigencias de una formación progresiva.